

Erlantz Gamboa
URGE UN CULPABLE

URGE UN CULPABLE

Erlantz Gamboa Villapún

La mujer del César no sólo debe ser honesta sino además

parecerlo. Esa famosa frase nos indica que no es suficiente con ser inocente de un crimen, sino que hay que evitar que otros te crean culpable. En esta novela se necesita un culpable, y puede ser aquel que no tenga sólida coartada. Y mucho más quien haya tenido contacto reciente con la víctima.

Por tanto, si no puedes demostrar tu inocencia, “te urge un culpable”.

CAPÍTULO I

Federico Montero era profesor de matemáticas en la Universidad de San Pedro. Hacía dos años que consiguió el puesto, con lo que cumplió su gran ilusión. Este anhelo no consistía únicamente en el empleo; ya que éste no era muy bien remunerado; sino que incluía alojarse en la zona residencial que rodeaba la universidad, además del ambiente que se respira en donde abunda la cultura. Las pequeñas casitas ajardinadas evocaban los barrios apacibles de la clase media alta de Estados Unidos, con pequeños parques y plazas en donde jugaban los niños, y sendas arboladas para dar largos paseos, leer poesía o sentarse a leer una buena novela. Aunque Federico estaba soltero, le encantaba el sistema de vida familiar, la tranquilidad de un barrio repleto de profesores. Había perseguido su sueño, y, por fin, alcanzado.

Si su situación laboral le satisfacía, la faceta sentimental de Federico pasaba por un bache. Estaba solo; y si bien no era algo terrible, al menos le producía cierta desazón. Tenía éxito en su proyección docente, pero no podía decir lo mismo de la parte romántica. Incluso la sexual, últimamente, no le funcionaba nada bien. En el barrio no había oportunidades de ligue, pues casi todo el mundo era casado, y las relaciones con alumnas estaban prohibidas. Por ello, para conseguir pareja, ya fuese eventual o definitiva, requería desplazarse a otras zonas de la ciudad. Lo hacía esporádicamente, para alquilar un rato de placer. El resto de la

semana lo pasaba en la comunidad universitaria, con amigos, entre los que también había mujeres, pero con las que sus vínculos eran de pura camaradería.

-Y algunas parecen que quieren – opinaba el ego de Federico.

El profesor de matemáticas era atractivo, tenía treinta y cinco años, alto y delgado, de buen porte. Que no tuviera esposa, novia o amiga, se debía a que hacía poco que terminó una relación, y se daba un respiro antes de comenzar otra. Además, la ruptura fue amarga, violenta, ríspida; y eso produce heridas. Sanan, pero, a veces, tardan bastante, sobre todo si ha significado la cancelación de planes. Federico estaba en proceso de curación, por lo que no buscaba una nueva relación. Por el momento, se contentaba con las eventualidades de los fines de semana, unas copas en un bar, quizá una cena, o directamente a un hotel, si se trataba de un contacto de pago.

Era viernes y, por tanto, había dado clase temprano, a las ocho, y tendría otra a las once. Después de ésta, comenzaba su fin de semana. Había proyectado hacer ejercicio, comprar algo especial en un supermercado, comer en casa, leer un rato y escuchar música, e ir al centro, aquella misma noche. Allí se perdería en los bares de solteros, buscando pasar un rato con algún ligue. Y si fracasaba, la seguridad estaba en una asistente sexual. La actividad lúbrica le dejaría preparado para descansar sábado y domingo. Eso proyectaba, pero, como todos nosotros, no controlamos nuestro destino, y éste suele tener ideas propias, y bastantes sinuosas en ocasiones.

Cuando abandonó el campus, los grandes jardines al amparo de árboles centenarios, se dirigió al bar Voltaire, un nombre bastante

extraño para un sitio en el que daban desayunos. Solía acudir cada viernes, porque ese día no tenía tiempo de prepararse un tentempié. Las demás mañanas, su primera clase era a las nueve, y disponía de una hora más. Por otra parte, le gustaba esa rutina del viernes, porque el desayuno en Voltaire era el banderazo de inicio del fin de semana.

El tiempo era agradable, la temperatura propia de la primavera, y la vida continuaba aunque él no tuviese pareja. En su mente estaba la idea de suspender su luto, que no fue tal, ya que la separación era inevitable, y no puede fenecer lo que ya está muerto. Era cuestión de encontrar el momento propicio, la discusión que ofreciese pauta para el inevitable adiós, y ambos agradecerían al otro que diese el primer paso, simplemente para no sentirse culpable. Así sucede cuanto una relación está sujeta de un hilo, como el enfermo terminal que debe el último soplo a unos tubos. Alguien debe responsabilizarse de cerrar el paso del oxigeno, y todo se termina, aunque ya no tenía ningún futuro.

Entró, e hizo lo habitual, el repaso ocular, para decidir dónde sentarse. Al final, se acomodaría en el lugar de siempre, si no estaba ocupado. Vio que solamente había una persona en el bar. Se debería a que era un poco tarde para desayunar, y temprano para comer. Y lo más extraño se debía a que la única persona era Wanda, la esposa del rector de la Universidad. Se conocían, como todo el cuerpo universitario, aunque ella no era docente. Federico fue a la mesa de Wanda, y le ofreció la mano. Mientras ella explicaba la razón de estar allí, él se quedó absorto en su rostro. Era una mujer muy guapa. Tenía más o menos su edad, era alta y estilizada, de formas agradables, sin

exuberancia. Lo que más llamaba la atención, de ella, era su rostro anguloso, enigmático, del que saltaban unos ojos negros que desmenuzaban todo lo que tenían delante. Federico, al igual que los docentes masculinos, y no pocos estudiantes, solía suspirar por ella, y quedarse embobado a su paso.

-Se fue al seminario – dijo ella, sin que Federico le preguntase.

La mujer se refería a Alejandro Bravo, el rector, su esposo. Era casi obligado hablar de él, ya que era el único nexo entre ella y el matemático. Como no era profesora, y él no formaba parte de su círculo de amistades, que su esposo fuese el jefe del profesor era tema único. Por tanto, el profesor conocía a la mujer como la que acompañaba al rector en las celebraciones, y su conversación requería ineludible mención a Bravo.

-Sí, ya me enteré – respondió él, como quien no desea tocar ese tema, pero sabe que no hay otro.

El rector, y otros catedráticos tenían un congreso, seminario o una forma de perder el tiempo aquel fin de semana. Él había salido para Villegas, en donde se celebraría la convención, pero eso no explicaba que ella estuviera en el bar. Podía desayunar en casa, o ir con alguna amiga, mientras su marido permaneciera ausente. Claro que podía preferir lo que preparaban en el Voltaire, o donde le apeteciese, como cualquier otro mortal.

-Se me ocurrió venir a desayunar. No quise hacer nada en casa. Y no me apetecían unos Corn Flakes.

-Yo no tengo tiempo, los viernes, de prepararme nada.

Federico pensó en sentarse con ella. Vio que casi terminaba, por

lo que se iría antes que él, o se vería forzada a esperarle. Además, su amistad era de puro saludo, y no tendrían nada de que hablar, a no ser de Bravo, tema no muy del agrado de Federico. Y, como máximo requisito, ella debería invitarle a acompañarla. Wanda no lo hizo, por lo que el profesor de matemáticas ocupó una mesa cercana.

-No soy muy exigente en el desayuno – dijo él-, pero prefiero que me lo prepare un experto.

-Para mí, cualquiera es un experto – confesó la mujer.

Nadia, la camarera, se acercó a él. Más tarde tendría ayuda, pero, a esa hora, ella sola atendía el pequeño restaurante. Llevaba mucho tiempo en aquel establecimiento, por lo que conocía a media universidad. La mujer, de cerca de sesenta, era muy seria, y apenas hablaba con nadie; pero servía con diligencia y amabilidad. Le preguntó a Federico lo que quería, y fue rumbo a la cocina. Allí dentro habría un nuevo cocinero, o quizá nueva, ya que no duraban una semana en el Voltaire. Nadia era la única que había hecho antigüedad, y eso precisaba una explicación. Se debía a que vivía cerca, y se desplazaba a pie. Si el sueldo no era como para retenerla, lo que sucedía con los demás empleados, la cercanía a su vivienda la había conservado en el puesto.

Wanda encendió un cigarrillo, aunque no había terminado su desayuno. Federico la observó de reojo. ¡Cómo le gustaba la mujer! No entendía por qué ella se casó con Alejandro, si éste estaba en la edad de la jubilación. Todo el mundo decía que por dinero, pero ella pudo conseguir a alguien con mejor sueldo, y menos años encima. Bravo tenía prestigio, como rector, pero su salario no era nada espectacular.

Wanda pudo haber elegido a un industrial con millones. Nadie lo entendía, pero no se atrevía a preguntar.

-“En fin, que no es mi problema” - pensó Federico.

-¿Qué plan tienes para hoy?

La pregunta de Wanda sonó, en la mente de Federico, como una conversación periférica, una frase que llegó a sus oídos por azar, y destinada a otra persona. Era imposible, puesto que únicamente estaban los dos, al menos en las mesas. Los demás se hallaban lejos, en la barra y la cocina, y no podían ser destinatarios de la pregunta. Y la mujer no hablaba por teléfono. Por tanto, había un único receptor.

La demora en la respuesta se debió a que Federico no relacionaba la pregunta con la mujer, porque él no relacionaba la mujer consigo, a no ser cuando se veían en la fiesta de Navidad, fin de curso o alguna otra celebración académica. Eso significa mucha distancia, y nada de confianza. Miró hacia ella, pero sin verla. Tras ella estaba Alejandro, el jefazo, un hombre de pocas pulgas, y caníbales las escasas con que contaba.

-No tengo idea de qué haré- continuó ella, cansada de esperar una respuesta que no llegaría-. No había preparado nada.

La camarera apareció con el desayuno de Federico, y suspendió la posible conversación, que, hasta ese momento, era un monólogo, pues el matemático no lograba despejar la simple ecuación: ella más yo igual a nosotros. Si lo hubiera hecho, captaría que la mujer no deseaba que Nadia se enterase de lo que decía. La ausencia de planes para aquel día no era nada digno de ocultarse, por lo que, de analizar la frase, comprendería que había algo más. Eso llegó, cuando se fue la

camarera.

-¿Qué plan tienes tú? – repitió ella.

Una segunda vez no podía ser error, y claramente Wanda le preguntaba a él. Ya le había dicho que ella no tenía nada que hacer, y parecía que le invitaba a hacerlo con ella. Que en vez de nada fuera algo, dependería de él. Claro que si seguía tan dormido, poca diversión se podría esperar.

-Yo…- tragó saliva- pensaba ir al centro, a algún bar.

"Pensaba" quería decir que ya no estaba seguro. No era imprescindible ir al centro, si en la periferia había algo interesante. Ahora dependía de ella.

La mujer sonrió. Era muy inconcreto el plan, y nada atractivo. Él se dio cuenta de inmediato, al leer el rostro de la atractiva mujer, y un mohín de decepción en unos labios que se movían lentamente, articulando las palabras de modo que encerrasen algo más que sonidos, veladas alusiones que él debía descifrar.

-¿No podrías cambiarlo? – preguntó ella.

Al decir aquello, Wanda miró hacia atrás, para cerciorarse de que estaban solos. Ese movimiento sí fue percibido, en interpretado, por Federico. Su deseo le dijo que ella le incluía en su posible diversión. Su raciocinio le dictaba que no, pero nadie escucha la sensatez al tener ante sí una mujer como ella. Ya no eran necesarias más palabras, al menos para definir la intención de la fémina, y la disponibilidad de él. Por tanto, una vez establecidas las reglas del juego, faltaba concretar el campo y la hora.

-¿Y… qué haríamos?

Al usar el plural, Federico daba por sentado que ella le invitaba. Lo de hacer, en aquel instante importaba poco. Ir con ella, aunque fuera al zoológico, era un sueño. Si había algo más, sería un ensueño. Ella río sin ruido, y volvió a verificar la ausencia de orejas.

-Es que los matemáticos no tienen gran imaginación – dijo-. Pero esa parte me toca a mí. Tú solamente acepta, y… - puso un dedo sobre sus labios- no abras el pico.

-Soy una tumba. Acepto.

Quizá ella le pediría ayudarle a cambiar el sofá de sitio, pero no le importaba. Podía pasar la tarde con ella, sin hacer otra cosa que embobarse en su semblante. Federico no era nada romántico, pero admiraba la belleza, y Wanda derrochaba encanto.

-¿A las seis? – propuso ella.

-Cuando digas – aceptó él, sin dudarlo.

-En el estacionamiento del centro comercial Apolo. ¿Sabes dónde es?

-Claro que sí. A las seis. ¿Llevo algo?

-Ganas –. Ella sonrió-. Ante la tienda de discos.

Wanda se puso en pie, y se encaminó a la salida. Había dejado el dinero sobre la nota que le llevó Nadia. La mujer no estaba presente, pero no tardaría en llegar. Iría a ver lo que se les ofrecía los clientes, aunque uno de ellos ya había concluido el desayuno.

-La tienda de discos – repitió él, sin razón alguna, ya que era imposible que lo olvidase.

Federico se quedó absorto en la espalda de Wanda, con más interés en la parte baja. La mujer era magnífica. Y ella le proponía…

Con mucha dilación, lo que dijo acudió a su mente, a la parte consciente, pues había estado almacenada en la subconsciente.

-¿Me ha dicho que lleve ganas? – se preguntó.

La mujer llegaba a la puerta, cuando un nuevo personaje entraba al mini restaurante. Se trataba de Carlos Díaz, profesor de química. Él era cafetómano, y con seguridad requería su droga lícita y social. En el restaurante llenaban la taza constantemente, aunque cobraban solamente uno, y eso no podía desaprovecharse. Carlos saludó de mano a Wanda, y charlaron un momento en la puerta.

-Eso he entendido, y no estaba dormido – pensaba el matemático, asegurándose de que la mujer dijo ganas, y no algo parecido, como quizá…- ¿Qué rima con ganas? ¿Ranas? No creo que haya dicho que lleve ranas.

Federico había olvidado el desayuno. Se fijó que estaba ante él, en el plato, pero fue cuando evitó mirar a los dos de la puerta. Atacó los huevos con jamón, y la patata con forma de corazón, y se puso a pensar en que estaba despierto, así que lo de antes había realmente sucedido. No entendía la razón, pero no lo había soñado. Sí soñó mucho con ella, pero sin estar él en el sueño, a no ser como un simple espectador. Le proponía pasar la tarde juntos. No podía adelantar acontecimientos, pero si una mujer casada sale con un soltero… Y las ganas. ¿Ganas de qué? Podía significar de divertirse, de pasarlo bien, pero sin nada sexual. Pero no, eso no le propone una mujer casada a un soltero. Ganas significaba…

-¿El desayuno de los viernes?

Carlos, el profesor de química, se sentó ante él. Éste no esperó

invitación, ya que solía coincidir con Federico a menudo, y compartían mesa.

-¿El café de cada rato?

-Soy un vicioso. Lo sé, pero… me encanta.

-Tanto café te destrozará los nervios.

Carlos era casado. Tenía dos hijos, pero ellos ya no vivían con él. Su esposa no le daba café con la frecuencia que él deseaba. Además, el de la casa era descafeinado, y al químico le encantaba la cafeína. Tenía cincuenta años, y declaraba, abiertamente, que el café era veneno, y le conduciría a la tumba; pero tardaría aún unos treinta años, por lo que no le preocupaba.

-¿Qué contaba ésa? – preguntó.

Federico notó que "ésa" llevaba tono despectivo. Carlos sabía perfectamente cómo se llamaba la mujer, y si enfatizó el pronombre no fue por olvido, sino con plena intención. Intención, ¿de qué?

-¿Wanda? – el profesor de matemáticas demostró que sí conocía el nombre de ella-. Me dijo que Alejandro se fue a la convención, y que ella no quiso desayunar en casa.

-¿Desayunó contigo?

Federico, con un trozo de pan en la boca, movió los ojos hacia la mesa de al lado, donde aún estaban los restos del desayuno, y el dinero sobre la nota. Nadia se acercaba, con una taza de café en la mano. Después de dejárselo al profesor, se llevaría los platos.

-Eso es lo suyo.

-Es medio puta, ¿no?

La pregunta de Carlos dejó a Federico con la boca abierta. Ahora

entendía el pronombre, y que Carlos usase un tono despectivo. No tenía ni idea de si Wanda era casquivana o no, y era la primera vez que lo oía. ¿De dónde sacaba Carlos que…? Le convenía cerciorarse. De ser así, ya sabía ganas de qué necesitaba en la cita. No se trataba de mover ningún mueble, sino de lo que él deseaba con ansias locas.

-¿Por qué dices eso?

-¿No lo sabes? – El químico analizó la mirada de Federico-. Le vieron besándose con un jovencito.

-¿Besándose… en la boca?

Federico había terminado la parte sólida del desayuno. Le quedaba el café con leche, y lo tomaría lentamente. Debía ir a la otra clase, pero le sobraba tiempo. No tenía nada que preparar, por lo que le bastaban cinco minutos para llegar puntual. Y le interesaba aquello. La pregunta era sumamente pueril, y lo supo cuando ya la había formulado.

-No, en la frente. ¿Eres bobo? Era un alumno, y estaban en un parque, sentados en un banco, y morreándose. ¿Entiendes ahora?

-¿Y se enteró Alejandro?

-No creo. Con el carácter que tiene, no me parece que ella desayunase hoy aquí.

-Pues no. ¿Quién la vio?

-¿Qué más da? La vio alguien, y lo contó. Wanda es una zorra.

-¡Hombre…! Carlos, no todas son zorras, menos tu esposa, tu madre y tu hija. Que se bese con alguien no quiere decir…

-¿Con un alumno? ¡No jodas, Fede! ¿O eres muy adelantado para este siglo, o me quieres tomar el pelo? ¿A ti te parecería bien que tu

esposa se morrease con alguien, aunque se tratase del vecino o de un pariente?

Federico tenía la mente en blanco, o quizá en rosa, llena de la figura de la mujer. No era lo tonto que parecía aquella mañana, pero quien no lo conociese lo tomaría por tal. Decía simplezas a cada abertura de boca.

-No, no creo.

Carlos se quemó un labio al sorber el café. Se pasó una servilleta por la boca, y sacó un cigarrillo. Estaba prohibido fumar allí, pero le importaba un comino. Y ya que Nadia no se lo prohibiría, y no había nadie que se molestase, lo prendió.

-Por eso te pregunté que si desayunaba contigo. Tú eres soltero.

-No soy un alumno.

-Eso sí. Me parece que la zorra los busca jóvenes.

-Gracias por recordarme mi edad.

-No eres viejo, pero a ella le gustan más…tiernitos. Tú ya estás correoso.

Federico pensó que no tanto, ya que a él le había citado para las seis de la tarde. Si era una zorra, como aseguraba Carlos, no le pediría ayuda para cambiar un sofá de sitio. Sonrió, y llamó a Nadia. Tomaría otro café, aunque la cafeína fuese veneno. Tenía tiempo de sobra, para ir a clase y para morir de otra cosa que no fuera un tóxico.

-Ellos no tienen ataduras – opinó el matemático.

-Pero se arriesga a que hablen. Los casados tenemos la boca cerrada.

Carlos se referiría a otros, porque él hablaba de más. Y, además,

él no ligaba, de manera que de poco le servía no abrir el pico.

-¿Y no hay alguna profesora…que también…? – preguntó.

-¿Estás pensando en ver qué consigues? ¿Hace cuanto que terminaste con tu novia? La alta y flaca.

Federico pensó que no había tenido otra novia desde que estaba en la universidad, por lo que sobraba la descripción de ella. Pero Carlos era muy detallista. Y no solamente en el aspecto descriptivo, sino también en el informativo, ya que conocía las noticias (detalles) de la universidad, como quién andaba con quién, y quién estaba disponible. Ya que tenía ganas de hablar, y el matemático de escuchar, el químico fue relatando los posibles prospectos de docentes femeninos.

-Pero es peligroso, por la norma - dijo Carlos, tras comentar de unas y otras, echando un jarro de agua fría a las expectativas de Federico.

-No me gusta el peligro – declaró el matemático, riendo mentalmente.

Acudir a la cita de Wanda significaba el colmo del peligro.

* * * * * * * * * * * * *

Romualdo (Aldo) Losada y Lidia Perales eran pareja desde hacía seis meses: una pareja de vagabundos delincuentes. Él, con diecinueve años, ya había asesinado a dos personas, para robarles. Ella, con apenas dieciséis, no era mucho mejor que él, si bien no tenía las manos manchadas de sangre. No directamente, aunque sí ante le lay, puesto que era cómplice de su novio. En el argot popular: tan culpable

es quien mata la vaca, como quien le sujeta la pata.

Ella se había fugado de casa, para seguir a su amor. Al ser menor de edad, debía contar con la autorización de sus padres, pero no se tomó la molestia de consultarles. Conoció a Aldo, se prendó de él, cogió sus bártulos y se fue sin decir adiós. El jovencito era guapo, alto, de buen porte, y Lidia no pudo resistir sus encantos. Ella también era guapa, alta y delgada, por lo que el embeleso resultó mutuo.

A Aldo lo echaron de casa. Su madre y un hermano se cansaron de sacarlo de las comisarías, reformatorios o cárceles, algo que sucedía tan a menudo que no causaba ningún asombro. Un buen día, cuando tenía ya dieciocho años, le dijeron que no les contase entre sus parientes. Romualdo cogió sus cosas, y se fue a conocer mundo. Perteneció a una pandilla, la que abandonó porque tenía problemas con el jefe. Anduvo solo, por un tiempo, hasta que conoció a Lidia. Ésta, ya que no recibía estipendio en su casa, sufragaba sus vicios robando en los supermercados.

Aldo había entrado en una tienda departamental, con la misma intención. Como experto, enseguida percibió que una jovencita se andaba metiendo cosas bajo la chamarra. Él hacía lo mismo, pero con mucha mejor maña. Se notaba que la joven era aficionada. Cuando ella salió, él fue tras ella, y se presentó como colegas. Se hicieron amigos, y pronto cómplices. No tardaron en ser amantes, novios o pareja. Y, entonces, Aldo le pidió que dejase su casa. Ella no se hizo de rogar, y se unió a la vida azarosa de él.

El destino les llevó a Isleta. Era otoño, por lo que muchos chalets estaban vacíos. No exentos de vigilancia, pero sin sus dueños. Algunos

llegarían por Navidad, y la mayoría en Semana Santa. Por tanto, ellos podían vivir en uno. Allanaron el que les pareció menos vigilado, y lo consideraron su casa. No había mucho que comer en el chalet, por lo que eso debieron buscarlo fuera. Se desplazaban al centro de la ciudad, y allí robaban en donde podían: tiendas o supermercados, incluso a transeúntes. Con lo obtenido, regresaban al chalet, y se emborrachaban, drogaban, y tenían sexo constantemente. Comían poco y bebían mucho, y la marihuana era entremés y postre diario.

Tuvieron que abandonar Isleta por el asunto del anciano.

Ocurrió en otra zona residencial, ya que ellos evitaban asaltar cerca de donde vivían. La razón radicaba en que la policía acudiría a donde vivían, si había un asalto cerca. A los peatones les asaltaban en algún lugar alejado, y siempre a débiles, o gente que no podía perseguirlos, fuese por impedimentos físicos o por sobrepeso.

En cuanto a desvalijar casas, eso era distinto, ya que los propietarios no se darían cuenta en algún tiempo. Y, para entonces, la pareja, aburrida de aquella casa, se habría ido a otro sitio. Robaban, obviamente, en las casas deshabitadas, después de estudiar los movimientos de sus dueños.

El anciano estaba en el parque, tomando el aire. Romualdo y Lidia merodeaban, analizando a las posibles presas. El anciano no tenía aspecto de rico, pero cometió la imprudencia de sacar su billetera para comprar un helado. Lidia, que estaba cerca, y a quien el anciano miraba embobado, se percató que la billetera contenía una buena cantidad de billetes verdes. No pudo ver si todos eran de alta denominación, pero el hombre pagó con uno de cincuenta. Eso parecía

indicar que no tenía otros de menor valor. También podía suceder que cogió el primero que vio.

Aldo y Lidia idearon el plan en segundos. Ella compraría un helado, para acercarse al hombre, y luego se lo comería con coquetería, incitando a su victima. Caminaría, con movimientos voluptuosos, y el hombre seguramente la seguiría. Y si se acercaba, y le hacía plática, le daría cuerda, mientras lo llevaba hacia una zona arbolada. Allí esperaría Aldo, listo para hacerse con la billetera.

El plan funcionó a la perfección. Desde que la joven se acercó al vendedor de helados, el hombre le ofreció pagar lo que consumiera. Luego quiso hablar con ella, y Lidia le fue contando que vivía con su tía, que siempre andaba sola por la calle, y que… no le importaba darse una vuelta por donde no les viesen.

-¿Cuánto quieres? – preguntó el hombre, babeando.

-Veinte dólares – pidió ella.

No habían mencionado qué ofrecía ella, pero en la mente de ambos estuvo un contacto sexual. Al hombre le pareció barato, aun sin definir qué recibiría a cambio. Lidia se dirigió a los árboles; el hombre fue tras ella, lamiéndose los bigotes, quizá por los restos del helado; y Romualdo preparó el golpe. Siempre llevaba con él una navaja, ya que su constitución no era robusta, y perdía todas las peleas a puñetazos.

Cuando el hombre pasó a la zona en penumbra, Aldo cayó sobre él, y le asestó un par de puñaladas en el pecho. Lidia le quitó la billetera, y la pareja huyó a toda velocidad. La razón de apuñalar al hombre iba más allá de robarle. A Aldo no le gustó que él se hiciera ilusiones con Lidia, y se excedió en la violencia. Para atontarlo, pudo

haberle dado unos golpes, sin necesidad de asesinarlo.

No había abandonado el parque, cuando apareció un policía. Alguien había percibido toda la acción: una joven y un anciano entraron en el bosque, y luego salió una pareja de jovencitos. No se daban milagros de rejuvenecimiento en aquel parque, por lo que el observador lo tuvo todo muy claro.

Aldo y Lidia escaparon gracias a sus piernas. Pero el policía, y algunos transeúntes, se aprendieron los aspectos de los dos jóvenes. Por ende, debían abandonar Isleta, y lo hicieron de inmediato. Resultó que en la billetera no había lo que ellos supusieron, y la mayoría de los billetes eran de cinco dólares. El anciano quiso alardear ante Lidia, al ver que miraba fijamente su cartera.

Lo malo del asunto residía en que habían asesinado a un hombre, por no poder controlar unos celos tontos. Daba lo mismo si fue por celos o por estupidez, pero habían privado a alguien de su vida. Obtuvieron, por tal acción, menos cantidad de la esperada, y además debían cambiar de aires. Eso lo hubieran hecho de todas formas, pues el asesinato sería el mismo aunque la billetera rebosase de billetes de cincuenta. Pero se fueron con decepción, más la culpa. Quizá no les importó mucho, ya que sus mentes no dimensionaban la gravedad del acto.

-A ver hasta dónde podemos ir, con esto – dijo la mujer, que era la administradora del negocio.

* * * * * * * * * * * * *

Las seis de la tarde tardaban mucho en llegar, y Federico estaba

sumamente nervioso. Ya había establecido que “ganas” significaba lo que él suponía. Así que la mujer pensaba en lo mismo que él. No intuía la razón, porque ella podía conseguir un fulano menos problemático. No es que él pensase darle problemas, pero éstos se suscitarían si alguien se enteraba, y se iba de la lengua. Lo mismo que la vieron con un alumno, besándose, podrían verle con él, y mandarle una nota a Alejandro. Decírselo a la cara, quizá no era tan fácil, ya que el fulano era iracundo, y muy dado a los golpes. Había tenido dos demandas judiciales por agredir a padres de alumnos. Pero un anónimo haría el mismo efecto, y sin soportar la cólera del rector.

Al pensar en que él no daría problemas, pues sería una tumba, como ella le pidió, se reafirmó de que la tarde tendría ambiente sexual. No le pediría que no abriese el pico, si se trataba de ver bostezar al hipopótamo del zoo. Y lo de ganas…

-Es lo que me sobra.

Y quizá porque le sobraban, no le dejaban pensar con lucidez. Ella era fruta prohibida, y él un Adán bobo que quería ser expulsado del paraíso. Si Dios Padre se enteraba, le pondría en la puerta del Edén, pero por fuera. Lo que había soñado se iría a la basura, y ya no viviría en aquella zona arbolada, con jardines delante de las casas, y parques en los que cantaban los pájaros, jugaban los niños, y las criadas esperaban a sus novios.

-Pero Wanda…

Wanda estaba mucho mejor que Eva. Es que Eva no se podía comparar con nadie, y, por ende, era lo mejor del paraíso. Pero Wanda sí podía compararse, y salir ganando. Federico no desaprovecharía

aquella oportunidad. Ella estaba sola, aburrida, sin ninguna gana de quedarse en casa, y, ya que saldría con alguien, no iba a ser para agarrase de la mano y silbar por las aceras de la ciudad.

-Con que vayamos a un motel apartado…

Cuando uno desea ceder a la tentación, excusas sobran. Y Federico deseaba sucumbir. Las horas pasaban muy lentas, pero a las cinco ya estaba en el estacionamiento del centro comercial Apolo, ante la tienda de discos, esperando. Fue a comer un helado, luego se aprendió los nombres de todos los actores de las doce películas que proyectaban los multicinemas. Regresó a por otro helado, para bajar el calor que sentía. No fue posible, pues su interior era un volcán, y dos helados no eran suficientes para apagarlo. Entró en el supermercado, y compró unos chicles. Recorrió varios pasillos, interesándose por artículos que él jamás compraría, y, quince minutos antes de las seis, se apostó definitivamente ante la tienda de discos.

Eran las seis y veinte, cuando supuso que ella le tomó el pelo. La mujer leyó, en su semblante, que la deseaba, y quiso jugarle una broma. No era posible que Wanda pasase el viernes con él. Podía pasearse por delante del Hospital Central, silbar, y hacer que los enfermos sanasen para ir con ella. ¿Por qué le iba a elegir a él? No era feo; estaba medianamente bien; pero había otros mucho mejor terminados, con menos años, y que no trabajaban para su esposo. Él era el peligro que Federico no quería ver.

-Cinco minutos más, y me voy. A las seis y media.

A las seis cuarenta y cinco, un auto rojo se detuvo ante él. Wanda se asomó a la ventanilla, y preguntó:

-¿Has esperado mucho? Es que… no sé.

-No, no mucho.

Él no aclaró a qué hora llegó. Pudo decir que a las seis y media, pero eso indicaría que no tomó muy en serio la cita. También podía confesar la verdad, y quedar como un completo tonto. Lo más aconsejable era no mencionar si esperó mucho o poco, olvidar el retraso de ella, y cambiar de tema.

-¿En qué auto vamos? En el tuyo – decidió la mujer-. Dejo éste aquí.

-¿A dónde vamos?

-Es sorpresa.

Ella clavó sus ojos negros en los de él, castaños, y le transmitió que no le iba a doler, además de gustarle mucho. Federico olvidó que se trataba de la esposa del rector, y pensó que era su regalo de Navidad, adelantado a Mayo. Encerraba peligro, pero eso sucede con todo lo bueno de la vida. Lo que es gratis, sin costo o riesgo, normalmente no le interesa a nadie.

Wanda aparcó su auto, salió de él y se dirigió hacia el de Federico. Cuando estaba por entrar en el vehículo, escuchó una voz tras ella, que la detuvo. El conductor miró hacia allí, y quiso que le tragase la tierra. La propietaria de la voz era Isabel, la esposa de Herminio Santamaría, catedrático de economía. Sabía que las dos mujeres eran muy amigas, y Santamaría el único que soportaba al rector. Quizá por esto, el catedrático había ido con Alejandro al simposio. Isabel se aproximo al automóvil de Federico, y besó a Wanda. Para que el matemático no pensase que pasaba desapercibido,

la señora de Santamaría le saludó moviendo la mano derecha.

-Estoy perdido – pensó Federico.

El hombre quiso desconectarse del entorno. Si deseaba pasar desapercibido, comenzaba mal, pues aún Wanda no había subido a su auto. ¿Qué pasaría después? De reojo vio que las dos mujeres charlaban muy animadas, y percibió que le señalaban. ¿Le diría que iban a… beber una copa como amigos?

Después de cuatro o cinco minutos, Wamba se decidió a entrar en el auto. Isabel saludó a Federico con una sonrisa y moviendo los dedos de una mano. No tenían mucha confianza, pero, como normal en la universidad, se conocían. Y ahí estaba el problema.

Wanda, sin que aún hubiera desaparecido su amiga, apenas se acomodó en el asiento, le dio un beso a Federico, en la boca. Parecía que ella no besaba mejillas ni frentes. El hombre se puso tieso en el asiento, con la espalda pegada al respaldo. Cuando ella se retiró, y le miró con ojos amorosos, él preguntó:

-¿No te parece que ella…?

No iba a quejarse del beso, y esperaba que ella fuera igual de efusiva al estar solos, pero Isabel les había visto, y se alejaba sonriendo. Eso le ponía muy nervioso. No sabía si ella era muy dada a la comidilla; pero podía comentar haberlos visto, sin intención de molestar, y alguien interpretarlo como le apeteciese.

-¿Ella…? Isabel es mi íntima amiga.

-Claro. Yo decía, porque…

-No te preocupes. Ella anda con Filiberto.

-¿Filiberto? ¿Nuestro Filiberto? – Federico desorbitó los ojos.

-¡Claro que nuestro Filiberto! – Wanda le imitó, usando la burla en la exageración.

Filiberto, nuestro Filiberto, trabajaba de entrenador de fútbol del equipo de la universidad. Era un fulano enorme, que fue defensa central de los Ferrocarrileros. Ya tenía más de cuarenta años, y se hallaba en plena forma. No era guapo, pero su cuerpo levantaba suspiros. Isabel estaba medianamente bien, un poco pasada de peso, pero bien. Y su esposo, Herminio, no guardaba otra línea que la curva de la oferta, o quizá de la demanda, que enseñaba a sus alumnos. Además era calvo, y el entrenador tenía una cabellera grande y negra. Por otra parte, Filiberto no estaba casado, aunque tenía novia, y muy celosa. Lo bueno es que a ella la veía únicamente los miércoles, sábados y domingos, porque su horario le impedía los otros días de labor. La mujer andaba un tanto mosqueada, ya que los sábados, el deportista llegaba muy cansado, y los partidos, en los que participaba desde la banca, eran los domingos. Es que Herminio solía tener algo que hacer los viernes, y ese día Isabel se veía con Filiberto.

-Filiberto…- susurró Federico.

-¿No lo sabías? Bueno, es secreto, pero mucha gente se lo huele.

Wanda llevó ambas manos al pecho del conductor, y éste retiró el píe del acelerador. Las manos de ella desabrocharon dos botones de la camisa de Federico, y jugaron con el vello del pecho. El chofer sintió un sofoco, a la vez que cierta presión entre las piernas. Ella no perdía el tiempo.

-¿A dónde vamos? – preguntó.

-Es sorpresa.

-Pero hacia alguna parte debo dirigirme. ¿Al centro?

-¡Qué aburrido! Conduce hacia Fresneda. Yo te digo cuando debas virar a alguna parte.

-Fresneda.

El rostro de Federico estaba completamente rojo. Los dedos de ella, que hacían rollos a su vello, le ponían muy nervioso. La mujer lo notaba, y por eso proseguía su tormento. Los negros ojos de ella estaban enfocados en el semblante de él, que transpiraba. Los de él se perdían en el horizonte, por encima de los autos que le precedían. Ya no era un sueño, sino una pesadilla. Wanda le atormentó mentalmente, durante un buen tiempo, y ahora lo hacía físicamente, sabiendo que él la deseaba, y que dudaba poder soportar un largo trayecto, sin detener el coche y saltarle encima.

-¿Con quién pensabas pasar esta noche?- le preguntó ella.

-No… Con nadie en específico.

-A los matemáticos os encantan las incógnitas. A mí no. A mí me gusta saber con quién, y lo que vamos a hacer. Pensarlo, me excita.

Federico tragó saliva. Ella era una mujer muy directa, demasiado para él, quien usaba eufemismos con las asistentes sexuales. Wanda asustaba con su franqueza. ¿Cómo soportaría a Alejandro, que era un tipo seco como hueso calcinado al sol, y de lo más insípido? Ella le dio la respuesta a su pregunta mental:

-Mi esposo es muy aburrido. Tú le conoces, aunque no en la cama.

-¡Ni ganas! – exclamó Federico.

-Me han dicho que eres un león.

-¿Quién? Yo no… Bueno, nadie en la universidad sabe si yo…

-¿Y fuera de la universidad? ¿Hoy a qué bar pensabas ir?

-Pues no sé. No lo había decidido. Me guio por el instinto.

-Como las fieras. Me encanta eso.

Ya estaban a punto de dejar atrás las calles de la ciudad, y comenzaría la nueva autovía hasta Fresneda. Federico aceleró, ya acostumbrado a las caricias capilares de ella. Wanda dejó de tocar el vello, y llevó sus manos a la entrepierna de él. El chofer volvió a reducir la velocidad. Notó que su frente se perlaba de gotas de sudor. Y bajo la bragueta, tenía un grave problema.

-Probablemente pensabas ir al Cubano – dijo ella.

-¿Tú vas a ése?

-A veces. Con amigas, porque Alejandro solamente conoce restaurantes. Él casi no bebe. Fuma un cigarrillo después de la cena. No tiene vicios.

-¿Ninguno?

La mano de ella, en la entrepierna, le dio confianza como para preguntar por los vicios de su marido. Wanda empujó su mano hacia abajo, y Federico sintió dolor, que expresó con un quejido. La mujer le tenía en sus manos, y no en sentido figurado.

-Yo soy su único vicio – dijo ella-. Pero no es nada vicioso.

-Él se lo pierde.

-Y tú, por ser él tan parco, lo vas a ganar.

-¿Crees que deba darle las gracias personalmente?

-Me gustaría verlo.

Wanda dejó de estrujarle la bragueta, y buscó algo en su bolso.

Se sentó mirando hacia delante, y sacó un cigarrillo mentolado. Lo encendió, y le dio una chupada.

-No te ofrezco, porque sé que no fumas – dijo-. Tú también sólo tienes un vicio.

-¿Cómo sabes eso? ¿Y lo del león?

-¿Te intriga? No es ningún misterio. Hace cosa de un mes, ligaste a una amiga mía, en el bar Cubano. Me dijo que eras un león.

Federico intentó recordar lo que sucedió un mes atrás. Eso significaba cuatro o cinco fines de semana. Los tres últimos, estuvo con asistentes. ¿Serían sus amigas? Eso decía Carlos. Pero el anterior… conoció a una mujer, que le dijo que tenía una estética. Solamente se vieron en esa ocasión, pues ella le dio un teléfono erróneo, más bien le dio un número cualquiera, y ya no pudo localizarla. ¿Sería ella?

-Se llamaba…- musitó, para recordar, no para que Wanda escuchase- Sofía.

-Sofía. Es mi peluquera. Me dijo que eras profesor de la universidad, y te llamabas Federico. Como hay dos de tal nombre…

-¿Investigaste al otro también?

-¿Estás loco?- Wanda le dio un codazo-. Tiene ochenta años.

-Unos dos más que tu esposo.

Wanda le dio otro codazo. Aquello no le había gustado mucho. Federico, una vez en confianza, podía ser muy mordaz. Además, había descubierto que Wanda no era lo que aparentaba, o su esposo le obligaba a simular. La mujer era de barrio, de lenguaje procaz y poco discreto, y no la mujer educada y de sociedad que el rector alardeaba.

Cuando estaban en las fiestas, seguía el guión que Alejandro le dictaba. Aquella tarde era ella, desinhibida, jovial y muy popular. En el lenguaje le brotaba el pueblo; pero la otra acepción de popular: conocida y famosa, también le cuadraba, en opinión de Carlos. Lo de palpar braguetas no lo había aprendido en un colegio de monjas. Aunque muchas de las que estudian con las monjas, luego, una vez en brazos de los mundanos, reciben un curso intensivo.

-Por eso fui hoy a desayunar – dijo ella.

-Plan con maña. Y yo que creo en las casualidades.

-Se me ocurrió que podíamos pasar un buen fin de semana.

-Fin… ¿También mañana?

-¿Tienes algo mejor que hacer?

-No traje ropa de repuesto.

-Te la vas a pasar desnudo.

Ella lanzó una carcajada, y expidió más humo contra el vidrio que tenía delante. Federico pensó que no imaginaba que Wanda fuera tan explosiva, sincera o… No, vulgar no era. A ella se le perdonaban sus arranques de risa, o sus codazos. Era espontánea, eso sí.

-¿Cómo conociste a Alejandro?- preguntó él.

-Antes debo decirte que Sofía está casada, y por eso no quiso verte más. La dejaste muy impresionada, y encantada, pero ella no se arriesga a perder a su esposo.

-¿Y ese viernes?

-Una cana al aire. El muy cabrón se fue de juerga, y ella quiso saber lo que se sentía. Una vez y nada más. Quizá una vez al año, si es que se anima.

-¿Y tú?

-Yo me animo a cualquier hora. Me casé por dinero, y porque fue el único que me lo propuso. Además, me gustan los científicos, porque son muy inocentes.

-¿Me incluyes?

-Por supuesto. Pusiste una cara de bobo cuando te dije, en el restaurante, que si tenías plan para hoy. Creí que saldrías corriendo.

-¿Así que me has seducido?

-Quiero que me rasguñes, leoncito. Estoy deseando sentir tus garras. Dentro de un kilómetro hay una tienda. Creo que deberemos comprar algo de tomar. Y cigarrillos para mí. En donde vamos, hay comida, cerveza y champaña; pero si queremos otro tipo de licor o tabaco, debemos comprarlos.

-De acuerdo. No me gustan los misterios, pero si tú me guías… iré con los ojos cerrados. Me gusta la cerveza.

-¿Y la champaña…? Creo que está inventariada.

-Compraré una botella de whisky.

Federico bajó a comprar. Ella dijo que le gustaba el whisky, y los cigarrillos debían ser Chesterfield. Además, el profesor compró unos chicles y varios condones, ya que no tenía duda de lo que se esperaba de la velada. La comida no importaba, pues había en el lugar al que iban. Él no tenía ni idea, pero supuso que sería algún hotel. Eso no concordaba con que habría comida pero no alcohol o tabaco. Se enteraría más tarde. Y si no comían, tendrían mucho más tiempo para “lo otro”.

Mientras el matemático estaba en la tienda, la mujer permaneció

dentro del auto, fumando. Sintió la vibración de un teléfono portátil, ya que lo había puesto en tal modalidad, para que no molestase. Lo sacó del pequeño bolso, y miró la pantalla. Sonrió al ver el nombre de quién llamaba. Lo abrió, y contestó.

-En un supermercado – dijo la mujer-. ¿Y te has desocupado?

Quien llamaba dijo varias frases, a las que la mujer no respondió. Ella miraba a la tienda, viendo que Federico estaba ante la caja, listo para pagar. Wanda sonrió, y dijo:

-No, no puedo, Tengo… cosas que hacer. ¿Mañana…? No sé. Luego te llamo.

Y cerró, apresurada, el teléfono. Federico salía, cargando, entre los brazos, un paquete de papel, con todo lo que había comprado. Dejó el paquete en el asiento trasero, y subió tras el volante.

-Ya está. Podemos continuar.

-A dos kilómetros, hay una desviación a la derecha. ¿Conoces Residencial Los Arcos?

-Lo he oído.

-Mi esposo tiene ahí una casa. Ya sabes, para fines de semana. No venimos nunca, porque dice que no conoce a los vecinos. ¿Para qué la compró?

-No tengo ni idea. Para traer a sus ligues.

-Eso creo yo. Pero no, Alejandro no me engaña. ¿Sabes por qué?

-Está enamorado de ti.

-Porque es casi impotente. Lo único que le funciona es el cerebro, como a todos los intelectuales.

-Yo no soy un intelectual.

-Eso me dijo Sofía.

Federico estaba encontrando divertida la conversación. Wanda no tenía pelos en la lengua, y no ocultaba nada, ni siquiera de su vida privada. Pobre Alejandro. La controlaba cuando iban a las fiestas, y no dejaba que bebiese, precisamente porque sabía lo que ocurriría si ella perdía la compostura. Si su esposa soltaba la lengua, la fiesta, aunque fuere solemne, se convertiría en una verbena. Habría que ver a los asistentes, tumbados en el suelo por efecto de la risa.

-Ahí es – dijo ella-. El vigilante me conoce, así que no hay problema.

Estaba anocheciendo. No había luz alguna en el residencial Los Arcos. Los habitantes llegarían poco a poco, a pasar el fin de semana, por lo que las casas no se iluminarían hasta entonces. Pero tampoco había alumbrado público. Y de las pocas casas alumbradas, emanaban luces mortecinas, de velas.

El vigilante de la entrada de la urbanización Residencial Los Arcos, Simón, era un hombre de sesenta años, que llevaba veinte trabajando en aquel puesto. Por ello, conocía perfectamente a todos los que habitaban en Los Arcos, y a algunos visitantes habituales. La mayoría de los propietarios llegaban a pasar el fin de semana, aunque había residentes permanentes. Varios ricos de San Pedro habían comprado una casita para esconder a “la otra”, y acudían a verla en esos recesos que se llaman “visitas a proveedores o clientes” o juntas de negocios. De que eran juntas no había duda, y muy “ombligatorias”.

Simón era una tumba, porque cobraba por serlo. Claro que hasta

las tumbas más herméticas se abren, de vez en cuando, y él no era la excepción. Lo mismo que guardaba el secreto de "las visitas", podía recordar algo, si le compensaban. Con dinero, era una buena fuente de información.

Como anunció Wanda: cuando pasaron ante la caseta, salió el hombre de pelo cano. Éste, al reconocer a la mujer, les saludó, alzó la barrera, y les dijo:

-Hoy es mal día. Un camión ha chocado con el poste del transformador, en la carretera, y tardarán bastante en repararlo.

-Tenemos velas – manifestó la mujer.

Cuando se alejaron de la caseta de vigilancia, la mujer le dijo a Federico:

-Mucho más romántico. ¿No te parece?

-Sí, pero no funcionará el refrigerador. Y tengo sed.

-Eres muy prosaico.

Poco antes de llegar a la casa, Wanda regresó al tema de su obsesión:

-Dice Isabel que Filiberto es una bestia. Y ella está feliz. Es que su esposo se parece al mío: mucha mente. Es raro que tú seas un león.

-¿Y si Sofía ha exagerado?

-Le reclamaré. Pero conmigo serás león, o te asesino.

Wanda llevó su mano derecha a la bragueta de él, y agarró lo que pudo. Y sí puso lo que buscaba, de manera de Federico lanzó un grito.

-Cumpliré- prometió-. Lo juro por mi honor. ¿Y el vigilante? – eso le preocupaba a él, ya que Simón también conocía a Alejandro

-Es confiable. Claro que, de vez en cuando, hay que asegurarse de su silencio, dándole algo de dinero.

-El precio de la confianza. Vivimos en un mundo que derrocha honestidad.

-Y fidelidad.

Las manos de ella volvieron a la bragueta de Federico, quien sintió que ya le urgía llegar a la casa. Ella sabía cómo sacar llamas del hielo, y él no era exactamente un témpano, por lo que estaba a temperatura infernal.

-Ya no me toques más, porque voy a rugir aquí mismo – le dijo a ella.

-Tenemos tiempo de sobra.

-Pues aprovechémoslo, pero no en el auto.

Wanda soltó una carcajada. Con la mano derecha, que abandonó la bragueta de él, indicó que se metiera a la izquierda. La urbanización era de casas casi iguales, en donde perderse era lo obligado. Únicamente mirando los letreros de las calles, y los números de las casas, podría alguien orientarse. Sería difícil aquella noche, al no funcionar las bonitas farolas de la avenida.

Los que compraron casa en Los Arcos huían de los edificios de San Pedro, monótonos y carentes de estética, para meterse en un enjambre horizontal, lo mismo pero en donde un día hubo verde campo. Como alguien dijo: ¿por qué no construir las ciudades en el campo? ¿Y dónde fueron construidas?

Llegaron a la casa, cuando ya había comenzado a oscurecer. Al

no haber luces, y únicamente el resplandor de algunas velas, se notaba que muy pocas estaban ocupadas a esa hora. Quizá comenzasen a llegar más tarde, o muchos lo dejarían para el sábado, o hasta enterarse de si habían solucionado lo del transformador.

Wanda salió del automóvil, entró en la casa, y abrió la cochera. Tardó un poco en hallar una vela, que prendió. Luego se puso en la puerta, y Federico metió el coche. Apenas éste se bajó, cuando le cayó encima un huracán, con vela en una mano. La mujer buscó sus labios, y le empujó contra la pared de la cochera, para que no se escapase.

-¿No hay cama en esta casa?- preguntó Federico, en un segundo de respiro.

-Hay un sofá en la sala. Primero te examino ahí abajo, y luego subimos a la habitación.

-¿Crees que pueda subir por mí mismo?

-O nos quedamos abajo toda la noche.

CAPÍTULO II

Era noche cerrada, aunque apenas habían dado las diez. Sin iluminación, parecía que estaban en pleno campo, en vez de en un chalecito. Federico buscó el descanso en la terraza que daba al jardín. Allí, en un sillón de bejuco, se deleitaba con una cerveza de temperatura aún aceptable. Por haber estado el refrigerador cerrado, se conservó el frío. Wanda le había concedido un respiro, al bajar a la cocina, a preparar unos emparedados.

-Tendré que reciclar los condones – pensó.

Había usado tres en dos horas, y ella le dijo que la noche no terminaba aún. En la sala, ella lo acorraló en el sofá, se subió encima, y cabalgó como el Llanero Solitario. Él colaboró en lo que pudo, y la mujer quedó satisfecha, pero por poco más de media hora. Después de que se fumó dos cigarrillos, ella le propuso conocer el piso superior, y la cama. Dijo que le encantaba hacerlo alumbrados con velas. Federico pensó que le gustaba de todas formas, a oscuras y a plena luz, en la cama o en la alfombra, de pie o sentados, y hasta podía considerar un asalto tumbados, aunque le parecía muy convencional.

Habían estado en el dormitorio la hora y media siguiente, comprobando que no se rompían las patas de la cama, por mucho que brincasen. Y Wanda saltaba como loca. Federico podía jurar que nunca había conocido una mujer tan sexualmente dispuesta, a la vez que necesitada. Pretendía, sin tapujos, probar que las posturas del Kamasutra podían realizarse, aunque pareciesen dignas de contorsionistas. Y de paso, intentar algunas de las que había oído, y sólo necesitaba una pareja entusiasta para ponerlas en práctica. Federico resultó ser entusiasta, aunque no de acero, por lo que

colaboró hasta que pudo, y hay que reconocer que pudo bastante más que la mayoría de los mortales.

-Pobre Alejandro.

Ella le hizo una confesión que le hizo expresarse así del rector. Se conocieron por medio de unos amigos, y ella fingió ser monja. Duró su representación dos meses, hasta que tuvieron confianza. Alejandro era un poco lento, y ella no quería asustarlo, y que saliese huyendo. Wanda había decidido casarse con él, porque tenía buena posición, más social que económica. Por tanto, desempeñó a la perfección su papel de mujer a la que no le preocupa, ni ocupa, mucho el sexo. No de virgen, pues eso hubiera sido demasiado. Le dijo que un par de galanes, quizá tres... Dejó unos puntos suspensivos tras la cifra, porque allí correspondía “docenas”.

-Cuando nos fuimos a la cama, la primera vez, supe lo que era decepción – le confesó a Federico-. Me dijo que iba a enseñarme artes amatorias. De poco me duermo.

Eso duró dos meses más. Y un buen día, por efecto de unas copas, ella olvidó fingir y se desató. Temió, una vez terminado el acto, más bien la agresión sexual, que él saliera corriendo. Pero no fue así, y Alejandro le propuso matrimonio.

-Lo malo es que él no me da el ancho – manifestó ella.

Federico supuso que el ancho de Wanda era algo así como una columna de húsares. Él era un león, o así dijo Sofía, y no daba tampoco el ancho. Resultó selvático con la peluquera, que no era ninfómana. Pero con Wanda andaba por leopardo, y terminaría como gato de angora o quizá de porcelana.

Una mujer apareció en la terraza de la casa de enfrente. Se advertía notoriamente que tenía una figura estilizada. Estaba vestida únicamente con una bata bastante transparente. Al no haber luz en la calle, y darle, en la espalda, la poca de las velas, se veía únicamente la silueta. Ella no llevaba ninguna iluminación consigo, y la farola de la calle, frente a ella, estaba apagada. Su llegada coincidió con la de Wanda, quien traía los bocadillos, y un balde con dos botellas de champaña tibia. Había echado el contenido de los envases de hielo en la cubeta. Ya no era hielo, sino agua medio fría. En el frigorífico halló carnes frías, de las que vienen en un empaque de plástico, y aquellas dos botellas de espumoso francés legítimo.

-¿No prefieres champaña a cerveza?- le preguntó a Federico.

-Mi sueldo no da para lujos parisinos, ni siquiera paté. Justamente unas cubas de jamaiquino, con bocadillos de jamón nacional, y no frecuentemente.

-¡Hola, Carla! – dijo Wanda.

-¡Hola Wanda!

El tono de voz de la mujer indicó que era joven. Federico la miraba de reojo, para que Wanda no se diese cuenta de que le llamaba la atención. Tenía a su lado una verdadera hermosura, pero sus ojos se desviaban, en automático, a la terraza de enfrente. Se debía a la curiosidad, y no a la libido, que estaba desmayada.

-¿Otra vez sola? – preguntó Wanda.

-Dice que vendrá mañana.

La mujer miró a Federico. No le vería bien, ya que les separaban los jardines, pero no dudaría que no se trataba de Alejandro. No dijo

nada, y regresó a su habitación después de decirle a su vecina:

-Que te diviertas, Wanda.

-Eso trato. Suerte, y que no te deje plantada.

-Con que mande el cheque… Si viene un mensajero jovencito… me parece que no le voy a echar en falta.

La vecina dejó escapar una risita aguda. Federico entendió que ella era "el detalle" de alguien, y que éste llegaba cuando quería. Pero, asistiese o no, debía pagar la cuota. Lo de la diversión era secundario, y se aceptaban sucedáneos.

-"Si es que ya no hay amor" – pensó el matemático.

-Me encanta la champaña – dijo Wanda, llenando dos vasos que cogió de la cocina, ya que no fue a la sala en busca de las copas alargadas.

-Me gusta, aunque la tomo muy raramente.

-Me excita. Debe ser afrodisíaco.

-A ti te excitan los dibujos animados.

Wanda se sentó sobre él, y buscó su boca. Ciertamente, ella se excitaba viendo a la Pantera Rosa, y quizá también los noticiarios.

-Tomamos estas dos botellas, antes de que se calienten, y nos vamos a la cama – propuso ella.

-¿A dormir?

-Te asesino si te duermes.

La mente de Federico le envió una imagen con sonido de trompetilla floreada, sonido que simboliza la burla, mofa o befa. Él babeaba, entre el verde de campus, al ver moverse a Wanda. La consideraba inalcanzable, el sueño imposible, y se deleitaba

fantaseando con lo que ambos harían sobre una cama. Y ahora, su otro yo le ridiculizaba, inquiriendo: ¿no era lo que deseabas? Pues no te quejes, y te aguantas.

-"No me quejo – pensó él-, pero me gustaría que hubiese anuncios en medio de la película".

-Moriré como un hombre – le dijo a ella.

-O como un eunuco. Tú decides. Debes hacer honor a tu fama.

-Te puedo jurar que no tengo fama que proteger.

Eso era bien cierto. Le echaba ganas, y más con Wanda, pero él resultó algo terrible para Sofía, pero porque ella era el ligue del viernes, con ganas de una semana, además de que ella quería vengarse y lo hubiera hecho con un consolador parlante.

* * * * * * * * * * * * *

Aldo y Lidia elegían, para alojarse, casas en zonas residenciales de la periferia. Sabían que éstas eran de vacaciones o fines de semana, por lo que, una parte del tiempo, estaban desocupadas. Para introducirse en ellas, ya que solían ubicarse en el interior de conjuntos vigilados, y rodeados por vallas, usaban varios medios. Uno: saltar los muros, si no estaban electrificados. Aldo era delgado y ágil, y no le costaba mucho esfuerzo subirse a una tapia. Luego ayudaba a Lidia, y ya estaban dentro. En otras ocasiones, la joven distraía al vigilante, con preguntas ociosas, mientras el novio se deslizaba ante las narices del cuidador. Lo siguiente consistía en averiguar la manera de que ella entrase por alguna barda.

Cuando llegaron a San Pedro, recorrieron algunas zonas

residenciales de la periferia, en donde establecieron su cuartel general, cambiándolo cada cierto tiempo, por si aparecían los dueños, y llamaban a la policía. Lo harían, porque encontrarían algún vidrio roto, así como que les faltarían cosas.

Se toparon con Los Arcos, en su vagar. Y encontraron con que no había luz, por lo que el ingreso sería mucho más fácil. Usaron el método de despistar al vigilante. Lidia, con minifalda, fue preguntar por alguien, y Aldo se deslizó por debajo de la barrera. Una vez dentro, y el vigilante en su garita, él la ayudó a trepar la tapia. Estaba muy oscuro, y había muchas casas desocupadas, por lo que no costó trabajo elegir el punto idóneo para trepar, y pasar al patio posterior de una de ellas.

Apenas se acomodaron en una, a la que forzaron la cerradura de la puerta trasera, la que daba a la cocina, se dedicaron al sexo, y, en los intermedios, a emborracharse con los restos de dos botellas, una de brandy y otra de ginebra. Usaron la habitación principal, sin iluminación, como comedor y tálamo. Normalmente las casas en las que entraban tenían cortada la energía eléctrica, porque los dueños la suspendían al irse, sabiendo que tardarían en regresar. Por esto, y porque no querían ser descubiertos, se habían acostumbrado a vivir a oscuras. A ninguno le gustaba la televisión, y no necesitaban iluminación para sus actividades sexuales, drogarse o beber, y menos para quedarse profundamente dormidos. La ausencia de iluminación municipal no les preocupó, además de que sirvió de aliada.

No habían comprado comida, esperando hallar algo en la casa que asaltasen. Resultó que en ésta no había nada, y lo del licor sería

porque las botellas estaban ya en las últimas. El sexo y el licor hicieron efecto.

-Tengo hambre – dijo ella, fatigada por la ración sexual.

-Yo también. Y estos malditos no tienen ni siquiera unas latas.

-¿Qué vamos a hacer?

-Ir a buscar algo. Yo me encargo.

-Si abrimos varias casas, será más fácil que alguien llame a la policía – supuso ella, con buen juicio.

-Vamos a alguna que tenga luz.

-No hay luz.

-Me refiero a que se vea luz de velas. Si hay gente, habrá comida. Y sin electricidad, no funcionarán las alarmas.

-Eso es cierto.

Ambos eran expertos en casas con alarmas, cercas electrificadas, perros guardianes, y demás protecciones. Que no hubiera electricidad les ayudaría.

No había muchas de las que se desprendiese alguna luz. Tuvieron que cambiar de calle, y recorrer, en medio de la oscuridad, otra paralela, hasta que vieron dos de las que salían luces mortecinas. Al acercarse, percibieron que una estaba muy iluminada, aunque fuese con velas, y de ella salía música. Una mujer transitaba entre el dormitorio y la terraza, entrando y saliendo, y mirando a la calle en tinieblas.

-Espera a alguien – dijo Aldo.

-La de enfrente.

En aquella, la luz era muy tenue, y no se veía a nadie. Esperaron

a que la nerviosa mujer, de enfrente, se metiera a la habitación. Lo hacía a cada rato, y tomaba de una copa. Parecía que se estaba emborrachando. Y por la insistencia en mirar a la calle, era seguro que esperaba a alguien.

Cuando la nerviosa mujer se metió, la pareja entró en la casa elegida, la de enfrente. La rodearon, con lo que quedaron fuera de la vista de la vecina. No había luz en la cocina, y no fue nada difícil forzar la cerradura. Entraron, y se lanzaron apresuradamente a revisar la alacena. Estaba muy bien surtida. En el frigorífico, apagado, había unos sobres de plástico, con carnes frías, y unas botellas en el compartimento de la portezuela.

-Tú vete cogiendo cosas. Yo voy a ver que pasa arriba - dijo Aldo.

-Mejor si no subes. Cogemos lo que sea y nos vamos. Y no revuelvas nada. Voy a coger latas, y dejar lo del refrigerador. No creo que vayan a revisar la alacena.

-Voy a ver si aquí encuentro algo para beber. Y no te preocupes, que no voy a revolver nada.

-Hay dos botellas de sidra en el frigorífico. Ya no están frías.

La joven se refería a dos botellas de champaña. Aldo hizo un gesto de desagrado, y manifestó:

-No me gusta la sidra. Prefiero algo fuerte.

Casi a gatas, Romualdo fue hasta la escalera, y ascendió hasta el piso superior. Vio que un hilo de luz se filtraba por debajo de una puerta. Por la ubicación de aquella alcoba, dedujo que se trataba de la principal. Sacó su navaja, y avanzó decidido. Una vez ante la puerta,

puso el oído contra la madera. Se escuchaban unos jadeos inconfundibles. Él y Lidia tenían sesiones como aquélla a cada rato.

-Éstos están ocupados – pensó-. Vamos a vaciarles la alacena.

Regresó junto a Lidia, quien metía en un cesto, de los de poner ropa para planchar o lavar, gran cantidad de latas y unos embutidos. Lo que dejó lo puso hasta delante del estante, para dar la sensación que había mucho más detrás.

-Voy a buscar los licores- dijo Aldo-. Arriba hay función, y ni se enteran.

-Nos llevamos un paquete de pan, y dejo otro, por si bajan. Lo pondré junto al frigorífico, para que no tengan que revisar.

Del joven fue a la sala, y se dedicó a inspeccionar toda botella que tuviese delante. Una vez valoradas, desdeñó las que no merecía la pena llevarse, por no agradarle su contenido. Requisó el resto, si bien no era lo que esperaba, pues, en el mueble bar, únicamente había restos de anís, un poco de ron y media botella de brandy. Sin embargo, todo era bebible, y sabroso por el precio. Por tanto se llevaría lo que había.

-Aldo.

La voz de la joven sonó queda. Ella estaba en la puerta de la sala, intentando ver el interior. En su mano derecha mostraba algo.

-Es una botella de whisky. Estaba dentro de una bolsa de papel. Con esto ya tenemos. Deja lo demás.

-También nos las llevamos.

-Ya vámonos - dijo Lidia.

-No tengas prisa. Ésos están muy ocupados. Cenamos y nos

vamos.

A la joven no le hizo mucha gracia seguir allí, porque los de arriba podían bajar. O quizá regresase la luz, y se activarían las alarmas. Pero tenían que cargar bastante peso, por lo que podían bajarle un poco, con lo que cenasen.

* * * * * * * * * * * * *

A Federico y Wanda les hizo efecto la segunda y última botella de champaña, o quizá fue el quinto encuentro de la noche. Dicen que es imposible un quinto en una sesión, pero Federico, o lo que quedaba de él, daban cuenta de que se podía, si contribuía alguien del calibre de Wanda.

Ella también se durmió, tal vez por el efecto del alcohol, ya que la ración sexual no fue mucha, en su opinión. Es que se dice que los leones son de una docena, por lo menos.

Federico se despertó, o eso le pareció, al sentir una incontenible urgencia en su vejiga. Medio sonámbulo, y a oscuras, fue al excusado, e hizo su función fisiológica. Regresó a la cama, ya que no pensaba levantarse temprano. No sabía si era temprano o tarde, pero no quería levantarse aún. Se metió en la cama, y llevó su mano, de forma inconsciente a su derecha, para palpar el cuerpo de Wanda. No deseaba despertarla, porque ella recordaría que le gustaban los mañaneros, y él no tenía ya fuerzas para más. Quizá después de desayunar, pero sin prometerlo. Notó que ella…

-Está fría – le dijo su mente.

El cuerpo de Wanda estaba frío. No el frío normal de quien no se

ha tapado en la noche, sino el frío de la muerte, de que se han suspendido las actividades físicas. Ella estaba fría y rígida, por lo que Federico despertó completamente, dio un brinco y quedó de pie ante la cama. Buscó las velas, y los cerillos. Una vela estaba a la mitad. La prendió, y observó a la desnuda mujer.

-Está… - balbuceó.

Sabía bien lo que estaba, pero no se atrevía a pronunciarlo. Estaba muerta. Logrando valor, sin saber de dónde, se acercó a ella, y le tocó la mano derecha, buscando su pulso. Estaba completamente fría, y rígida. No sabía mucho del proceso postmortem, pero sí que la rigidez se presentaba al de unas horas del deceso. Corrió a buscar su reloj. Lo había dejado en el bolsillo del pantalón, y éste yacía en el suelo. Miró la hora. Eran las seis y veinte de la mañana. No se percibía movimiento en las casas cercanas, pues faltaba aún algo para amanecer. O se debería a que era sábado, y no había niños, o, en caso de haberlos, no iban a la escuela. Sintió un sofoco, y su mente se abrió de repente, produciéndole daño, como si la hubieran hendido físicamente, por el tajo de una espada.

-¡Dios mío, vaya lío!

Todo lo que no pensó el día anterior, de la problemática de estar con Wanda, le vino a la mente a la vez, y tal profusión de ideas le produjo dolor. Se encontraba en un verdadero problema. Él no la había matado, al menos asesinado. Si tenía un problema cardiaco, éste se le agudizó en el momento más inoportuno. Revisó, nuevamente, a la mujer. No tenía heridas visibles. Lógico, ya que él no le hizo nada. Bueno, lo normal en un combate cuerpo a cuerpo, pero sin que

hubiera sangre.

-Le ha dado un infarto.

Eso le eximía de delito, pero no del escándalo. Ella era, y lo fue el día anterior, la esposa del rector. Él le ponía los cuernos a su jefe, y éste no tendría compasión. Alejandro no conocía el humor, a no ser el malhumor. Y, aunque él le perdonase, la sociedad académica lo estigmatizaría, y lo expulsaría de la universidad. Todos se acostaban con todas, las que podían, pero en secreto. Y no se les morían en el tálamo.

-Estoy jodido –dijo-, con triste convicción.

Su mente matemática efectuó una ecuación simple: muerto más adulterio, igual a patada en el trasero. Y todo lo que había logrado se esfumaría. Claro que podía salir huyendo. Si llamaban a un doctor, verían que había sido muerte natural. Y si él no estaba allí, le podrían echar la culpa al champaña, o a… un fantasma, o a que ella ya tenía antecedentes de fallas cardiacas. Esto último no se lo creía, ya que Wanda no se cuidaba nada, y sus embates sexuales tenían una fogosidad nada racional si sufres del corazón. O quería morir en el lecho, y le eligió a él como arma letal.

-La vecina. ¡Carla!- Le vino a la mente.

Ella le había visto. Y también el vigilante. Ellos dirían que él estaba allí. No que la había matado, pero sí que estaba junto a ella. Dirían un hombre, ya que no lo conocían. Quizá el vigilante anotó la matrícula de su automóvil. Podía suceder cualquier cosa, pues había comenzado la fase del infortunio, y era impredecible todo lo que su mala suerte podía enviarle en las próximas horas.

Sonó el timbre de la puerta principal. Federico pegó un salto y corrió al excusado. Apenas entró, cuando se dio cuenta de que era estúpido esconderse allí. Debía ver quién era. Para ello, se asomó a la terraza. No distinguía nada, ya que bajo ésta se hallaba el porche, y quien llamaba estaba oculto por el tejadito. Había cruzado el jardín, y aguardaba ante la puerta. Aún no amanecía, y seguía sin regresar la luz eléctrica.

-No hay ninguna patrulla de policía, ni uno de esos enormes autos negros – certificó, con júbilo.

Cogió su pantalón, se lo puso y bajó las escaleras a saltos. Abrió la puerta y… Era Carla, y tenía cara de terror. Ella sabía que… ¿Le habría visto desde su terraza? Vería la habitación, pero las cortinas estaban corridas. Y aunque estuviesen abiertas, ¿qué podía haber visto? Que él le tomaba el pulso a Wanda. Y, por tal detalle, ¿podría suponer que ella estaba muerta?

-Simón…- balbuceó la mujer.

-¿Simón? – preguntó Federico-. ¡Ah, sí, el vigilante! ¿Qué le ocurre?

La mujer estaba en bata. Ésta no era transparente, sino propia para andar por el jardín o la calle. Federico ni se dio cuenta de que era joven y muy guapa, pues miraba a través de ella, esperando que apareciese el mencionado celador o unos guardias.

-Parece que le ha dado un ataque. Está en su garita, muerto.

-¿Muerto? ¿Un ataque?

Federico preguntaba sin percibir que lo hacía. El ataque del vigilante le importaba un comino. Él tenía otro ataque en el piso de

arriba, y ése sí le preocupaba.

-¿Dónde está Wanda?- preguntó la vecina.

-Arriba – respondió Federico, en automático.

Se dio cuenta de su error en cuanto soltó la palabra. Debía haber dicho que salió, que fue en busca de cigarros, o lo que se le ocurriera, pero su mente estaba alelada, y no pensaba con coherencia.

-Está durmiendo – dijo, para arreglarlo.

Carla empujó al hombre hacia atrás, le arrebató la vela, y entró en la casa. Parecía que tenía confianza, pues no pidió permiso, ni lo anunció, y se veía muy decidida. Se dirigió a la escalera, dejando a Federico absorto en su espalda. Ella iba a descubrir… Dos ataques de corazón se verían muy sospechosos. A él, más que sospechoso le parecía una pesadilla. Y lo malo no estaba en que le había dado un ataque, sino en que Carla llamaría a una ambulancia, a la policía o a quien se le ocurriera. Incluso tendría el teléfono de Alejandro, y sería normal avisar al esposo.

-No puede hacerme eso – pensó.

Corrió tras Carla. Ella ya estaba a la mitad de la escalera. Él, con dos zancadas llegó al primer escalón. En una repisa había un elefante de piedra, como alabastro. Lo cogió, sin premeditar para qué lo quería, y subió los peldaños de dos en dos. Cuando Carla llegó al último escalón, Federico estaba en el inferior siguiente, y levantó la figura. La mujer percibió su presencia, y miró hacia atrás. El elefante le dio en la sien derecha.

-Lo siento mucho – dijo el profesor.

Carla se quedó un segundo de pie, y cayó ante Federico. Con el

movimiento de su mano, la vela salió disparada, y se apagó a un par de metros de la mujer. El hombre subió el último peldaño, y allí mismo dejó caer el elefante, que quedó a unos centímetros de la cabeza de la mujer. Se agachó, y buscó el pulso de ella. No tenía. Puso su mano en el pecho de la mujer, y le pareció que no palpitaba. Había subido las escaleras con rapidez, y debería tener la respiración agitada.

-La he matado – reconoció-. Ahora sí que estoy jodido.

Cogió la vela, apagada, y corrió a la alcoba. Allí, a tientas, encontró las cerillas, y volvió a prender la bujía. Era una lata no tener luz eléctrica. Miró a Wanda, con honda tristeza en sus ojos. No necesita verificar que estaba bien muerta. Lo que urgía era pensar qué hacer. Descubrió que irse se veía lo más sensato. ¿Y las huellas? No tenía idea de qué había tocado.

-Dicen que son muy malos para identificar huellas. Ellos no son gringos- pensó.

Era cierto, ya que el banco de huellas estaba desactualizado, se les caía el sistema a cada rato, y ni siquiera tenían un buen programa para compararlas. Cotejaban las del crimen o delito, pero cuando tenían a un sospechoso, no si debían buscarlo. Eso no le debía preocupar. Sabía que la policía usaba las declaraciones de testigos, y el antiguo e infalible método de obligar a cantar al sospechoso.

-Al menos limpiaré el elefante. Las demás… ¿Cómo las voy a limpiar, si ni sé dónde puse las manos?

El elefante era el objeto asesino, por lo que sí debía eliminar sus huellas de él. Así que fue a la habitación, regresó con su camisa, y la

pasó por todo el adorno, esperando que desapareciesen las huellas digitales. Luego dejó el elefante en el suelo, cerca de la cabeza de la mujer. Sería lógico pensar que la muerte la produjo el golpe del objeto, por lo que podía llevárselo y hacerlo desaparecer; aunque no le serviría de nada, ya que su obsesión era….

-Pero con testigos, estaría perdido.

Los testigos. Su mente no tenía lugar para otra cosa que no fuesen las caras de quiénes le vieron con Wanda. Carla era uno de ellos, pero ella ya no hablaría. ¿Y los demás?

Recogió su ropa, incluyendo los condones usados, que envolvió con un papel higiénico, y verificó que no olvidaba nada. Cuando estuvo junto a Carla, volvió a tomarle el pulso. Estaba muerta, sin la menor duda. El elefante, con todo su peso, aunque era una figura, le causó la muerte. El golpe magulló su sien, con muy buena puntería. Apresuradamente, fue a la cochera. El lugar estaba oscuro, pues todavía no regresaba la luz. Por tanto, ayudado por la vela, abrió la puerta de la cochera, para que la luz exterior le ayudase. Había cierta luminosidad en el horizonte. No necesitaba la vela, por lo que la dejó caer en el suelo.

-Por el momento, debo alejarme de aquí. Luego pensaré, pero ahora actuaré.

Sacó el auto. Dejó la puerta abierta, ya que no tenía el control, ni tiempo para bajarse y cerrar por dentro, y regresar a tientas a la sala. Le urgía irse. Al salir a la calle, vio que ante él iba otro vehículo. Procedía de otra calle, y llegó antes a la intersección. Federico permitió que se adelantase. Se dirigía a la salida, por lo que pasaría

ante la garita.

-¿No habrán salido otros?- se preguntó-. ¿Y no vieron a Simón?

Fue tras el vecino, conservando cierta distancia de seguridad. La barrera estaba subida, por lo que el auto pasó sin detenerse. Eso debía ser la causa de que no se diesen cuenta. Eran las siete y cinco. No tenía la menor idea de cuándo le relevarían a Simón, y podía ser a las siete, y el otro vigilante no tardaría en aparecer. Miró hacia atrás, para comprobar que no llegaba otro vehículo. Volvía a entender que era sábado, y que los niños no iban a la escuela. Era una zona para pasar el fin de semana, y únicamente algunos saldrían temprano, como quien fue ante él.

-Voy a investigar.

Detuvo el auto, y miró por la ventana de la garita. Simón estaba en el suelo. No podían verle los que pasaban, ya que solamente se percibía su cuerpo si, como él, se asomaban por la ventana o entraban. Carla fue a pie, a saber por qué razón, y por eso lo descubrió. Si la barrera estaba subida, los vecinos que salían en auto no se detenían. Se asombrarían de no ver al vigilante, y quizá protestasen más tarde; pero seguían su camino.

Federico dio un vistazo rápido a la garita. En una mesa había una botella de licor, junto a los restos de una vela de parafina. Le pareció que era brandy. También había un vaso, que contenía algo. La botella estaba vacía, por lo que el exceso, y los años del vigilante, hicieron un mal coctel. Era muy casual que ambos muriesen de lo mismo. No se veía signos de violencia en la garita. Regresó a su auto, y aceleró, alejándose antes de que otro vecino sintiese curiosidad y

buscase a Simón.

-Si ya mi instinto me decía que esto era muy bueno para sucederle a un simple mortal – musitó Federico, al traspasar la barrera.

* * * * * * * * * * * * *

Federico no fue a su casa de inmediato. Necesitaba pensar, pero al aire libre. Paseando por un parque, intentaría definir lo que había sucedido, pues estaba muy oscuro en su mente. Había matado a una mujer, y simplemente para que ella no descubriera que Wanda había muerto, y armase un escándalo. El móvil del crimen fue el silencio. No le convenía que se supiera que él estuvo con Wanda, y eso saldría a la luz si llegaba la policía, el esposo y a saber quién más. Lo normal, cuando alguien muere de un ataque al corazón, es avisar a un doctor, y éste decide qué debe hacerse. Si le parece que hay algo detrás del paro cardiaco, él mismo llama a la policía.

-Pero ella no me hubiese dejado ir, y quedarse sola con el paquete.

Eso era lo preocupante. Si Carla no hubiera llegado a molestar, él se habría ido sin meter ruido, y Wanda se quedaría en la cama, esperando a que alguien la hallase, y llamase a quien fuese. Alejandro sabría si sufría del corazón. Le parecía extraño que una mujer joven, y con tal vitalidad, tuviera una afección cardiaca; pero, multitud de veces, ni el mismo enfermo es consciente de ello.

Había un segundo testigo, que podía relacionarlo con la mujer, y éste, curiosamente, había sufrido otro ataque. Por tanto, ya ninguno

de ellos podrían decir que pasó la noche con Wanda. Nadie le vio pasar la barrera, ni de ida ni de vuelta.

-¿Y los otros?

Repentinamente, mientras caminaba por el parque, en el que había mucha gente corriendo, recordó a Isabel. Ella sí le había visto con Wanda, e incluso le saludó. Cuando se supiera de su muerte, en la casa de Los Arcos, Isabel, otra que andaba por los mismos pasos, recordaría que su amiga fue con Federico. No podía demostrar que hubiese matado a Wanda, pero… eso se lo dejaría a la policía.

-Siempre me olvido que el problema se llama Carla – dijo.

Él había provocado aquel terrible problema. Por protegerse, lo empeoró. Y ya no había remedio. No fue reflexivo cuando la mujer subía la escalera, y tan solo se le ocurrió detenerla. Quiso evitar que viese el cuerpo de su amiga, y no discurrió otra forma. Estaba medio dormido, además de con resaca por lo bebido, y no pensaba con claridad. Cuando abrió la puerta, le hubiese dicho a Carla que Wanda fue a… Y que volvería en una hora. Claro que ya estaba muerto Simón, y la mujer armaría un escándalo con otros vecinos. Ella no tenía nada que perder, aunque fuera la "oculta" de alguien.

-¿De quién? – se preguntó.

Eso saldría a la luz en cuanto la policía investigase. La casa era de alguien, y él tenía allí a Carla. El fulano, si pensaba que no se supiera lo suyo, estaba completamente equivocado. Su esposa le rompería la cabeza.

-Bueno, tenemos a Isabel – dijo, mientras paseaba.

Sintió hambre. No se había dado cuenta de que cenó un

bocadillo, y que no había desayunado. Por tanto, iría a un bar, de los de enfrente del parque, y metería algo en el estómago. Se dirigió hacia uno de ellos. Pidió unos huevos revueltos con jamón, y café, mucho café.

-Tenemos a Isabel, y también a Carlos y Nadia.

Efectivamente, Nadia vio que Wanda y él estaban en el restaurante. No vio nada más, pero era suficiente. No mucho, en verdad, pero no se necesitaba más si ataban otros cabos. Isabel sí sabía lo que sucedía, y posiblemente hasta a dónde se dirigían.

-¿Y se lo dirá a la policía?

Posiblemente no, mientras a ella no le perjudicase. Luego venía Carlos. Él vio que Wanda salía del restaurante, y que Federico estaba allí. Supo que se saludaron, aunque eso tampoco era mucho.

-Ellos no son peligrosos, pero Isabel sí.

Una idea maligna le llegó a la mente. Herminio Santamaría estaba en el curso con Alejandro. Eso significaba que la mujer andaba libre, y siendo así…

-Filiberto.

Filiberto, el entrenador, le habría hecho cosquillas aquella tarde. No era seguro que siguieran juntos, pues ella tenía hijos, y debería regresar a su casa. Por tanto, siendo sábado, ella estaría ya con sus hijos, y Filiberto dando pitidos en el campo.

-¿Matarla?- se preguntó.

Tenía dos días enteros para decidirlo. Alejandro llegaría el domingo en la noche, al igual que Herminio. El rector iría a su casa, y no hallaría a su esposa. ¿Cuándo avisaría a la policía? Posiblemente

tardaría un poco, esperando a que ella llegase sin ayuda. Quizá llamaría el lunes. ¿Imaginaría que estaba en la casa de Los Arcos? Nada era previsible. Federico no los conocía lo suficiente como para calcular sus movimientos.

-Por el momento – decidió, mientras desayunaba-, no voy a hacer nada. Ya he metido bien la pata por acelerarme.

Eso se antojaba lo más sensato. Sin embargo, vería si podía observar lo que hacía Isabel, para elaborar un plan. Si lo llevaba a cabo o no, eso vendría después.

-Iré a darme un baño, para quitarme este desasosiego, y luego, a eso de media tarde, daré unas vueltas por su casa.

* * * * * * * * * * * * *

Una vez en su hogar, Federico no pudo descansar, por mucho que se lo propuso. No es nada fácil olvidar que se ha matado a alguien, y simplemente por no pensar un poco, y dejarse guiar por un ímpetu muy irracional. Si, para no verse envuelto en un escándalo, había cometido un homicidio; para ocultar éste, preveía ejecutar otro. No estaba decidido, pero una serie de pensamientos circulares, reiterativos y recalcitrantes, determinaban que era la inevitable solución. Y si él proponía a su cerebro otra salida; después de analizarla, regresaba a lo mismo: sobraban los testigos. Dos estaban muertos, y eso le convenía, pero seguía viva quien le había visto junto a Wanda.

La policía no únicamente investigaría la muerte de Carla, sino también el fallecimiento de Wanda y Simón. Muchas muertes para ser

casuales. Y por muy bobos que sean los detectives, a veces aciertan, y eso sería, indefectiblemente, en su caso. Él tenía mala suerte, como se demostró al acostarse con una ninfómana con problemas cardiacos. De ésas no hay, y el único espécimen le tocó a él.

Después de dar muchas vueltas, decidió ir a casa de Herminio, y ver si estaba la mujer. Quizá hablase con ella, y la convencería de que él apenas acompañó un rato a Wanda, en la ciudad, y luego ella se fue a su casa en su… De pronto, recordó que el automóvil de ella estaba en el centro comercial Apolo. Lo había dejado en el estacionamiento. Allí cobraban, y el recibo estaría en la guantera del coche, o en el parasol sobre el volante, donde mucha gente guarda estos papelitos. O quizá ella lo metió en su bolso. Si lo hallaba la policía, el recibo indicaría la hora en la que lo dejó, el día anterior. ¿Cómo podía haberse ido a la casa, con otro sujeto? Quizá como con él, si manejaba el individuo. Pero a éste no lo habría visto nadie, por la sencilla razón que era fruto de la mente del matemático. No tenía lógica, y debía que buscar una coartada en vez de echarle la culpa a un fantasma.

-Cada vez lo veo más negro.

Ya no pudo acostarse un rato, por efecto de los nervios. Tenía el estómago en la garganta, y los síntomas del champán, en heterogénea mezcla con las cuatro cervezas que se metió. Le dolía la cabeza, y no sabía si era de pensar. Necesitaba ir a ver lo que podía hacer con el auto. No era un ratero, pero quizá pudiera abrirlo, sacarlo del estacionamiento, pagando lo que fuera, y llevarlo a otro sitio. ¿Por qué lo dejó ella allí? Cobraban como cincuenta dólares al día, y ella había hecho planes para dos días. No le importaba el dinero,

posiblemente porque no era suyo.

Se dio un baño, y cogió unas galletas bañadas de chocolate, porque ya era hora de comer, y no tenía ganas de prepararse nada, ni de ir a un restaurante. Subió en su auto, y se dirigió al Apolo, mordisqueando las galletas. Estaba tan nervioso que tenía que recoger trocitos de su pantalón. Caían sobre la bragueta, y cada vez que llevaba allí la mano, recordaba algo.

-¿Quién carajo me mandaría acostarme con ella? Hubiera ido con una golfa, pagado cien dólares, y luego tomado unas copas. Nada de problemas, y feliz de la vida. Y ahora… ¡Puta suerte la mía!

Eso era lo lógico, y muchos le habían aconsejado como lo razonable si no quieres tener problemas. Si las solteras los dan, las casadas los multiplican por cinco. Pero el buen juicio se pierde, al tener delante a una mujer bandera, alguien como Wanda, que levantaba murmullos en los cementerios, y no sólo a los que asistían a los sepelios.

Llegó al Apolo. Dejó su auto fuera, a dos calles, y caminó hasta el estacionamiento. Recordaba más o menos el lugar donde ella dejó su automóvil. Dio varias vueltas, y no lo vio. Estuvo casi hora y media buscándolo, sin un respiro. Pero el automóvil rojo, de fabricación coreana, no estaba allí. Verificó todos los que había, sin olvidar uno, como matemático que era, recorriendo cada fila. No le importaban los que entraban y salían, pues ninguno de ellos sería el de Wanda. Hizo el recorrido tres veces. A esa hora no había muchos automóviles, pero pasaban de trescientos, e iban aumentando al llegar los que hacen compras a media tarde. O le habían cambiado el color, o ya no era

coreano, o se había esfumado. Lo habrían robado aquella noche. Había vigilancia, si bien eran muy pocos los que se quedaban olvidados al cerrar el súper. Era muy probable que lo sacasen de alguna manera, aunque había cadenas en los accesos, y las aceras estaban altas. Pero pudieron llevar unas pequeñas rampas, y saltar los bordillos.

-Mejor – dijo-. Si lo han robado, eso me ayuda.

Eso podía reforzar lo que pensaba decirle a Isabel, sobre que fueron a tomar una copa, y luego se separaron. Por tanto, lo siguiente era buscar a la mujer, y conseguir cómo abordarla. Ya se le ocurriría algo. La mujer vivía cerca de un parquecito, donde había juegos para niños. Caminaría por allí, y esperaría. Los hijos de Santamaría ya no tenían edad para estar en los columpios, pero podían ellos ir a correr o sacar el perro a pasear.

Llegó al parque, y dejó el auto un poco alejado de la casa de Isabel. Diría que se le ocurrió ir a tomar el aire, o a sentarse un rato, si es que debía justificar su presencia. Se puso a caminar, acercándose a la casa. Unos metros antes de llegar, vio que la puerta se abría. Quizá le regresaba su buena suerte, e Isabel salía. Se haría el encontradizo. Miró hacia los lados. Había un carrito de helados en una orilla del parque. Comprar un helado podía ser el motivo de que cruzase ante su casa.

Se quedó de piedra, al ver que Isabel no salía sola. La acompañaba su esposo, el tipo insulso, regordete, de un rostro interminable, que comenzaba en el mentón, y finalizaba en la nuca. El tipo no debía estar allí, sino… Eso estaba bien claro. Él había ido a un

seminario, a Villegas, con Bravo. Y no se trataba de un duende, porque un ser del otro mundo no puede ser tan feo. Se trataba de Santamaría, y salía de su casa. Era algo muy normal, pero él no podía asimilarlo.

Federico se detuvo cuando ellos lo vieron. Sus pies señalaban el carrito de los helados, pero los hizo girar para saludarles. Los Santamaría avanzaron hacia él. Federico expresó asombro, al preguntar:

-¿Ya terminó el seminario?

-Se suspendió – respondió el hombre-, pues el conferenciante principal tuvo un accidente. Se cayó de una silla, poco antes de la conferencia. Ya no tenía sentido seguir allí, así que regresamos.

Isabel, quien había dado la mano a Federico, pegó su rostro contra el brazo de su esposo, como si quisiera retener tan preciada posesión. Ella agregó:

-Vino anoche. Me llamó, y me dio una agradable sorpresa, pues pensaba aburrirme todo el fin de semana.

Federico pensó que ella lo decía para que él supiera que el esposo de Wanda también llegó el día anterior. El profesor de matemáticas no se inmutó, aunque le costó un esfuerzo sobrehumano. Isabel ya le había mandado el mensaje que tanto temía: sabía que él se fue con Wanda, y conocía a Wanda, por lo que no podía alegar que la acompañó a elegir zapatos y luego se despidieron como amigos.

-No hay mal que por bien no venga – filosofó Federico.

Ya no había mucho que decir, pero sonó el teléfono portátil de Herminio. El hombre lo cogió, y por alguna extraña razón, dio un giro de noventa grados, mirando hacia una esquina. Isabel y Federico

quedaron frente a frente.

-¿Y no sabes dónde pueda estar?- preguntó Herminio.

Miró hacia el lado, para decir, en voz baja:

-Que Wanda no llegó anoche.

El economista continuó escuchando. Isabel, en un instante, se hizo dueña de la situación, y movió los labios hablando sin sonido. Federico miró a su derecha, para cerciorarse de que Herminio estaba muy atento a lo que le decían por teléfono. Debía haber mala recepción, ya que se agachaba, como si así recibiera mejor las frases. Entre su atención al teléfono, y la postura, no veía los rostros de su esposa y Federico. Además, era obvio que no les hacía caso.

-A las ocho, en tu casa – dijo ella, sin sonido.

-¿Mi casa? – preguntó Federico, ayudándose de las manos, apuntando su pecho.

-A las ocho.

El profesor entendió que ella necesitaba saber de su amiga. Herminio suspendió la comunicación, y dio, de regreso, el cuarto de vuelta. Explicó:

-Dice Alejandro que anoche no llegó Wanda. Que ha llamado a la policía, y va a ir a Personas Desaparecidas.

-¿No deberías ir a acompañarle?- le propuso su esposa.

-Pues… no sé. No se me había ocurrido.

-¿Y no estará en casa de alguien? – preguntó Federico-. ¿Ha llamado Alejandro a las amigas de su mujer?

-Es lo que está haciendo. ¿Tú no la viste ayer, cariño?

-Sí. Yo la vi ayer, a las seis y media.

Isabel hizo una pausa, y Federico sintió que se le doblaban las piernas. Si ella hablaba, él tendría que esgrimir su excusa, pero no para amigas, sino la versión suave para esposos. Le pareció que, en unos segundos, comenzaría a sudar copiosamente, de nervios. Volvió a maldecir el desayuno en el Voltaire, y ser débil ante las mujeres bellas.

-En el centro comercial Apolo. Yo iba a por mi auto, cuando ella llegó. Dijo que pensaba comprar algo.

Federico recobró el aliento. El corazón se había detenido unos segundos, y volvía a latir. Ella no lo delataba. Eso concordaba con verse a las ocho. Isabel investigaría por su cuenta, sin que su esposo se enterase.

-Ya no la volví a ver - concluyó Isabel.

-¿No te dijo si iría a alguna parte?

-No. No me dijo nada. Bueno, sí, que estaba muy aburrida.

-¿En dónde estará? ¿Crees que deba ir con Alejandro?

-Tú eres su mejor amigo.

-El único- dijo el catedrático, con sorna-. Entonces, cariño… ¿te regresas a casa?

-Creo que será lo mejor. O voy a ver a Cristina.

Federico se movió sobre un pie. Indicó el carrito de helados, y dijo:

-Yo pensaba comer un helado, pero… ¿puedo servir de ayuda?- le preguntó al catedrático.

-Solamente llamando a quien conozcas y preguntando por ella.

-Eso haré. Voy a mi casa, y me comunicaré con mis amigos que conozcan a Wanda. Espero que la encontremos pronto. Os agradeceré

si me llamáis a casa, para decírmelo. Siempre vienen bien las buenas noticias – le dijo a ella-. ¿Conocéis mi número?

-Tenemos el directorio de la universidad. Yo te llamo – prometió ella- a tu casa- enfatizó el lugar, y Federico entendió que debía ir para allí, pues se adelantaba la cita.

CAPÍTULO III

Federico, desde que entró en su casa, estuvo llamando a los conocidos, para decirles que la esposa del rector había desaparecido, y que a él se lo dijo Herminio Santamaría. Eso lo aclaraba, de antemano, no fuera que alguien tuviera malas ideas, y considerase que su interés era personal. Como profesor de la universidad, él debía ayudar a los demás docentes, incluyendo el odiado rector.

Carlos Díaz, el químico, tan agorero como siempre, apenas supo la noticia, creó sus conclusiones, y le dijo:

-Se ha fugado con un estudiante. No sigas gastando llamadas, porque esa zorra se ha marchado de fiesta con un jovencito. ¿No te lo dije? Luego aparecerá, con cara de boba, e inventará alguna increíble historia.

Federico sonrió. Que se fue con alguien era seguro. Que estaba conectado con el ambiente estudiantil, también. Pero no le atinó en lo de que su aventura sería con un jovencito.

-Me cuesta creerlo – respondió Federico-. Pero quizá sea verdad. El caso es que yo les prometí ayudar, y estoy llamando.

-Pues diles que has llamado a todo el mundo, y ponte a ver la tele y tomar unos tragos. Es sábado. El lunes aparece la muy puta, con algún cuento.

Federico le sonrió al teléfono. A él le gustaría que sucediera eso, pero no resultaría así. Hace mucho que no hay milagros. En ese punto no acertaría el augur, ya que no regresaría, ni con cara de boba ni de lista. Aparecería, ciertamente, aunque sin regresar por su pie. Y no contaría nada, ni verdad ni mentira.

-¿Y su esposo la creerá?

-¿Y qué remedio? A él no le interesa el escándalo. Además, dicen que es muy buena en la cama. ¿No has visto las ojeras que tiene ese cabrón?

Carlos parecía que tenía una bola de cristal. Acertaba en casi todo. No tanto en lo de las ojeras, pues, según Wanda, el rector no se desvelaba mucho por el asunto del dulce meneo. Las ojeras se las produciría leer hasta altas horas.

Federico, cuando terminó su charla con el vidente, siguió llamando, y, efectivamente, nadie la había visto.

Sonó el timbre de su puerta, y él supo de quién se trataba. Eran apenas las seis, pero Isabel adelantaba la visita, ya que su esposo estaría ocupado un buen rato. La mujer sonrió, miró hacia atrás, revisando la calle, y entró en la casa de un saltito. No parecía muy preocupada por ser vista, pues lo ocurrido daba pie a que la sociedad universitaria estuviera agitada, y que unos y otros se visitasen. Quizá

muchos opinasen como Carlos, y jurarían que Wanda se fue con un jovencito, se le hizo tarde, estaba muy a gusto, o se embriagó. Aparecería en cualquier momento, inventando que fue abducida por unos enanitos verdes, o que se pincharon las cuatro ruedas del automóvil.

-No había estado nunca aquí – dijo Isabel, observando la casa-. Se nota que es el cubil de un soltero.

-¿Por el desorden?

La mujer fue directamente a la sala. Muchas de las casas del barrio universitario eran iguales, por lo que se sabía, desde fuera, la distribución. Se sentó, tras quitarse un chaleco delgado que llevaba más como adorno que para el frío.

-Por el olor a pecado.

-Tengo que comprar incienso y agua bendita – dijo él-. ¿Quieres tomar algo?

-No sé.

Federico estaba en el umbral, listo para ir a la cocina, y regresar con unos vasos. Isabel le miraba con una mueca en los labios, que recordaba a Wanda en el automóvil. Habían visto las mismas películas, e imitaban a las mismas vampiresas.

-He venido a dos cosas – dijo ella-: a saber de Wanda, y al cubil del león.

-¿Alguien que conozco?

-Imagino que sí. Wanda obtuvo referencias sobre ti.

-Puras patrañas. Yo soy un inofensivo gatito. ¿Tomas algo? – insistió Federico

-Un whisky sin hielo ni agua.

-¿Te lo sirvo en la mano? Así es más puro. El cristal puede restarle un poco de sabor.

El profesor fue a la cocina. Isabel se levantó del sofá, y lo siguió. Cuando él sacaba los vasos, ella le preguntó:

-¿Qué sucedió con Wanda?

-No tengo ni idea – Federico temió que le temblase la voz-. No estuvo conmigo ni veinte minutos.

-Eres muy rápido. Yo os vi que ibais a… No me dijo dónde, pero lo leí en sus ojos.

-¿Leíste dónde o a qué?

-A qué, aunque yo sé a dónde. Me lo dijo muchas veces.

Federico lo suponía. Simulando no entender, cogió dos vasos, puso hielo en un plato, y se encaminó a la sala. Allí estaba la botella de whisky.

-Me dijo que ella me diría dónde…

Federico, mientras caminaba, le daba la espalda a la mujer, y, al no mirarla a los ojos, podía mentir con más seguridad. Dejó las cosas sobre la mesita, y fue en busca del whisky, que estaba en el mueble bar. Prosiguió:

-…pero le entró una llamada a su teléfono, y se terminó la aventura.

-¿Una llamada? ¿A qué hora?

-Como a las… siete o siete y cuarto. Estábamos en la avenida Celeste. Aún no sabíamos a dónde iríamos. No lo sabía yo, porque ella me dijo que yo condujera.

-A Los Arcos. Su esposo tiene una casa en la afueras. ¿Y ya no fuisteis?

Que Bravo hubiera regresado, le daba a Federico una razón muy poderosa para asegurar que no pasó nada, pero por falta de tiempo. Si argüía que Wanda lo dejó ir ileso, Isabel no le creería. En cambio, lo de la llegada inopinada de su esposo, alteraba los planes, y bien pudieron acordar dejarlo para la próxima.

-Sí. Estábamos en la avenida Celeste, casi en la carretera. Me pidió dar media vuelta.

-¿No te dijo por qué?

-Le pregunté la razón, y me dijo que sucedió un imprevisto. No imaginé qué, hasta que supe lo de la cancelación.

-¿Y ahí quedó todo?

-Me iba a llamar hoy, pero ya ves.

Por fin, Federico enfrentó la mirada de Isabel. Tenía un vaso en la mano, con whisky y hielo, que le ofrecía. Él puso toda la fuerza de convicción posible en sus pupilas, y las centró en la mujer. Ésta soportó la mirada unos segundos. Luego, cogió el vaso, y lo llevó a los labios.

-¿Sería Alejandro? A esa hora ya sabían que se había suspendido la convención.

-No tengo la menor idea. Sé que la llevé de vuelta al Apolo, y allí nos despedimos. No consideré que fuese mi asunto saber quién la llamaba, aunque lo supuse. Y eso es todo. Imagino que se iría en su auto. No vi nada, porque no entré en el estacionamiento. La dejé en la acera, para no pagar por entrar y salir.

Isabel se quedó pensativa. También Federico. Éste cavilaba en que Alejandro bien pudo haber llamado a su esposa, con lo que no sentía que mentía, aunque tampoco decía algo que él supiera a ciencia cierta. Pudo suceder así, la mujer se lo ocultó, y siguieron con su plan. Sería extraño que el rector no la avisara. Wanda tuvo que recibir la llamada de su marido, anunciando su llegada, si quien iba con él sí se comunicó con su esposa. Era lo lógico pensar que ambos hicieran lo mismo. No entendía por qué no sonó el teléfono en todo el tiempo en que él estuvo con la mujer. O quizá lo hizo cuando él entró en la tienda; pues fue el único espacio en que la dejó sola.

¿Habría apagado Wanda su teléfono? Eso podía ser, ya que no esperaba ninguna llamada. Pero, en ese caso, Alejandro le habría dicho a Santamaría que ella no respondía. Y ya sabía antes que ella no le contestó, sin esperar al día siguiente. ¿No llamó a su esposa o ésta apagó su portátil? ¿Y dónde estaba el aparato? Posiblemente en donde ella dejó la ropa. Federico no revisó ésta, y únicamente cogió la suya. Estaría registrada la llamada. Eso a él no le perjudicaba. Incluso le serviría para alegar que ella ya no siguió adelante, pues Wanda, de saber que Alejandro no se quedaba en Villegas, se vería obligada a cancelar su aventura. Alejandro sabía, más o menos cuando ellos iban en camino a Los Arcos, a qué hora aterrizaría en San Pedro.

Lo de la llamada tenía lógica, e Isabel la estaba considerando. A ella le llamó su esposo, y ella a Filiberto, con quien planeaba un encuentro deportivo. Ella no estaría con él toda la noche, sino un rato, pues debía ir a casa, con sus hijos. No pudo ni ese rato, porque esperó a la tarde, en vez de verse con él en cuanto su esposo se fue. Pero eso

no era buena idea, ya que, en ocasiones, ellos regresan porque han olvidado algo, y se mosquean si no encuentran a su esposa. Algunos sí la han encontrado, y en su cama, pero con otro tipo. Isabel no era como Wanda, y jamás los llevaba a su casa. En realidad, Wanda tampoco, si no consideramos Los Arcos como el hogar habitual.

-Bueno, pues en breve debo regresar a casa – dijo ella.

-Termínate la copa, al menos.

-Sí, pero después.

La mujer se puso de pie, y se quitó los zapatos. Comenzó a bajarse la falda. Federico sonrió, al preguntar:

-¿Después de qué?

-De ver si ruges. Ya que Wanda no se enteró, tendré que hacerte yo el examen.

-Anoche ya pasé mi examen. Y, por la tarde, Wanda… me hizo una revisión.

-¿No dijiste que no hubo nada?

Federico quiso hacerse el difícil. Ya había funcionado con Wanda, y quizá eso también excitase a Isabel.

-Nada de… tú sabes. Pero en el camino nos detuvimos, y… algo manual. Poca cosa.

-Pero ése no sirve. Y tampoco el de anoche. No son oficiales, ni avalados por la universidad.

Federico se dispuso a ser examinado. Le parecía bien que la mujer tuviera prisa por irse, ya que, en tal caso, se contentaría con un test simple. Aún no se recobraba de la sesión con Wanda. Pero ya que Isabel insistía, se resignaría.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

Alejandro y Herminio llegaron a la comisaría de policía, para denunciar la desaparición de Wanda Arroyo. Les atendió un sargento que estaba de guardia, pues, al ser sábado, la mayoría de los efectivos descansaba. Por eso se entiende que los maleantes prefieran actuar los fines de semana. El rector dio los datos suyos y los de su esposa.

-No vino anoche a casa – dijo Alejandro, visiblemente preocupado.

-¿A qué hora desapareció?

-¿Y yo qué sé? - Respondió el rector-. Yo me fui a un simposio, y la dejé en casa. Era por la mañana. Regresé en la tarde. Como a las…

-Siete y media – dijo Herminio-. Yo fui con él.

-Y no estaba.

-¿No la llamó usted? – preguntó el detective.

-En varias ocasiones, pero su teléfono portátil debe estar apagado. Ella suele quedarse sin batería a menudo, porque cree que se recarga sola.

-No han pasado aún veinticuatro horas. Es pronto para denunciar la desaparición.

Alejandro miró al sargento con odio. Herminio sabía lo que seguía, y pensaba divertirse. No se equivocó, y el rector bajó el tono de voz, que era inversamente proporcional a la furia que sentía. Si gritaba era porque estaba de buenas, y si hablaba con tono suave significaba un humor de perros.

-¿Sabe usted sargento quién soy yo?

-Sí: Alejandro Bravo. Eso dijo usted.

-Soy el rector de la Universidad Autónoma de San Pedro. Por lo que, si no quiere que llame al alcalde, comience usted a hacer su trabajo. Me importa un pito si han pasado veinte horas o cincuenta. Llame a su jefe, y dígale que quiero hablar con él.

El sargento debía saber lo que era la universidad; aunque él no estudió en una; porque parpadeó y cogió el teléfono. Unos minutos más tarde, un hombre joven y repeinado, de traje azul con corbata roja, estaba en la recepción. El sargento permaneció mudo como estatua, esperando acontecimientos.

-Señor Bravo, soy el detective Antuñano. Me dicen que su esposa ha desaparecido. Pasen ustedes.

-Gracias.

El rector miró al sargento, y éste lo hizo hacia el techo. Los dos hombres siguieron al detective, quien les condujo a un despacho en cuya puerta ponía “Capitán Castillo”. No era, pues, el despacho del detective; pero el capitán estaría disfrutando el sábado.

-El capitán está viendo un caso. Le voy a llamar.

El detective pasó tras el escritorio, y se sentó en el sillón del jefe. Señaló tres sillas que había delante, para que ellos se acomodasen.

-Se lo agradezco – dijo Alejandro-. No sé cuál sea el procedimiento en cuanto a personas desaparecidas, pero mi esposa tiene un teléfono portátil, y siempre responde a mis llamadas. Que no lo haga, resulta muy sospechoso. Además, nunca antes ha estado ausente tanto tiempo, sin que alguien… sepa la razón. La esposa de Herminio –le señaló- es su mejor amiga.

-Capitán –. El detective tenía en la línea a su jefe-. Se encuentra aquí el señor Bravo, el rector. Sí, es sobre su esposa –Antuñano pareció sorprendido.

Alejandro y Herminio se miraron. ¿Sabía el capitán que había desaparecido su esposa? Acababan de llegar, y ni siquiera habían escrito una palabra. El detective se quitó el auricular de la oreja, y lo pasó por encima del escritorio, para que lo cogiera el rector. Éste alargó la mano, sin saber para qué. No entendía lo que sucedía.

-Capitán… Castillo – recordó el nombre en la puerta-. Soy Alejandro Bravo, rector de la universidad.

-Es un gusto, señor rector. Usted tiene una casa en el residencial Los Arcos.

-Sí, así es. ¿Qué tiene que ver…? Mejor le dejo hablar.

-Hace unos minutos, nos avisaron de que hay dos mujeres muertas en una casa de ese conjunto residencial. Resulta que, según el vigilante, esta casa es de usted.

Alejandro se quedó un segundo en silencio. Miró a Herminio, y con la mirada le transmitió que lo escuchado era grave.

-¿Y las mujeres muertas…quiénes son? – Con esto le informaba a Santamaría el tipo de gravedad que había transmitido con la mirada.

-Su esposa, y… una vecina.

-¡Wanda! – La exclamación completaba la noticia.

-Le voy a pedir al detective que los traiga a ustedes, a la casa, de inmediato. Supongo que usted querrá venir.

-¡Por supuesto que voy! Pero ¿cómo…? ¿Qué ha sucedido?

-Se lo explicaré cuando esté aquí. Páseme, por favor, al detective

Antuñano. Y le suplico que tenga valor. Su esposa murió de un paro cardiaco. No es una noticia agradable, pero no fue asesinada.

-¿Por qué debería ser asesinada?

-Bueno, no es que debiera ser asesinada. Venga, y… le explicaré todo.

Bravo pegó un salto, listo a salir del despacho. Antuñano cogió el teléfono, para recibir órdenes. Mientras, en voz baja, Alejandro le ponía al tanto a Herminio. Éste estaba boquiabierto, y no podía pestañear.

Cuando abandonaban la comisaría, Herminio llamó a su casa, y uno de sus hijos le dijo que su madre aún no llegaba. La localizó en el portátil. Si hubiera tenido transmisión de imágenes, hubiera visto que Isabel estaba sudorosa y desnuda, y a su lado reposaba Federico. Pero lo único que supo es que su esposa salía de un supermercado, y se dirigía a su automóvil. Iría a su casa, y estaría pendiente del teléfono, para saber lo de Wanda, que la había dejado petrificada.

-Wanda ha sufrido un ataque al corazón – le dijo a Federico.

-¿Cómo?

El profesor se incorporó en la cama, y miró a la mujer con asombro. Había ensayado para la ocasión en que se enterase de la muerte de Wanda. Le salió bastante bien. Tanto que Isabel se asustó.

-Estaba en su casa de Los Arcos. Sufrió un ataque al corazón.

Herminio no le había dicho que, antes, hubo refocilo, porque el capitán Castillo tampoco se lo comunicó al esposo. Pero Isabel sabía que Wanda no estaría sola en aquella casa. Alguien fue con ella, y no a mirar por la terraza. Lo extraño era que dejase a Federico, para irse

con otro. Pero si el otro era quien ella pensaba, un jovencito apuesto por el que Wanda suspiraba, no sería extraño que hubiera cambiado a Fede por él. El muchacho la llamó, y Wanda despidió al profesor. Habría considerado que el matemático estaba disponible cualquier día, y que el otro solamente cuando le apetecía. Así que no fue la llamada de su esposo, como pensó al principio. ¿Por qué no llamó Alejandro? Seguro que lo hizo, pero ella apagó el teléfono, para alegar que se había quedado sin batería, lo que le sucedía a cada rato.

-¿Tenía problemas de corazón?- preguntó Federico.

-No que yo supiera.

-¿Estaba con su esposo?

-No. Él y Herminio fueron a la comisaría. Y allí se enteraron.

-¿Con quién estaba Wanda?

Isabel se encogió de hombros, mostrando ignorancia. Y era cierto que no tenía la menor idea, al menos certeza. Imaginaba con quién, pero no podía asegurarlo. Conociendo a Wanda, quizá recibió la llamada de una nueva conquista, con quien no esperaba pasar el fin de semana, y en ese caso, seguro que voló. Todo era posible.

-Debo irme a casa – dijo Isabel.

Ya había dicho eso antes, pero no se decidía a vestirse. Tras saber lo de Wanda, además de que la libido se había apagado, debería colocar su presencia en otro lugar, por si su esposo aparecía, o llamaba de nuevo. Por ende, iría a su casa lo antes posible, y esperaría noticias.

-Creo que será lo mejor – aceptó Federico-. ¿Quién podría ser el fulano?

La mujer, mientras se vestía, pensó en que los hombres siempre desean saber con quién engañan las mujeres, sin meditar sobre las razones. Al matemático le obsesionaba quién, y no por qué.

-¿Y eso importa mucho? – preguntó Isabel.

Ella estaba aquella tarde con él, pero pudo ser Filiberto. Engañaba a su esposo porque necesitaba sentir el sexo, no el precepto matrimonial. Para Wanda era casi lo mismo, con la diferencia que Alejandro no llegaba ni a precepto.

-No, no mucho. Es simple curiosidad.

-No, no es eso – dijo ella-, sino saber por quién te cambió. A los hombres les molesta la competencia. Las mujeres soportamos más no ser únicas.

Isabel intentaba herir al matemático, sin otra razón que le dolía que él pensase en Wanda, estando con ella. A Federico le pareció maravilloso que Isabel lo sacase de la trama, aunque no se tratase de un asesinato.

-Me hubiera gustado saber cómo era ella en la cama. Imagino que una maravilla.

Ahora él le devolvía a Isabel la pedrada. La señora Santamaría hizo un mohín de disgusto, que pretendió que él no advirtiese.

* * * * * * * * * * * * *

Herminio y Alejandro iban en el coche de Antuñano. El detective no podía decirles mucho, ya que él mismo estaba perplejo. Repetía que llamó al capitán, para informarle que el rector de la universidad, Alejandro Bravo, se hallaba en la comisaría, preguntando por su

esposa, y que quería hablar con el jefe. El capitán le dio la noticia de que la esposa estaba ante él, inmóvil. También quedó asombrado por la noticia.

-Eso es todo lo que yo sé – dijo el detective.

Cuando entraron en Los Arcos, vieron que había varias patrullas de policía, y dos ambulancias. No tuvieron problema en pasar, porque iban en un auto oficial, con torreta giratoria y sirena. Entraron en la casa, que estaba repleta de gente. En la sala, les recibió el capitán. Era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura, levemente pasado de peso, de pelo negro y blanco, y con aspecto de cansado. Él sí trabajaba el sábado, y prueba de ello es que estaba en el lugar del asesinato.

-¿Dónde está mi esposa? – preguntó Alejandro.

-Espere un segundo. Ahora la bajan. Será mejor si la ve en la camilla.

-No me importa cómo, pero quiero verla.

-Su esposa sufrió, según el forense, un paro cardiaco, que le produjo la muerte. El doctor nos dará, en unos minutos, más detalles.

-Y… siendo así, ¿qué hace la policía aquí?

-Hay otra mujer muerta, y ésta tiene un golpe en la cabeza. En su caso, es un claro asesinato.

-¿Quién es ella?

-Una vecina. Vive enfrente.

-¿Carla? – preguntó Bravo.

-¿La conoce?

-Sí, claro. Hace más de un año que vive ahí.

-¿Sabe de quién es la casa?

-No. Bueno, sí sé que alguien viene a verla; pero con él… no hemos conversado jamás. Carla y mi esposa charlaban, en ocasiones. Y yo la saludé dos o tres veces. ¿Cómo la mataron?

-Dos golpes en la cabeza. No hemos encontrado el objeto, pero es algo pesado, quizá un martillo. Por las marcas en el cráneo, el objeto tiene forma irregular.

-¿Pudo ser Wanda?

-Imposible, ya que su esposa murió varias horas antes que su vecina. Aún no definen las horas, pero de que hay algunas de diferencia ni yo tengo la menor duda.

En ese momento, varias personas aparecieron en lo alto de la escalera. Castillo señaló hacia ellos. Se vio que entre dos enfermeros, con batas blancas, sostenían una camilla. Tras ellos había otro hombre, con traje, que debía ser un detective.

-Es su esposa – dijo el capitán-. Con Carla se tardarán aún un poco.

Alejandro y Herminio fueron al pie de la escalera. El capitán hizo una seña a sus hombres, para que bajasen, y le permitiesen a Bravo ver el cadáver. Alejandro también hizo una seña al policía, y su índice apuntó a una repisa en la pared, al inicio de los peldaños. El capitán fue a su lado, y observó la repisa.

-Aquí había un elefante de mármol.

-¿Grande?

-Como… así –. Señaló unos treinta centímetros.

-Puede haber sido el arma homicida. ¿Tendrá una fotografía?

-No sé. Ahora no puedo pensar. Quizá sí. O le diré dónde lo compré.

-De acuerdo.

Los enfermeros bajaron la camilla, y Alejandro levantó la sábana que tapaba el cuerpo. Dio un paso hacia atrás. Herminio le sujetó de un brazo. El rector dio media vuelta, y encaró al capitán.

-¿Es seguro que murió de un paro cardiaco?

-Eso dice el doctor. Él está examinando a la otra mujer. De su esposa no tuvo ninguna duda. No hay ninguna señal de violencia, y el cuerpo está en posición de reposo. Parece ser que el paro la sorprendió durmiendo.

-¿Por qué matarían a Carla, y justo cuando mi esposa sufre un paro? Wanda no tenía problemas de corazón.

-El doctor dice que fue paro por coma etílico. Sucede cuando se bebe en exceso, aunque, en ocasiones, no es necesaria mucha cantidad de alcohol, porque el organismo sufre una alteración que induce al coma, y al subsiguiente paro. Había una botella de brandy, vacía, en la cocina, y dos de champaña arriba, en la habitación.

-¿Por una gran borrachera? Un momento…

Alejandro detuvo a los camilleros, y volvió a levantar la sábana. Ahora lo hizo sin temblar, ni dubitación alguna. Se agachó, para oler la boca de su esposa.

-Parece que bebió.

-Le debo dar otra mala noticia – dijo el capitán.

-¿Peor que ésta? Sería complementaria.

-Su esposa estaba desnuda sobre la cama, y había tenido sexo la

noche de ayer. Eso quizá explique tanta botella, aunque siguen siendo muchas para dos personas. También cenaron en abundancia, por las latas que hallamos en la basura. Eran recientes. Lo extraño está en que las tiraron al bote de afuera.

-¿Y eso es raro? – preguntó el rector.

-Salir a media noche a tirar la basura, no es algo que haga todo el mundo, y menos si… se está en compañía.

Alejandro cerró los ojos. Bajó la cabeza, y la movió a los lados. ¿Qué le faltaba por escuchar?

-¿Cómo saben eso? – preguntó-. ¿Lo del sexo? -. A él no le importaba si comieron mucho o nada.

-Por lo abultado de la vagina. Según el forense, debieron usar un preservativo, o varios, ya que se observa, por la inflamación de la vulva, que fueron repetidos contactos. Lo extraño es que el sofá hay abundante semen regado. Según el forense, aquí abajo no usaron preservativos.

-¿Y arriba sí? ¿Por qué?

-Las prisas, supongo – dijo el capitán-. Se lavaría bien, después de lo del sofá. Pero no hemos hallado esos condones.

Herminio estaba desencajado. Alejandro ponía rostro de rector, el de la seriedad de hombre que puede soportar todo. Pero estaba lívido, y eso se notaba, y muy nervioso, aunque lo disimulase.

-¡Santo Cielo! ¿Habrá algo más?

-Si quiere saberlo todo, pasemos a la sala. ¿O quiere ir con su esposa?

-¿A dónde la llevan?

-Al Hospital General.

-¿No pensarán hacerle autopsia?

El capitán se quedó pensativo. Si la mujer hubiera estado sola, sin la otra muerta, no pensarían en tal. En realidad, debían separar cada caso, y nada había que examinarle a Wanda. Sufrió un colapso, y murió.

-Pensamos que quizá…

-¿Ha sido asesinada o ha fallecido de muerte natural? – preguntó Alejandro, de malhumor.

-La llevaremos a dónde usted diga.

-A la Funeraria Fajardo. No quiero que se divulgue lo de la vagina. No quiero escándalos. Debe usted entender que me sobra con que Carla haya sido hallada muerta en una casa de mi propiedad. Ya tengo suficiente, ¿no?

-Solamente le pedimos que otros doctores examinen a su esposa, para certificar el informe del forense. En cuanto a la relación sexual, no se divulgará. Si confirman el paro cardiaco, no habrá autopsia.

-Pueden revisar lo que deseen, pero le suplico discreción.

-La tendrá. Y ahora… vamos a sentarnos.

Caminaron los tres metros que les separaban de la sala. El capitán, cuando los tres se sentaron dijo:

-Hay algo más que debe saber. Un vigilante también sufrió un paro cardiaco, y por la misma razón que su esposa. Tenía una botella de licor ante él, y parece ser que no debía beber. Dicen que era conocida su afición por el alcohol.

-¿Simón? ¿Se refiere a Simón?

-Sí. No le preguntaré si le conocía, ya que llevaba muchos años aquí. ¿Sabía usted que bebía?

-Lo he escuchado varias veces. Estuvieron a punto de echarle, porque lo hallaron borracho en dos o tres ocasiones. ¿Ha muerto también de paro etílico?

-Efectivamente. Y eso nos lleva a considerar lo inusitado de todo esto.

-¿Cómo supieron que mi esposa estaba muerta?

-Eso quería decirle. Hallaron a Simón muerto, en su garita. Su relevo llegó a reemplazarlo, cuando se encontró la sorpresa. Las barreras estaba subidas, y los que salían o entraban no se fijaron en el interior de la garita. El vigilante estaba en el suelo, y, por tanto, no se veía desde fuera. Supusieron que algo le sucedió, pero pasaban sin más. El relevo sí entró en la garita, como era su obligación.

-¿Y eso tiene relación con mi esposa? ¿Y con Carla?

Castillo negó con la cabeza. Realmente no veía la relación, aunque era insólito tener dos casos de coma etílico, con desenlace fatal, en el mismo lugar y al mismo tiempo. Y, para remate, un asesinato por golpes en la cabeza. Las coincidencias obligan a la policía a desconfiar. De hecho, ellos desconfían por hábito, porque alguna vez sonó la flauta por casualidad.

-El caso es que un vecino pasó ante esta casa, y vio abierta la cochera. Eso sucedió como a las once de la mañana.

-¿Eso le pareció extraño?

-No, pero regresó a las tres de la tarde, y seguía abierta. Y a las cinco estaba igual. Llamó al vigilante. Ya se habían llevado a Simón,

en una ambulancia. Hasta entonces nosotros no sabíamos nada, porque era un caso de hospital, no de policía. Se trataba de un paro cardiaco, por exceso de alcohol.

-Lógico.

-El vigilante tocó a la puerta, y nadie respondió. Entonces, entró por la cochera, y les gritó a ustedes, los propietarios; pero no obtuvo respuesta. Pensó en un robo. Pero vio un cuerpo en lo alto de la escalera, y subió. Era la señorita Carla. Al comprobar que estaba muerta, llamó a la policía. Cuando llegamos, encontramos a su esposa, señor rector, en el dormitorio.

-Todo esto está muy confuso y extraño. ¿Qué haría Carla aquí? ¿Cree que mi esposa la llamó? ¿Por qué razón?

-Imposible, ya que su esposa murió en la madrugada. Parece ser que a Carla la mataron en la mañana. No coinciden las horas.

Alejandro se quedó pensativo. No estaría Carla toda la noche en la casa, esperando… ¿qué? ¿Cuidando un cadáver? Era de lo más absurdo.

-No tenemos idea de nada, señor Bravo – reconoció el capitán-. Vamos a investigar ese asesinato. Necesitamos que usted nos ayude, dejándonos trabajar en su casa. Posiblemente encontremos algo. Por ejemplo, ¿quién dejó abierta la puerta del garaje?

-No se me ocurre nada. Tengo la mente en blanco.

-¿Y sobre lo de que mi gente revise todo?

-No hay ningún problema. A cambio, les pido que consideren mi imagen.

-Lo haremos. Nos asombra lo de Carla, como a usted, pero debe

haber una razón para que ella estuviera en su casa, y para que la matasen aquí.

-¿Piensas quedarte? – le preguntó Herminio a Alejandro.

-No. Tengo que ir a la funeraria, para hacer los preparativos. ¿Cuándo dispondré de su cadáver, capitán?

-Mañana al mediodía. Mandaré a los expertos, para confirmar el ataque al corazón, y eso será todo.

-Entonces, dejo en sus manos esta casa, y… - le clavó la mirada- mi honra.

-No podré evitar que los medios divulguen la muerte de su esposa, pero me encargaré, personalmente, de que no tengan acceso al informe forense, y conozcan únicamente la versión policiaca.

-Con lo de Carla ya tendrán suficiente los medios – opinó Herminio.

-Una pregunta más. ¿Usted no sabía que su esposa vendría a esta casa?

-No, ni idea. Nosotros dos – señaló a Herminio- fuimos a un simposio que se suspendió. Como nada nos restaba en Villegas, decidimos regresar. Ambos llamamos a nuestras esposas, para avisarles de que vendríamos. Wanda no respondió en su portátil, y no estaba en casa. Pueden verificar las llamadas.

-No hemos encontrado un portátil.

-Eso aclara que no contestase. Yo pensé que se quedó sin batería, porque eso le ha pasado muchas veces.

-¿No sabe dónde pudo dejar su teléfono, si no está en su bolso?

-En su auto-. El rector se quedó pensativo-. Su coche está en casa.

No lo he revisado.

-¿Podemos hacerlo por usted?

-Envié a alguien. Pero, de momento, vamos a la funeraria.

-Mandaré a alguien, y que le espere.

Los dos universitarios se despidieron del capitán, y, seguidos por el detective Antuñano, fueron al coche de éste. Les llevaría a la comisaría, en donde habían dejado el automóvil de Herminio, que fue quien condujo. Éste llamó a su esposa, a su casa, y la encontró allí, pues hacía cinco minutos que había llegado. Le informó de las últimas noticias, y le dijo que irían al hospital. Isabel se empeñó en alcanzarlos allí.

Federico veía la televisión, degustando una cerveza, y pensando que aquel fin de semana había descubierto los placeres ocultos de la universidad.

-Jamás lo hubiera imaginado. Lo malo está en las circunstancias tan desafortunadas, y en que Wanda haya fallecido. Hubiera sido un maravilloso fin de semana.

* * * * * * * * * * * * *

En la sala de juntas y análisis de la comisaría, se habían reunido los que llevaban el caso de Carla Suárez. Eran el capitán Castillo, el detective Antuñano y el forense, Mauro Pérez. El tema era obvio:

-Es claro que Wanda Arroyo no asesinó a Carla Suárez, y luego sufrió un infarto – dijo Antuñano-, por lo que tenemos un criminal suelto.

-Ciertamente es imposible – asentó el forense-. Wanda murió

entre las dos y cuatro de la madrugada, mientras que Carla falleció entre seis y siete de la mañana. Wanda estaba ya muerta, cuando asesinaron a Carla.

-Mi teoría es que entró un ladrón, y la señora Arroyo murió por la impresión – expuso el capitán-. Además, el alcohol debió ayudar al paro cardiaco. El ladrón seguía en la casa, cuando la señorita Suárez llegó por la mañana, y él la golpeó.

-Es posible; pero el paro fue consecuencia de un coma etílico, y con tal contenido de alcohol difícilmente ella se sostendría de pie. No creo que la muerte de una y la otra tengan mucho que ver. Además, hay algo extraño. ¿Cómo entró Carla Suárez? No tenía una llave con ella. ¿Quién le abrió la puerta? No pudo ser Wanda Arroyo.

-El asesino – dijo Antuñano.

-El esposo de Wanda, el amante de Carla, o una tercera persona.

-Yo apoyo esa teoría. Carla pudo sorprender a su amante en casa de Wanda, y éste la mató.

-¿Qué haría en casa de Wanda?

-Lo lógico. ¿Qué hace un amante en casa de alguien? Se emborracharon, y a ella le dio un paro. Él pretendía huir, y llegó Carla. Eso mismo podemos decir de su esposo, aunque no sé por qué mataría a Carla.

-Sostuvieron relaciones sexuales. Eso es claro, pero no encontramos restos de semen, a no ser los del sofá. Lo único es la actividad vaginal – explicó el forense.

-No sería con un ladrón, a no ser que la violase. Y no hay huellas de forcejeo.

-Lo del marido de Wanda podría explicarse si andaba con ambas, y Carla le dijo algo que le incomodó. Quizá hizo algún comentario de la difunta.

-Carla no tuvo actividad sexual – dijo el forense.

-Razón como para matarla. Se negaría, estando muerta Wanda – bromeó Antuñano.

-No tenemos nada sólido – aceptó el capitán-. No encontramos el objeto con el que la mataron, que debió ser el elefante, y solamente sabemos que hubo un auto en la cochera, y no sabemos de quién. Tampoco sabemos cómo llegó Wanda.

-La llevó el asesino. O fue su esposo o el amante de Carla – opinó el detective.

-¿Metería éste su auto en la cochera de Wanda?

-Para que no lo viera Carla.

-Están las casas una frente a la otra. No es posible meter el auto sin que te vean – refutó Castillo.

-Hay que considerar que no había luz – dijo Antuñano- Toda la noche estuvieron a oscuras. Se reanudó el servicio a las once de la mañana.

-¿Y él cómo sabía a qué hora regresaría? Una vez con luz, no podría sacar el auto de la cochera sin ser visto.

-Tuvo que ser el esposo, pero no se me ocurre por qué motivo mataría a Carla – especuló el detective.

-Porque la mujer sabía que él mató a su esposa – enjuició el capitán.

-¿De un ataque al corazón? – le preguntó el forense,

-Debemos hacerle la autopsia, para estar seguros de que se trató de un ataque – propuso el capitán.

-Necesitamos una orden judicial, y no parece que nos la concedan con el dictamen que emitió el doctor –. Antuñano señaló al forense.

-¿Y qué querías que pusiera? – protestó el galeno-. No hay síntomas de otra cosa, no hay violencia ni sangre. La revisé a conciencia.

-Debemos encontrar al asesino de Carla – manifestó Castillo.

-¿Y si le hacemos la autopsia a Simón, el vigilante? – propuso el detective-. Pueden coincidir las causas de la muerte.

-Simón estaba predestinado, por el abuso del alcohol – concluyó el galeno-. Que también Wanda bebió de más, nos habla de coincidencias no de otra cosa.

-Debemos encontrar la relación entre Juan Escobedo, el amante de Carla, y Wanda; o de Alejandro Bravo y Carla – dijo el capitán-. O de todos ellos. No dudo que exista, y, para mí, ahí está la clave.

-Entonces debemos interrogar a ambos, y poner a alguien que los siga – propuso Antuñano-. No tenemos otra opción.

-Adelante – aceptó el capitán-. ¿Hay algo más?

-Que se está analizando el semen. No nos dirá nada, porque no hay registro de semen. Nos dirá el grupo sanguíneo del amante de Wanda.

-No es mucho, y menos con la cantidad de hombres que hay en esa universidad. Y si incluimos bares de solteros, mucho peor. ¿Algo más?

-La botella de brandy que estaba en la caseta de Simón. La habían tirado a la basura – explicó Antuñano-. Los vecinos consideraron que no era importante.

-¿Y qué sucedió con ella?

-Que estaba en un bote de basura detrás de la garita. La recuperamos y la llevamos a analizar.

El forense y el capitán miraron al detective, esperando que éste arrojase una luz, porque ninguno de los dos entendía. Antuñano se explicó:

-Hallamos algunas huellas. Normal, ya que alguien la vendió, Simón le puso muchas veces las manos encima, y un vecino la cogió, para tirarla a la basura.

-¿Ésas son todas?

-No. Hay una de un conocido: Alejandro Bravo. Está clara, y es idéntica a la de Bravo. Nos dieron sus huellas en el registro de automóviles.

-Así que él le regaló la botella a Simón. Vaya, vaya – dijo el capitán-. Esto, por sí solo, no nos dice nada, pero… ¿quién sabe?

-He enviado gente a investigar si la compró por el camino –anunció el detective.

-Me parece buena idea. Tenemos mucho que hacer.

-He puesto a varios en este asunto, de tiempo completo.

* * * * * * * * * * * * *

El lunes, cuando Federico llegó a la facultad de Ciencias Exactas, un bedel le dijo que el rector le esperaba en su despacho. Federico se

dirigió hacia allí. Todo el mundo se había enterado de la muerte de Wanda, y también del asunto de Carla. Aquel domingo en la mañana, la televisión habló largo y tendido del caso. Como la policía había prometido, dijeron que Wanda sufrió un paro cardiaco, y que a Carla la asesinaron con un objeto grande, pesado y duro.

El mismo domingo, a las tres de la tarde, la policía le informó a Alejandro que ya le habían hecho, al cuerpo de su esposa, los exámenes necesarios. Fueron varios especialistas, y todos decretaron que sufrió un coma etílico, que la condujo a la muerte. No entendían cómo el alcohol consumido; que era bastante, pero no una cantidad desorbitada; podía haber hecho tal reacción en su cuerpo. Sin embargo, coincidieron en el motivo del deceso, y así lo asentaron en el informe. Por tanto, el domingo en la noche se velaría el cadáver, y sería enterrado en la tarde del lunes.

Era sorprendente que el rector estuviera en la universidad, mientras su esposa se hallaba en la funeraria, pero él pasó toda la noche a su lado, absorbiendo el humo de los cirios, por lo que consideró que necesitaba un descanso. Justificó ir a su despacho como la manera de no pensar en lo sucedido. En su casa, él solo, se deprimiría, y en la funeraria se sentiría mal. En la universidad estaba arropado por mucha gente, quienes, aunque no le quisieran mucho, al menos le compadecían.

Federico entró en la antesala, y la secretaria le dijo que le esperaba el rector.

-Hoy por la tarde, a las cinco, será el funeral- le dijo la secretaria.

-No faltaré.

Federico penetró en el despacho, y vio que el rector estaba de espaldas, mirando por la ventana. El profesor carraspeó, y Alejandro dijo, sin darse media vuelta:

-Siéntate, Federico. Me doy cuenta, ahora, que no he hablado mucho con casi ninguno de los profesores. Quizá un poco con los catedráticos, pero ni siquiera lo suficiente.

El matemático no supo que decir, por lo que guardó silencio. Contempló la espalda del hombre, y sus canas. Con tan solo esa imagen, recreó un encuentro sexual entre Wanda y su esposo, y le pareció que sería como ella lo definió: muy aburrido e insatisfactorio. Pero ella se casó con él, sin que le obligasen a ello. Si se equivocó, no era culpa del rector.

-Quería agradecerte que hayas llamado a mucha gente, en el intento de localizar a mi esposa. Muchos supieron de su desaparición, gracias a ti.

-Siento que nuestros esfuerzos no hayan servido de nada.

Alejandro dio media vuelta, se detuvo un segundo, para contemplar al matemático, y se sentó en el sillón giratorio. Miró detenidamente a Federico, y éste soportó la mirada sin pestañear. No leyó una amenaza, sino agradecimiento.

-Yo también lo siento. Como dije, quiero agradecerte tu colaboración, y, ya que estás aquí, saber algo de tu vida. Sé que eres soltero. ¿No tienes… algo por ahí?

-No en la actualidad. Hace unos meses que terminé con mi pareja.

-¿Cómo se soporta eso? Me refiero a la soledad, después de haber estado cierto tiempo con alguien.

-Depende de si… se quería a esa persona. Mi caso es distinto al tuyo. Ella vive, aunque no conmigo.

Como hábito en la sociedad universitaria, todos los que componían el cuerpo docente se tuteaban. Alejandro y Federico habían cruzado pocas palabras, quizá unos saludos, pero no habría tratamiento cortés entre ellos.

-Eso es bien cierto. ¿Lograste superar su pérdida… pronto? Según dices, no tienes novia en la actualidad. ¿Se debe a que la compararías con "ella"?

-No, no creo que se deba a eso. Creo que quiero estar solo por un tiempo. Como si fuesen unas vacaciones.

-¿Y no sientes cierto vacío?

Federico entendía que Alejandro intentaba absorber su experiencia. Pero él no hacía muchos años que estuvo solo, ya que Wanda apareció en su vida hacía tres o cuatro. ¿Habría olvidado tan pronto?

-Lo lleno con compañeras eventuales. Valoro mi libertad, y, al restarle la soledad, el saldo es positivo.

-Y eso que no eres economista o contador. Pero los matemáticos también valoran la vida en números. Yo, como sabes, soy abogado.

-Los abogados también hacen cuentas, sobre todo cuando pasan facturas.

Alejandro sonrió. Era lo máximo que le permitía a su risa.

-¿Has necesitado ir los fines de semana a casa de amigos?-

preguntó el rector.

-No, en absoluto. Mis fines de semana son de bares de solteros. Este viernes estuve en uno. El sábado… no, por lo de…

El matemático consideró que debía dejar bien sentado que no salió de la ciudad el viernes. El sábado tampoco, aunque estuvo pegado al teléfono.

-Yo debo confesar que no soy afecto a esos lugares. Te parecerá extraño, pero no sé qué haré los próximos días, y mucho menos, el siguiente fin de semana. Sin Wanda, no tengo mi idea de que…

-Es muy pronto, pero quizá en unas semanas, deberías intentar salir de casa.

-Tengo una casa en Los Arcos. ¿Conoces el sitio?

-No he estado dentro, pero conozco su ubicación. He pasado por la carretera, y visto el desvío y el anuncio.

-Ahí murió ella. Imagino que venderé la casa.

Federico miró su reloj. Faltaban únicamente diez minutos para su clase. El rector lo advirtió, y dijo:

-No quiero entretenerte más. No sé si pueda abusar de ti… y… pedirte…

-Si está en mis manos, seguro que sí.

El profesor no imaginaba qué podía pedirle el rector. Porque, hasta ese día, sus puestos los habían separado. Alejandro estaba muy alto, a nivel del alcalde, y amigo del gobernador; y él era un empleado de no mucho sueldo.

-Es que tú eres soltero. Ir con casados me causaría cierta… nostalgia.

-Dime en qué puedo ayudarte.

-En tomar una copa conmigo, y quizá mostrarme uno de esos bares de solteros.

-Cuando tú quieras.

-Yo te aviso. Y ya vete a tu clase, porque veo que estás muy nervioso. Gracias de nuevo.

-Iré en la tarde al funeral.

-Te lo agradezco.

Federico lanzó un largo suspiro al abandonar el despacho. Había salido bien librado del primer encuentro con el rector. La imagen de Wanda se colocaba entre ellos, y su recuerdo atolondraba al matemático, quien temía hacer algún comentario indebido. Por ello, evitaría frecuentar a Alejandro. Él no lo buscaría, pero no se negaría a tomar una copa, o a acompañarlo a un bar de solteros, aunque únicamente si no tenía otro remedio.

* * * * * * * * * * * * *

Aurelio era el joven más popular de la universidad. No únicamente de la facultad de Derecho, sino de todo el campus. Era alto y guapo, de ojos azules, cuerpo atlético, y dotado para los deportes. Por ello, estaba constantemente asediado por las jóvenes estudiantes. Y no únicamente por ellas, sino que…

-Oye, ¿te has enterado que ha estirado la pata?

La información llegaba de boca de Honorio, su amigo íntimo. Como suele suceder, el amigo de un adonis es un fulano insignificante, algo así como los escuderos en la edad media. Alguien como Aurelio

no tendría un compañero que pudiera hacerle sombra, o pelearle las conquistas. Por ello, necesita más un mensajero que un amigo, y Honorio, el diminuto fulano, fungía de emisario. El alfeñique, conocedor de que no podía conquistar por sí mismo, se cobijaba en la sombra del "popular", para estar cerca de las amigas de las conquistas del galán, y ver si le caía algo. El tiburón y la rémora, o el león y la hiena.

-Sí, ya me he enterado- dijo Aurelio.

-¿No se supone que tú ibas a estar con ella?

-Eso supuse yo, pero parece que le surgió algo.

-No es posible. ¿Otro? ¿Y te dejó por otro?

Aurelio sintió que su corona tenía una abolladura. Le corroía el ego tener que aceptar que Wanda prefirió a otro, fuera quien fuese. Por tanto, compondría el asunto, a su estilo. Había una circunstancia que ayudaría a la reparación de la guirnalda dorada.

-La llamé, y me dijo que no podía, porque surgió algo. No me explicó qué. Pero yo supongo que había llegado su esposo.

-Su esposo estaba en Villegas, en un congreso.

-Que se suspendió. ¿No te has enterado de eso? Él y Santamaría regresaron aquella misma tarde.

Honorio borró su sonrisa. Sí, eso dijeron. Siendo así, el rector regresó y Wanda tuvo que suspender sus actividades planeadas para la ausencia de su esposo.

-Me dijo que me llamaba después. Y eso…

-Mala suerte. Con lo buena que estaba. Oye, ¿no piensas ir a la policía?

-¿A qué? ¿Qué tengo yo que ver con la policía?

-Pues que se ha muerto. No sea que investiguen y sepan que andaba contigo.

-¿Y qué carajo me importa que lo sepan? Yo no estuve con ella esa noche. Además, se murió de un infarto. No te entiendo…

Honorio vio que no lograba intimidar a Aurelio. Como todo bufón, sueña con que destronen al rey, aunque él no herede el trono. Su amistad suele ser vasallaje, y, a la larga, genera envidia y asco. Al recadero le encantaría que su jefe estuviera en un problema que surgiera de tanta conquista. Él no tenía suerte con las mujeres, y a Aurelio le sobraba. Que le diesen un susto, sería una derrota, aunque él no fuese quien la inflingiese. Pero la mujer murió de un ataque al corazón, seguramente de tanto que le daba gusto al cuerpo. Le pasó como a los deportistas de alto rendimiento. Aurelio narraba, y eso ponía largos los dientes de su huelepedos, que Wanda era insaciable, además de experta en el sexo.

-Por sí se les ocurría que tú estabas con ella - explicó.

-Yo no estaba con ella, así que nada tengo que ver.

CAPÍTULO IV

Si Castillo se quedó con las ganas de hacerle la autopsia a Wanda, no sucedió lo mismo en el caso de Simón. El pobre hombre vivía solo, en una pensión, y nadie reclamaría su cuerpo. El vigilante sería enterrado por La Beneficencia, pero después de que los forenses averiguasen si el alcohol le hizo el efecto que parecía. Para estar seguros, deberían revisar sus vísceras.

El mismo lunes, por la mañana, comenzaron a buscar pruebas de una intoxicación distinta al alcohol. Lo primero que observaron fue que el corazón mostraba las secuelas de algo así como si un gigante lo hubiera aplastado con un pie. Y el hígado había sufrido un fatal coma etílico. No había duda de que el brandy fue el final de una larga lista de licores ingeridos, que esperaban una copa más para conducir al hombre a su tumba. Era cuestión de algo de tiempo, de unas cuantas copas más, que su organismo se resistiera a continuar trabajando.

No hallaron nada anormal, a no ser las vísceras de quien había abusado mucho del etílico. Sin embargo, el doctor Mauro José Pérez Jonás, el forense oficial de la comisaría, estimó conveniente enviar

partes de las vísceras a un laboratorio que contase con tecnología más avanzada.

-A Chicago – le pidió al capitán Castillo.

-Tardarán unas semanas en darnos los resultados – dijo el policía-. ¿Crees que merezca el esfuerzo? Era un borracho, y solamente le faltaba una fecha para que esto sucediera. Una botella de brandy, completa, fue el disparador.

El doctor no estaba tan convencido. No era nada que viese, sino más bien que oliese, y no se trataba del tufo propio de la muerte. Había algo más, que le estaba golpeando las narices, pero por dentro.

-Yo diría que encontraremos algo en ese hígado.

-Adelante. Lo mandaremos a Chicago.

El capitán no concordaba con la idea, pero no quería dejar un cabo suelto. Si les informaban que no había nada extraño, justificaría el gasto con "mucho muerto para ser casual". Y si algo aparecía, eso le brindaría elogios. No viene mal una medalla si los gastos son a expensas del erario.

* * * * * * * * * * * * *

La tarde del lunes, una muchedumbre de universitarios, y varios políticos, abarrotaban el cementerio Madre Admirable, privado y caro, en el que Alejandro enterraría a Wanda. La mayoría de los asistentes estaban allí por el rector, y quizá dos o tres personas acudieron por ella. Isabel y Federico se contaban entre el pequeño grupo que fue por algo más que ser vistos por Bravo.

Fue emotiva la ceremonia, porque cantó el coro de la

universidad, y toda la plana mayor de la institución. Los políticos arrojaron un puñado de tierra sobre el féretro, una vez que éste estuvo en la fosa. Cuando terminó la ceremonia, se formaron algunos grupos que comentaban lo injusta que era la vida, ya que Wanda era muy joven para sufrir un infarto. Pero, como dijo el profesor de filosofía: el destino de cada quien se escribe en la hoja de un árbol, al nacer. La hoja la lleva el viento de la vida, en sus alas plateadas, y nos regresa, como boomerang (no muy poético) aquel día que alguien grabó en el verde, que ya se habrá tornado en amarillento marchito. Posiblemente muy pocos entendieron lo que dijo, aunque todos aplaudieron con frenesí.

"Por casualidad", el capitán Eusebio Castillo había asistido a la ceremonia, y andaba dando vueltas por los pasillos, viendo en cada rostro un posible delincuente. No había duda de que acertaba en muchos casos, pues varios políticos habían asistido al sepelio.

En una de las vueltas, el capitán fue alcanzado por Antuñano, el detective que sirvió de chofer al rector. Castillo no le permitió hablar, y lo empujó por uno de los corredores. Cuando estaban lejos de miradas, preguntó:

-¿Qué tenemos?

-Una vecina vio, por la mañana, que un auto azul salía de la casa de Bravo. No puede decir la marca, pero el del rector es azul.

-¿A qué hora fue eso?

-A las siete, más o menos. La mujer está casi segura de la hora. Es un tanto cegata, y no distingue matrículas, ni pudo ver a quien conducía; pero no es daltónica, y jura que era un sedán azul. Además,

justo comenzaba a amanecer, por lo que no puedo asegurar que sea confiable.

-Un auto como el de Bravo. A las siete de la mañana. No está nada mal. Su esposa no fue en taxi a la casa, sino que alguien lo llevó. Y seguramente fue él.

-Pudo hacerlo perfectamente, ya que llegó a la ciudad a las siete de la tarde. Dijo que estuvo en casa desde esa hora, él solo – recordó Antuñano-. Hizo unas llamadas a las ocho de la mañana, que podemos certificar.

-Desde las siete de la tarde, hasta las ocho de la mañana, son trece horas. Se puede hacer mucho en tantas horas. Y el auto de Los Arcos salió a las siete de la mañana de su cochera. ¿A esa hora, cuánto se tarda hasta la ciudad?

-Más o menos una hora. No hay mucho tráfico.

-Supongo que son horas exactas: siete y ocho. Pueden ser casi las siete, y después de las ocho. Hay que cerciorarse.

-¿Y qué pinta Carla en esto? – preguntó el detective.

-Supo que él la mató. Metió la nariz donde no debía.

-¿Por qué no la mató como a su esposa? Si mató a su esposa con un ataque cardiaco, pudo hacer lo mismo con Carla.

-Imagino que el alcohol tiene algo que ver. Me parece que el doctor no estaba equivocado al proponer que enviásemos el hígado de Simón a Chicago.

-¿Y si es lo que piensas?

-Obtendremos una orden para desenterrar a su esposa.

-¿No se descompondrá?

-Es posible, pero no me puedo arriesgar al ridículo, y la ira del alcalde y el gobernador, si resulta que fue un verdadero paro por coma etílico. ¿Cómo quedaríamos?

-Muy mal. ¿No podremos apresurar a los gringos?

-Ellos no hacen las cosas apresuradas. No nos queda otra que esperar. Mientras, pon vigilancia de veinticuatro horas tras Bravo. Me huele mal.

-La mala es que no hemos encontrado el lugar en donde Bravo compró la botella de brandy.

-Eso… no importa mucho. Tenemos la huella.

-¿Y el teléfono portátil? – preguntó Castillo.

-Nada de nada – respondió Antuñano-. Se supone que debía tener uno, pero no aparece. Dijo el rector que él la llamó varias veces, pero no contestó.

-Y que podía estar en el auto. Pero no lo hallamos.

-El rector dijo que podría estar, pero él no lo sabía.

-O quizá lo perdió o se lo robaron – supuso el capitán-. Pero también eso es muy extraño. Bueno, todo es muy extraño en este caso.

-¿Y si estaba en la casa y el esposo lo ha hecho desaparecer?

-¿Qué razón tendría para eso?

-Depende de lo inocente que sea – opinó Antuñano.

-Eso es bien cierto. Y también es cierto que él llamó a su esposa desde la casa, varias veces. Y no obtuvo respuesta.

-Están registradas las llamadas, aunque no son de la siete de la noche, sino que comienzan después de las once – puntualizó el

detective-. Dijo que usó su portátil para las llamadas anteriores, por costumbre.

-Y luego las borró, porque se le saturó la memoria, de tantas que hizo a sus amigos. Puede ser verdad, pero no me gusta.

-Tenemos varias, corroboradas por sus amigos, desde el portátil, y también del fijo. Por lo visto, usó ambos. Pero a sus conocidos los llamó el sábado, y a ella el viernes.

-No me gusta.

Otras dos personas también se habían alejado de los demás, aprovechando que todo el mundo andaba alrededor del gobernador, quien no desperdició la ocasión para recordar que su lucha contra la delincuencia estaba dando buenos frutos. Isabel y Federico aprovecharon que Herminio andaba oliendo el sobaco del gobernador, para ir a ver un mausoleo cercano, de gran tamaño, con ángeles de casi tres metros.

-¿Cuándo nos vemos?- preguntó ella, señalando uno de los ángeles.

-¿No crees que sea peligroso?

-Es posible, pero el otro día no tuvimos tiempo para nosotros.

Federico no entendió bien, pues estuvieron ellos dos solos. Se referiría a que la llamada de Herminio, con la noticia del fallecimiento de Wanda, les obligó a dejar algo pendiente. Sería un segundo contacto.

-No sé. Me temo que nos van a cazar, si continuamos.

Isabel sabía que no, pues llevaba meses con Filiberto, y su esposo no sospechaba nada. La que parecía mosqueada era la novia del

deportista, quien no se creía que su cansancio se debiera a andar silbando a los jugadores. El entrenador no sudaba mucho en el campo, y últimamente tampoco en la cama. Por tanto, Isabel pensaba ponerlo en el banquillo, de reserva, para algunos partidos no muy importantes. Federico sí sudaría la camiseta, ya que estaba soltero y sin pareja.

-No te preocupes. Ahora, Herminio servirá de paño de lágrimas de Alejandro.

-De acuerdo-. Federico tuvo que aceptar, ya que le interesaba tener embobada a Isabel, e impedir que pensase-. ¿Cuándo y dónde?

-Mañana, en un motel. ¿Conoces uno que no esté muy lejos?

Federico se resignó a que Isabel supliera a Wanda. Temía que, nuevamente, andar con una casada representase un problema. Por el momento, se había librado de ser considerado sospechoso, pero si seguía asumiendo riesgos, terminaría mal.

-"En fin – decidió-, que no está mal, y no puedo negarme. Por tanto, disfrutaré mientras pueda".

Muy resignado y sufrido el matemático.

-Conozco un par de ellos – dijo.

-Sí, por un amigo. Eso decís todos.

* * * * * * * * * * * * *

En la semana que siguió a la muerte de ambas mujeres, la policía se dedicó por completo al caso de Carla. Era claro asesinato, mientras que el homicidio de Wanda estaba únicamente en la nariz de Castillo, a quien le olía mal tanto paro cardiaco. Por fin, tras mucho discutir con su abogado, lograron interrogar a Juan Escobedo, un importante

industrial de San Pedro, amante de la mujer. El hombre tenía muy buena coartada, pues estuvo en Arrecife, hospedado en un hotel, con gente que juraba que él no se movió de allí. Eso le sirvió para contentar a la policía. No para su esposa, quien se enteró de lo de Carla, además de que no fue a la costa en plan de negocios, sino con unos amigos, la mitad de ellos del sexo femenino. La esposa montó en cólera, y le exigió el divorcio. Juan logró que ella aceptase un trueque: cambiar el divorcio por un viaje a Paris, con una de sus hijas, con todos los gastos pagados, y una buena cantidad para compras. Además, Escobedo tuvo que entregarle a su esposa, la escritura de la casa de Los Arcos, así como las llaves. Ella dijo que la pensaba poner en alquiler, para evitar tentaciones. Aunque tuvo un sinfín de problemas, el buen hombre se libró de la acusación de asesinato. Ayudó que, para Castillo, Bravo seguía siendo el sospechoso principal, tanto del homicidio de Carla, como de la muerte nada clara de Wanda.

Los detectives continuaban recabando pruebas, tales como buscar huellas de neumáticos, que pudieran reforzar la miopía de la testigo, y asentar el automóvil de Bravo saliendo de la cochera a las siete de la mañana. Pero no había huellas sobre el cemento. Tampoco un registro de los que entraban y salían de Los Arcos, y quien podía haberle visto, Simón, estaba muerto.

Mientras Castillo y su gente intentaban, con poco éxito, recabar pruebas, Federico aplacaba los ardores de Isabel. Herminio la atendía poco y mal, y la novia de Filiberto estaba un tanto escamada, por lo que la mujer se dedicó al profesor, quien no tenía nadie que le reclamase. Gracias a su colaboración, el entrenador recobró su forma

física, y la novia supuso que el desfallecimiento anterior se debió a un virus.

Herminio se hizo inseparable de Alejandro, porque el pobre hombre requería apoyo para soportar la terrible perdida.

Aquel viernes, a la semana del que dio inicio a toda la historia, Federico desayunaba en el restaurante Voltaire, y le atendía Nadia. Como estaba previsto, apareció Carlos Díaz, el químico, en busca de su droga. Se sentó frente a Federico, y eligió el tema del momento. No se habían visto durante la semana, aunque los dos trabajaban en la universidad, pero en distintas facultades.

-¿Qué opinas del asunto de Wanda?- preguntó Carlos.

-Muy mala suerte. Bueno, lo de un ataque cardiaco, hoy en día, es algo que nos puede suceder a todos. Estamos llenos de colesterol.

-¿Te has creído que sufrió un ataque cardiaco?

-Pues… eso dicen. A la otra mujer le dieron un golpe, pero Wanda no tenía señales de violencia.

-Yo soy químico, Fede.

Carlos dio un sorbo a su café. Federico pensó que tal declaración era "sorpresiva". Carlos era profesor de química desde hacía veinte años. No entendía lo que pretendía decir, ya que solía ser un tanto enigmático con sus frases. Cuando degustó el primer sorbo de café, el químico prosiguió:

-Hay sustancias que producen reacciones en el organismo, que se parecen a un ataque cardiaco. Por ejemplo, la taurina, cafeína y otros compuestos que contienen esas bebidas energizantes. La mezcla con alcohol puede ser letal.

-Lo he leído. ¿Crees que tomó una bebida energizante, junto con licor?

El químico dibujó un mohín que parecía mueca de dolor. Necesitó otro sorbo de café, para explicar el resto. Para él estaba muy claro, pero no para el experto en binomios o cálculos infinitesimales. A éste había que explicárselo detalladamente. Y a Carlos le encantaban los detalles.

-O se la inyectaron. Una pequeña dosis, en una vena, y el coma está servido.

Federico se quedó pensativo. Podía haber sucedido, pero él estuvo con ella, y no vio que se inyectase. Además, Carlos sugería que fue provocado, por lo que alguien debía usar la jeringa. No iba a declarar que eso era imposible, porque él se hubiera dado cuenta. Lo cambió por…

-¿Y ella aceptaría que le inyectasen lo que dices?

-Supongo que no, pero estaría dormida por efecto del alcohol.

-¿Y el forense no notaría que la inyectaron?

-No. Para eso necesitaba una autopsia, y no la hicieron.

-No era necesaria, si había fallecido de un paro cardiaco.

-Un crimen perfecto, ¿no? Foliatoxina.

Mientras Carlos tomaba el resto del café, Federico pensó en esa palabra. La había escuchado, pero no sabía dónde. Quizá la leyó en alguna revista. El químico levantó la mano, para que Nadia supiera que debía rellenar la taza. Eran tres tazas por visita. A él también le podía dar un coma, pero de cafeína.

-Es una sustancia muy difícil de detectar, a no ser que se cuente con la tecnología adecuada. Produce una terrible reacción con el alcohol, y simula un coma etílico – explicó el experto.

-¿Y de quién sospechas? Porque no creo que ella se la aplicase, a no ser que quisiera suicidarse. E imagino que habrá mejores métodos.

-Efectivamente. Para eso se toma cianuro o arsénico. O te arrojas de un edificio o al metro. ¿Quién crees que querría deshacerse de una zorra, y con libre acceso a ciertas sustancias?

Federico no respondió. Era lógico, pero él sabía que ella sufrió un paro cardiaco. Estaba presente, aunque profundamente dormido. Se excedieron en el sexo y el alcohol, y ella no lo resistió. No había otra explicación. Lo de Carla…

-¿Y la vecina? -preguntó Federico.

-Testigo de cargo. Apareció cuando no debía.

-¿Y entró en la casa? ¿Tendría llave? No la encontraron.

-Posiblemente tenía llave, y se la llevó el asesino. Las dos eran íntimas, por lo que creo. Pero hay alguien que seguramente lo sabe

todo, pero calla.

Carlos hizo otra pausa. Sus paréntesis eran premeditados, no originados por el deseo de dar un sorbo al café. Federico caviló, pero no obtuvo la respuesta en su cerebro. Por tanto, esperó a oírla.

-La esposa de Santamaría. La conoces, ¿no?

El matemático sonrió en su interior. La conocía muy bien, al menos últimamente. El día anterior fue la tercera sesión. Afortunadamente, el viernes le tocaba a Filiberto, por lo que él podría descansar. Planeaba emborracharse en casa, sin ir a un bar de solteros, porque quizá su mala suerte le concediera un ligue. Con Isabel, y el recuerdo de Wanda, tenía suficiente. De abusar, entraría en coma sexual, y sin inyecciones.

-¿Y qué puede saber ella?

-Todo sobre los problemas de Bravo con su esposa. Siempre hay un móvil, Fede. Los motivos son más importantes que las huellas. ¿Tenías tú motivos para matar a Wanda? ¿O acaso lo tenía yo?

Federico sintió un sofoco con la primera pregunta. Se calmó al escuchar la segunda. Eran simples ejemplos, aunque pudo elegir otros protagonistas. Reconocía que Carlos razonaba bien, y que posiblemente el matrimonio no pasaba por una etapa feliz. Si ella se acostaba con medio mundo, a él le picaría la frente.

-Bueno, debo irme – anunció Carlos-. Piensa sobre eso.

-¿Y de qué servirá que lo haga?

-De nada. Ya enterraron la evidencia.

Pero en la mente del matemático quedo una incógnita: ¿estaría

Isabel al tanto de problemas entre Wanda y Alejandro? ¿Sabría el rector que su esposa le engañaba con medio mundo? Recordó la conversación con él, el lunes. No parecía muy afectado, aunque decía que no sabría qué hacer sin su esposa. Pero sus ojos no reflejaban tristeza. Su semblante no coincidía con sus palabras.

-Me dijo que me llamaría mañana – musitó.

Se refería a Isabel. Herminio pensaba ir de pesca, con Alejandro, el domingo. Se habían hecho inseparables. A Isabel no le gustaba mucho el campo, y se aburría remojando el cebo. Por tanto…

-Veré qué averiguo. ¿Y de qué me servirá? Como dice Carlos, ya han enterrado la evidencia. En cuanto a Carla… No hay ninguna razón para que sospechen de mí. Piensan que apareció cuando no debía, y recibió lo que no quería. Y eso es bien cierto.

No fue a husmear, como pensaban todos, sino por el vigilante muerto. Pero eso nadie lo sabía, excepto Federico y la difunta. Y ninguno de los dos pensaba hablar.

Castillo lo había mencionado, aunque sin llegar a establecer algo.

-Carla debió ir, tan temprano, por alguna poderosa razón. No son horas de pedir la consabida taza de azúcar.

-Depende de a qué hora desayunes – opinó Antuñano, con su habitual sorna.

-¿Por qué iría a ver a Wanda?

-Por algo relacionado con el hombre que estaba con ella.

-Debemos encontrar a ese hombre.

-Yo diría que encontrado ya está. Debemos imputarle el crimen de Wanda.

-Coincido contigo.

Los dos hombres jurarían que Bravo mató a Wanda, y posiblemente a Carla, por entrometida, pero no tenían pruebas.

* * * * * * * * * * * * *

El detective Antuñano estaba esperando ver a alguien a quien todavía no habían interrogado. Se trataba de Esteban Dacia, un hombre que llegó a Los Arcos el viernes, al principio de la madrugada. No vivía junto a la casa de Bravo, pero pasaba ante ella para dirigirse a la vivienda de su hermano. Solía visitarle de vez en cuando, y aquella noche se le hizo muy tarde, porque se le pinchó un neumático. Su hermano le esperaba, al no tener prisa al día siguiente. Aún tomaron dos copas, y Esteban cenó. Durante la cena, le comentó que había un auto en la calle por la que pasó. No era nada asombroso, puesto que muchos visitantes dejaban sus autos en la calle, si acudían a alguna fiesta. No había robos en el residencial, y tampoco gamberros que pudieran romperles algo. Lo extraño radicaba en que el vehículo se encontraba ante unas casas en las que no había luz exterior. Casi todas las casas, cuando estaban sus dueños, tenían prendida la luz del porche o alguna en el jardín. En este caso, el apagón hizo que no pudieran estar encendidas ésas, pero sí alguna vela en la sala o en una alcoba. Podían haberse ido a la cama, pero no dejarían el auto en la calle, y menos si tenían espacio en el corredor ante la cochera. La presencia del auto indicaba que quien lo dejó pensaba irse durante la noche.

Esteban lo comentó como que le parecía que se trataría de un

ladrón. Su hermano le dijo que eso era en el barrio en el que vivía él, no en el conjunto residencial Los Arcos. Por este comentario, Ernesto, el dueño de la casa, guardó en su mente que había un auto extraño. No recordaba el color, o Esteban no lo mencionó.

Esteban salía frecuentemente de viaje, y en la actual ocasión estaba en Guatemala. Regresaba el viernes, y el detective tenía la hora del vuelo. Por ello, le esperaba en el aeropuerto. Antuñano contaba con una ampliación de la fotografía del permiso de conducir. También Ernesto le mostró una, en la que se le veía mejor que en la oficial.

El detective le explicó a Esteban la razón de esperarle, y el hombre recordó la circunstancia.

-Era por ahí de las nueve. Yo esperaba llegar no más tarde de las ocho, pero tuve un pinchazo, y la mala suerte de que la rueda auxiliar estuviera baja. Llamé a los de asistencia, y tardaron bastante. Me hicieron el favor de inflar la auxiliar, y cambiarla. Cuando llegué a Los arcos, estaba todo en silencio, y a oscuras. Y mucho más por la calle donde vive mi hermano. No era muy tarde, como digo, pero todo estaba muerto. Me llamó la atención un auto que estaba en un lugar en el que apenas se le veía. Yo pensé que sería de algún ladrón. Mi hermano dijo que no sucedían esas cosas allí.

-¿Recuerda como era el auto?

-Sí, porque, al parecerme sospechoso, lo observé un rato. Era coreano, y rojo. La matrícula era de San Pedro, del estado, pero ya he olvidado los números.

-¿Cómo vio el color, si no había luz?

El hombre sonrió. Antuñano captó, ya tarde, que había dicho una

estupidez.

-Yo llevaba los faros prendidos, detective. La calle estaba a oscuras, no yo.

-¿Algo más?

-No, no hubo nada más. Como le digo, mi hermano no consideró que sería de un ladrón, así que lo olvidé. Pero al estar todo a oscuras, un visitante no dejaría su auto lejos de una casa habitada. Era lo mismo que dejarlo en el campo.

Antuñano le narró la conversación a su jefe, y éste mandó investigar los automóviles que perteneciesen a Bravo y a Escobedo. Podía ser de alguno de ellos, que usasen sus esposas, o de éstas. O del asesino. Debían investigar.

El de Departamento de Vehículos les dieron la lista de los que tenía Escobedo, y ninguno correspondía a la descripción. No había unidad alguna a nombre de Carla, y Bravo tenía el azul. Pero pertenecía a Wanda. Ella apareció como la dueña de un auto de procedencia coreana, de color rojo, del año anterior. Y si no lo había vendido, aún lo tendría el rector.

-¿A quién mandaste a registrar el auto, buscando el teléfono de ella? – le preguntó el capitán a su segundo.

-A Felipe.

-¿Y no se dio cuenta de que era rojo el auto?

-Es muy posible, pero le mandamos a ver si había un teléfono, no a verificar el color, ni a buscar huellas. Y nos hubiera dado lo mismo que fuese rojo o verde, porque no habíamos hablado con Dacia.

-Es bien cierto.

Castillo llamó a Bravo, y le dijo que querían revisar el coche de su esposa, si no tenía inconveniente. Alejandro les citó para el día siguiente, porque ya era bastante tarde. Al capitán no le gustó, pues eso le daba tiempo al rector de hacer algo en el automóvil.

-Ya lo habrá hecho- le dijo Antuñano-. Dijo Felipe que no había nada de nada.

-Debemos contentarnos con el permiso del dueño, ya que ningún juez nos daría una orden de cateo.

Por tanto, el sábado temprano, el capitán, acompañado por dos expertos, y su detective favorito, estaba ante la casa de Bravo, listo a revisar el auto rojo.

-¿Y qué cree encontrar en el auto?- le preguntó Bravo.

-Pensábamos que su esposa no fue en su auto, o éste no estuvo en Los Arcos. Pero quizá… De hecho, hemos cambiado de opinión al respecto.

-Estaba en la puerta de mi casa. Así que la llevaría… usted ya sabe.

-Es muy posible. Pero un auto muy parecido a éste, fue visto, a altas horas de la noche, cerca de su casa. Nadie de su calle recibió a alguien que tuviera un auto así.

Eso lo habían investigado, varios de sus hombres, el viernes, mientras otros acudieron al Registro de Vehículos. Estaba cerrado, pero ellos consiguieron acceso a la computadora. Nadie recibió una visita con tal auto, y Wanda tenía uno del mismo color, y modelo. No sabían la matrícula. En ese caso, hubiesen salido de dudas.

-¿Y cree que es el de mi esposa? Le aseguro que éste estaba aquí

– dijo el rector.

-No lo dudo, pero debemos asegurarnos.

-¿Y cómo lo harán?

-Yo no soy experto, pero dicen éstos… - miró hacia ellos, quienes ya estaban junto al auto- que en los neumáticos se quedan partículas de tierra, que pueden ser analizadas, y decirnos si coinciden con la de cierta zona. En este caso concreto: Los Arcos.

-Yo le puedo asegurar que las encontrarán, pues mi esposa ha ido varias veces a esa casa. No se hubiera molestado.

Castillo sonrió. No siempre es importante hallar algo, sino también la ausencia de lo que se busca. Pero eso no se lo confesaría al rector. Por tanto, siguió inventando, ya que lo de la tierra se le acababa de ocurrir.

-No sé cómo lo hacen, pero saben la fecha aproximada en que la tierra se pegó al neumático. Y usted no lo ha usado últimamente. Así que serán antiguas, si su esposa tampoco lo llevó aquel viernes.

Observó el rostro de Bravo. Si esperaba que éste le dijese algo, se encontró con que el hombre no se inmutó. Era un muy jugador de póquer o le daba lo mismo lo que ellos hallasen. No le afectaban sus intentos de que moviera un músculo delator.

-Bien – dijo el rector-. Como supongo que no me necesitan, yo espero dentro. Antes de irse, le agradeceré que me dé sus conclusiones.

-Por supuesto.

Castillo no le diría nada importante. Eso estaba decidido a priori, sin importar lo que hallasen. Estaba seguro que nada, porque le

pareció que el auto estaba muy limpio. El rector había tenido mucho tiempo para dejarlo como salido de la fábrica.

-“Sospechosamente limpio” – pensó el policía.

Bravo ya se dirigía a su casa, cuando le detuvo la voz del capitán:

-Una cosa más, señor rector.

Alejandro se detuvo de mala gana, y giró sobre sus talones.

-Encontramos una botella de licor en la caseta de vigilancia. Es la que se bebió Simón.

-Yo se la regalé – se adelantó Alejandro-. Le había prometido una, hace tiempo.

-¿Se la regaló el viernes?

Alejandro no movió un músculo de su rostro. Miró al capitán, fijamente, y leyó su mente. No pudo ser el día en que el vigilante se emborrachó, pues él no había ido a Los Arcos. El rector lo confirmó.

-Se la regalé hace… como tres semanas.

-¿Y esperó a este viernes para abrirla? –preguntó el capitán.

-No tengo ni idea. ¿Hasta cuándo debía esperar?

En el tono de voz de Bravo se notaba malestar. El capitán lo advirtió. Éste se encogió de hombros, al decir:

-Los alcohólicos no suelen esperar tanto tiempo.

-Los alcohólicos no suelen ser vigilantes de residenciales de lujo. Se supone que no bebía a diario. La guardaría, y la abrió el viernes. No tengo ni idea. Posiblemente celebraba algo. ¿Tiene más preguntas?

-No, ninguna más.

El rector se metió en su casa, y el capitán se reunió con sus

hombres. Se acercó a los expertos, que revisaban todo minuciosamente. El que los dirigía le dijo:

-Lo han limpiado de cabo a rabo. Hay media huella, pero en la manija de la puerta, por fuera, y seguro que es del que limpió el auto. Parece como si jamás lo hubieran conducido. Y ha estado parado todos estos días.

-Pudo limpiarlo aquí, sin sacarlo del garaje – dijo el capitán.

-Tal vez, pero no lo creo. Por fuera fue lavado en un túnel, por una máquina. Hemos encontrado fibras del rodillo de lavado. Por dentro, además de la limpieza con aspiradora, se le dio una pulida con Arkol, un líquido que se vende solamente a esos negocios. A no ser que el señor – apuntó hacia la casa- lo compre por toneles, no me parece que lo haya usado. Él emplearía uno de un galón, o dos, pero no un tonel de doscientos litros.

-Perfecto. Así que alguien lo llevó a limpiar, y lo regresó, pero no hay huellas en el volante.

-En ninguna parte. Es lógico en cuanto a los empleados, ya que ellos usan trapos, y procuran no dejar las marcas de los dedos. Una vez que entregan el auto, únicamente ponen la mano en la manija. Incluso suelen pasarle el trapo, cuando el cliente entra -. El experto demostró, con un pañuelo, lo que los limpiadores suelen hacer.

-Es cierto- reconoció el capitán-. Recuerdo que eso es lo que hacen. Y también limpian los espejos retrovisores. Así que usó guantes para conducir el auto desde el lavado hasta aquí. Muy extraño.

-Sumamente extraño.

El capitán se dirigió a Antuñano:

-Me parece que este auto estuvo en Los Arcos, la noche del viernes. Y el sábado temprano lo llevaron a limpiar a conciencia.

-Y ya no lo movieron.

-Eso creo. Y si, como dice el rector, él no lo ha usado, y su esposa lo llevaría a limpiar, las huellas de ella estarían en el volante, y en el espejo retrovisor de dentro. Siempre lo desajustan los que lo limpian, y el conductor debe ajustarlo.

-¿Preguntamos en los túneles de lavado?

-Quizá tengamos suerte. ¿Van a seguir revisándolo? – les preguntó a los otros agentes.

-No vamos a encontrar nada.

-Le diré a Bravo que ya hemos terminado, y que no hemos hallado nada.

-Le gustará oír eso.

-Sólo que no hallar "nada" es más sospechoso que hallar algo. Puso haber dejado sus huellas, y las de su esposa, porque el auto es de su propiedad.

-¿Y si condujo otra persona? – preguntó Antuñano.

-Muy inteligente. A veces, me asombras. Pudo haberlo conducido otra persona. Me parece que Bravo conoce al que se acostaba con su esposa.

-Así que tenemos dos teorías: que Bravo llevó el azul, y Wanda el rojo. Que el amante, al darse cuenta de lo que ocurría, se llevó el rojo, y lo dejó en alguna parte, quizá cerca de la casa del rector. O que Bravo llevó el rojo, y el azul era del amante.

-En cada caso, el que llevó el azul fue quien mató a Carla.

-Eso parece.

Ni Castillo ni Antuñano podían saber que el auto rojo se quedó en el estacionamiento del centro comercial Apolo, y que alguien fue a buscarlo. Ya que llegó a la casa de Bravo, tal circunstancia señalaba al rector como quien recogió el auto. Pagaría en la caseta, habiendo encontrado el recibo tras el espejo. Y siendo así, ¿cómo sabía que el auto estaría allí? No existen muchas posibilidades.

Los policías tampoco podían saber, aunque lo veían como una opción, que el conductor del auto azul sí mató a Carla, y sí fue el amante de Wanda, al menos por una noche. Pero tenían algo más, que encontraron en la oficina, en un informe del laboratorio.

-Así que el amante es un estudiante – dijo el capitán.

-Eso dicen los expertos. El semen es de un jovencito.

-Eso reduce las posibilidades a toda la universidad. Y el grupo sanguíneo es O positivo, lo que supone unos…

-O muchos más – bromeó Antuñano.

-Así que un estudiante – repitió el capitán.

-Ya hemos sabido que ella los perseguía.

-Y los atrapaba – dijo Castillo-. No tenemos nada.

-Yo creo que el rector conoce a ese estudiante.

-Eso es muy posible. ¿Cómo enterarnos?

-No se me ocurre, pero habrá que hacer preguntas en la universidad.

-Manda un par de hombres.

* * * * * * * * * * * * *

Lidia y Aldo habían encontrado, en aquella nueva casa, una verdadera mina de oro. Había comida en abundancia, y los del piso de arriba no parecían tener ganas de abandonar la habitación. Bajó la mujer, con una vela, y no se dio cuenta de que ellos habían saqueado la alacena. Estuvo un rato, y preparó unos bocadillos, cogió las dos botellas de sidra (era champaña), y subió. Hay que considerar que Wanda no llevaba un inventario de lo que había, y, sin luz, no se percató de nada. Halló un paquete de pan, más algo comestible en el refrigerador, y tuvo suficiente. Lo importante era la bebida.

Los intrusos comieron lo que les vino en gana, y bebieron whisky como si tuvieran sed. Se acabaron la botella entre los dos, y, con el calor en el cuerpo, se dedicaron al sexo en un sofá de la sala, sin protección alguna. Ellos no usaban condones, pues, la mayor parte de las ocasiones, sus contactos estaban envueltos en vapor etílico, y no pensaban en embarazos. Por tanto, el semen del joven cayó sobre el sofá, para confusión de los policías. Ahí estaba su estudiante.

Tampoco se preocuparon de que alguien pudiera verlos, hasta que…

-Han abierto la puerta – dijo Lidia.

-Irán a bajar.

-La puerta de la calle.

La pareja se resguardó tras el sofá. Aldo echó mano a su navaja, y aprestó la hoja. Pero nadie se acercó a la puerta de la sala. Picados por la curiosidad, ambos fueron reptando sobre la alfombra, para ver a quién había entrado. Se percibía una luz, que debía ser de una vela, si bien no temblaba como suele suceder con la que procede de ellas.

Cuando sus rostros aparecieron en el pasillo, pudieron apreciar que un hombre subía las escaleras, iluminándose con una linterna.

-¿Nos vamos? – preguntó Lidia.

-No, aún no. Mejor si salimos por detrás, y nos escondemos en el jardín. ¿Quién será éste? ¿Y si sorprende a los de arriba?

-Es peligroso que sigamos aquí.

-Hay que ver si tienen joyas o algo valioso. Solamente hemos cogido comida y bebidas, y nada que podamos vender.

-Lo mejor es que nos vayamos, y no nos busquemos problemas – insistió ella, mucho más temerosa de ser sorprendida-. Vamos a echar las botellas vacías, y las latas, a la basura, pero afuera.

-¿Y para qué ese esfuerzo?

-Para qué no sepan que hemos estado. Por si necesitamos regresar.

-Bueno, limpiaremos lo que podamos.

* * * * * * * * * * * * *

El sábado, el rector cenó en casa de su amigo Herminio. Y el domingo, muy temprano, ambos salieron de día de pesca. A eso de las once de la mañana, los hijos Santamaría fueron a jugar al fútbol, por lo que Isabel se quedó sola. La comida sería tarde, alrededor de las cuatro, si es que los deportistas tenían ganas, y no comían algo en la calle, con sus amigos. En cuanto a los pescadores, éstos llegarían a las seis o siete de la tarde. La mujer, "únicamente por no aburrirse", fue a ver a Federico. Le llamó el sábado por la mañana, para compartir el plan, que consistía en que pasasen unas horas en casa de él.

Tuvieron un par de encuentros mano a mano, y luego charlaron en la cama. Como era inevitable, debían mencionar a Wanda, ya que apenas habían transcurrido dos semanas desde su deceso.

-Veo a Alejandro destrozado – mintió Federico.

-No creas. Él es buen actor. Su puesto exige una cara para cada circunstancia.

-¿Se llevaban bien?

-Pues… no mucho. Wanda se quejaba de los celos de él.

-En estos días, he escuchado mucho sobre ella, y no todo es bueno.

Isabel se quedó pensativa. Quizá intentaba adivinar el nombre de quien criticaba a su amiga, ya que conocía a la perfección lo que hacía, y con quién, que coincidía con lo que ella acababa de hacer.

-¿Y quién dice eso?

-No te lo puedo decir. Son profesores, y… mejor si no sabes quién.

-Me lo figuro. Y sí es cierto: Wanda tuvo algunos asuntos con alumnos. Y contigo.

Federico miró a la mujer. Hasta entonces lo hacía al techo. Ella también.

-Conmigo no, ya que era la primera vez, y se quedó en proyecto.

-Al menos lo intentó, y ya comenzaba.

Federico recordó que le contó lo de un trabajo manual mutuo. No fue gran cosa, pero comenzaban a calentar. Por ende, podía considerarse que también con él.

-Sí tuvo sus asuntos – reconoció la mujer-. Algunos fueron muy

aireados. Yo supe de otros, porque me hacía confidencias.

-Imagino que habría más que ni a ti te diría.

-Es posible.

-Y siendo así, ¿crees que su esposo no descubriría alguno de sus asuntos?

-Supo de más de uno.

Federico se quedó en silencio. Estando con una mujer que engaña a su esposo, comentar sobre otra en tales pasos, podría tocar lugares comunes, e Isabel se molestaría. Pero ella no cerró el tema, y dijo:

-No se llevaban bien últimamente. Wanda estaba arrepentida de haberse casado con Alejandro. Es un buen hombre, pero demasiado dedicado a la universidad. Como mi marido, pero nosotros tenemos hijos, y eso une aunque no quieras.

-Sí, es diferente.

El matemático ya sabía lo que necesitaba. Carlos podía tener razón, y Alejandro fue quien asesinó a su esposa. Pero él estaba con ella, y no entendía cómo. Quizá la sustancia que proponía el químico le fue suministrada antes del licor, y estuvo esperando, en el estómago, hasta que éste llegó. Alejandro sabía de la afición de su esposa por el champaña, y no dudó que descorcharía varias botellas. Contaba con que ella era muy predecible.

-¿Te molesta que yo no sea fiel?- preguntó ella-. ¿Nunca antes habías estado con casadas?

-Bueno, no deliberadamente –. Recordó a la peluquera.

-Ya. Las ligaste pero no sabías que eran casadas.

-Más o menos. Pero no me molesta lo que hagas, como tampoco lo que pretendía Wanda. Cada quien debe saber lo que hace, y yo no soy el juez de nadie.

-Por eso me gustas.

Isabel dio media vuelta, para buscar los labios del hombre. Federico se preparó para el tercer contacto. Ya no preguntaría nada sobre Wanda, y mucho menos si Herminio era impotente, o el hastío provocó que prefiriese irse de pesca.

CAPÍTULO V

Habían transcurrido dos semanas y media desde la muerte de las dos mujeres, cuando en el Departamento de Policía de San Pedro recibieron el informe de Chicago. El olfato de Castillo había funcionado, y el deceso de Simón no fue lo que se suponía a simple vista, o con la autopsia que le practicaron los forenses locales. Hallaron algo que daba la razón a Carlos Díaz. Se lo leyó el forense:

-Han encontrado restos de Foliatoxina.

-¿Y eso qué es? – preguntó el capitán.

-No tengo ni idea, pero hay un explicación, en español: "sustancia que aumenta el efecto del licor en el organismo, y puede desencadenar un coma etílico, y quizá la muerte".

-¡Lo tenemos! – gritó Castillo-. El muy astuto, simuló un coma etílico.

-En Simón- dijo Antuñano-. ¿Y en su esposa?

-Eso lo sabremos si la exhumamos.

-No creo que nos den permiso.

-Debo hablar con el fiscal general, y que él nos eche la mano con el alcalde.

-En el hígado de Simón se hallaron unos cristales que son los restos de la sustancia - leyó el forense-. Si se alojan en el hígado, va a ser difícil encontrarlos, pues éste ya estará descompuesto, después de dos semanas. Me refiero al de Wanda Arroyo. Éste estuvo en hielo.

-¿Crees que hayan desaparecido las pruebas?

-No puedo estar seguro, pero sí que el hígado ya estará bastante estropeado, y posiblemente no hallemos nada.

-¿No crees que haya cristales en otras partes de su cuerpo?

-Antes de que pidas la exhumación, debemos estudiar los efectos de esta sustancia. ¿Qué tal si consultamos a un químico? – propuso Mauro-. Yo conozco a Carlos Díaz, y él trabaja en la universidad.

-En la misma que Alejandro Bravo.

-Y le odia – manifestó el forense-. Él nos echará una mano, sin dudarlo.

-¿Podrá venir aquí? – preguntó el capitán- No quiero ir a la universidad, y alertar al rector.

-Seguro que sí. Le voy a llamar.

Carlos Díaz estuvo encantando en colaborar con la policía. Le parecía extraño que no hubieran pensado en él, antes. Sabiendo de química como nadie, no se entendía la razón de que no hubiesen acudido a pedirle consejo en mil casos de envenenamiento. Seguro

que había un montón de asesinos sueltos, y a sus víctimas les extendieron un acta de defunción en la que ponía “problemas gástricos”.

De pie en la sala de juntas, como si diera una cátedra, explicó:

-Foliatoxina. Hace unos días, le decía yo a un profesor, que esa droga, precisamente ésa, puede provocar un coma etílico.

-¿Por qué le decía eso? – preguntó el capitán.

-Porque comentamos el caso de ambas muertes.

-¿Usted cree que también la de Wanda Arroyo sea resultado de esa sustancia más alcohol?

Carlos no sabía que no se debe decir, ante un policía, algo que no te haya preguntado. Carlos alardeaba de sus conocimientos, y estaba entrando en la lista de sospechosos. ¿Por qué le dijo a alguien que se podía matar con tal sustancia?

-No lo sé. Pero pudo ser. Y eso le dije a Federico.

-¿Quién es Federico?

-Un profesor de matemáticas. Cuando supe de las muertes por coma etílico, le dije que los comas etílicos se producen porque esa toxina aumenta el efecto del alcohol.

-¿Y por qué no vino a vernos, para comentarnos eso?

Carlos, por fin, entendió que había hablado de más. Le pedían su opinión como químico, no como criminólogo.

-Porque no tenía pruebas de nada – respondió.

-Pero usted se refería al esposo de Wanda, ¿no? ¿Por qué supuso que él podía querer matarla?

-Capitán – cortó el forense-, Carlos ha venido como experto, no

como acusado de nada.

-Si, es cierto. Perdone, profesor. Necesitamos saber si, después de dos semanas de inhumado un cadáver, como es el caso de Wanda…

-Así que sí sospechan de Alejandro – dijo el químico.

-Queremos asegurarnos. Usted ha leído que en el hígado de Simón hallamos esa toxina. ¿Cree que si se exhuma a Wanda Arroyo, haya aún rastros de la misma toxina?

-No es nada seguro. Después de dos semanas, es posible que el hígado se haya descompuesto de tal manera que no ya no queden rastros.

-¿Y en otras partes de su cuerpo?

-Podrían ser en los tejidos grasos, que todavía deben quedar en el cadáver. No puedo asegurar eso, ya que no tenemos evidencia. No nos hemos encontrado con un caso como éste.

-¿Cómo podríamos estar seguros? – preguntó el capitán.

-Analizando los tejidos grasos del vigilante. Él ya está enterrado, y desde hace dos semanas. Es el mismo caso.

-No se me había ocurrido – reconoció el forense.

-¿Usted nos ayudaría a analizar sus tejidos, ahora que sabe lo que buscamos? – le preguntó Castillo a Díaz.

-Les ayudaría con mucho gusto, pero no cuento con la tecnología necesaria. Podríamos exhumar al vigilante, y ver qué hallamos. ¿No crees, Mauro?

-Opino que lo hagamos, ya que no requerimos permiso de nadie – opinó el forense-. Y, dependiendo de qué hallemos, proseguimos o… mandamos los tejidos a Chicago.

-Y esperamos dos semanas más – dijo el capitán, con mala gana-. Exhumemos a Simón. Necesito algo que llevarle al fiscal general. En cuanto a usted, señor Díaz, no creo necesario que le diga que lo que aquí se ha tratado es totalmente confidencial.

-Soy una tumba.

-¿Qué dijo su amigo… cuando le confió que se podía asesinar con esa toxina? Y usted, obviamente se refería a Alejandro Bravo.

-No me creyó. Él es matemático, no físico.

-Ya-. Castillo consideró que no era necesario tener una conversación con el tal Federico.

Y eso era una suerte para el profesor de matemáticas, quien veía sobras en plena luz. Federico estaba recobrando el ánimo, poco a poco, con mucha cautela. Nadie le había preguntado sobre Wanda, ni siquiera Isabel, quien ni siquiera mencionaba a su esposo, a la hora del adulterio. Lo más seguro era que la mujer obviaba comparaciones, tanto con su esposo como con Wanda. Con esta última, según el profesor, no había elementos para tal cotejo. E Isabel le creía, pues en su mente estaba fija la idea de que su amiga dejó al matemático, para irse con su nuevo ligue o con el estudiante que le hacía ver estrellitas de colores.

Si el profesor hubiera sabido que Carlos estaba colaborando con la policía, y que su nombre salió a relucir, no estaría tan tranquilo. A algún detective se le podía ocurrir interrogarle, aunque fuese para matar el tiempo. Y si eso sucedía, él confesaría a poco que le apretasen, o caería en contradicciones de inmediato. Pero tuvo suerte, de momento, y no había razón alguna para querer hablar con él.

* * * * * * * *

* * * * *

Exhumaron a Simón, y lo llevaron de nuevo al laboratorio. Le habían enterrado con la mayor parte de su hígado, y éste ya estaba descompuesto. Era imposible encontrar algo en él. Todo Simón presentaba un aspecto nauseabundo. Entonces, se dedicaron a los tejidos grasos, que comenzaban a desvanecerse. Analizaron por partes. Al hacerlo en un brazo, hallaron algo de la toxina.

-Le inyectaron en el brazo – dedujo Mauro-. Se fue propagando por el cuerpo, hasta llegar al hígado, transportado por la sangre. Pero en el brazo fue el depósito inicial, y, por eso, quedan residuos.

-Le tenemos – dijo el capitán-. Señor Díaz, le pido que no lo comente con nadie. Debo conseguir una orden de exhumación, y el rector de la universidad no debe anticiparse. ¿Entendido?

-Sigo siendo una tumba.

-Le agradezco mucho su colaboración, y cuento con usted para el caso de Wanda Arroyo. Posiblemente no necesitemos ayuda de Chicago.

-Yo les hubiera ayudado, si me lo hubieran pedido.

-No sabíamos de sus conocimientos – se excusó el capitán-. En adelante, será muy distinto.

Carlos se fue pavoneándose como si le hubieses otorgado el Premio Nobel. Les había demostrado que él sí sabía, y no los médicos del Departamento de Policía. Mauro se quedó impresionado, y le prometió consultarle cuando se tratase de sustancias que él no conociese. Y, además, para satisfacción del químico, él había colocado

el dedo de la ley apuntando a Alejandro Bravo. Él estaba seguro, desde un principio, de que el rector asesinó a su esposa, e incluso adelantó el método.

-Lo malo es que, de momento, no puedo alardear de ello- pensó, con disgusto.

* * * * * * * * * * * * *

El fiscal general, Lorenzo Valbuena Segovia, había citado en su despacho al rector de la universidad, y al capitán Castillo. Éste insistía en que la muerte de la esposa de Bravo era muy sospechosa, y llevaba documentos para demostrarlo. Mauro Pérez había conseguido un escrito del doctor de cabecera de Wanda, en el que testificaba que la mujer gozaba de perfecta salud. Además llevaba otro documento más: el que le enviaron los gringos, del análisis que hicieron al hígado de Simón. También presentaba la huella de Alejandro, en la botella de brandy, que coincidía con la obtenida en el Departamento de Vehículos. Para completar su alegato, tenía dos testimonios sobre los autos, y el dictamen de los expertos que analizaron el rojo, en el que no hallaron huella alguna, lo que era mucho más sospechoso que hallar un centenar.

Mientras aparecía el rector, quien aceptó la invitación, más porque no le quedaba de otra que por placer, los dos hombres examinaban la evidencia con que contaban. Lorenzo dejó bien patente que no le gustaría meter la pata, y tener que disculparse. El rector de una universidad era alguien de mucho prestigio, y no se le podía acusar públicamente, para luego decirle: usted perdone. Tendría que

hacerlo en la televisión, y en cadena nacional, quedando como un verdadero imbécil.

-Yo haré lo que digas – le comunicó el capitán-. Te presento todo esto, y tú decides.

-Así que me estás echando la pelota a mi campo.

-Para mí está bastante claro. Él llegó a buena hora a la ciudad, y dice que se fue a su casa. Mientras que su compañero llamó a su esposa, parece ser que él no lo hizo, ya que ella se fue a Los Arcos con alguien.

-O la envió hacia allí.

-¿Con un amante? ¿Y quién condujo el auto de ella?

-Él mismo. ¿No es lo que me has dicho?

-Sí, pero llevó el auto, no a la mujer. Wanda y su amante fueron en el auto rojo. Y él usó el azul.

-Me estoy haciendo un lío – confesó el fiscal.

-De alguna manera Bravo se quedó con el auto rojo, y, como debía conocer al amante, mandó que le quitasen las huellas. ¿Por qué lo limpiaría, si sólo su esposa lo había tocado? O quizá él también, o la criada. No se trataba de eliminar esas huellas.

-Lo pudo enviar a limpiar, sin otro interés de que estuviese presentable.

-¿Y no quedó una sola huella, ni siquiera las de los lavadores? Eso es técnicamente imposible. Mandé a varios hombres a los túneles de lavado, y luego analizaron las huellas en los retrovisores, interior y exterior, la manija derecha y el volante. En todos los casos hubo huellas.

-De acuerdo. ¿Crees que el amante vio a Bravo matar a su mujer?

-Pudiera ser. Pero, ¿por qué se quedaría hasta la mañana? Quien se quedó fue Bravo. El del azul debió matar a Carla, siendo el único que salió por la mañana.

-¿Y eso indica que estuvo o que no estuvo allí? Si no estuvo allí, ¿por qué limpiarlo?

-Bravo se lo llevó, con el segundo juego de llaves. Wanda y su amante fueron en el auto rojo. Luego Bravo llegó a la urbanización, y se llevó el auto, lo mandó limpiar y regresó en el suyo, el azul, para ver el resultado de su obra. Recuerda que no había luz, por lo que la gente no se percató del auto rojo. Y se encontró con Carla, ya no con el amante, quien quizá salió volando, y tomó un taxi en la carretera.

-Eso es mucho peor aún. Ahora sí que no entiendo nada. ¿Cómo llegó Bravo la primera vez? ¿También en taxi?

-Es muy posible, si pensaba llevarse el auto rojo. No podría conducir ambos. Pero lo que quiero demostrar es que él envenenó a su esposa, y no si condujo un auto o dos. Y lo de Carla… lo seguimos investigando.

Mentía, ya que no le habían hecho el menor caso. Castillo quería atrapar al rector, porque era una figura pública, y eso da prestigio. Si resultaba lo de Wanda, luego seguirían con Carla, a no ser que Bravo fuera el asesino de ambas.

-Podría ser de otra manera – dijo el fiscal-, que no se te ocurre. No sé cuál, pero quizá hay una tercera versión.

-Posiblemente. Por eso, quiero ver si a Wanda también le provocaron el coma.

La secretaria del fiscal anunció a Alejandro Bravo, rector de la universidad de San Pedro. Entró en el despacho, y no se asombró al ver que allí estaba Eusebio Castillo. Lo esperaba, ya que sabía bien que el hombre era terco como una mula, y se había aferrado a que era el asesino de su esposa. No se lo había dicho, pero su persecución lo demostraba. ¿A qué fue a su casa, para analizar el coche de su esposa? ¿Qué esperaba encontrar? En un caso de muerte natural, paro cardiaco, no hay nada que investigar en el automóvil del difunto. Ni siquiera era un caso policíaco, pero Castillo había decidido que sí. ¿Y lo de la botella de Simón? ¿Acaso era un delito regalarle a alguien una botella de licor? Castillo le perseguía, por lo que le pareció lógico verle en el despacho del fiscal.

Después de unos saludos, el fiscal le explicó a Bravo:

-El motivo de que te haya invitado a venir es que se ha descubierto algo muy extraño en el cuerpo del vigilante que murió hace… casi tres semanas en Los Arcos.

-¿Extraño? Me parece que murió de una congestión alcohólica.

-A simple vista, y sin un examen minucioso. Pero Eusebio envió algunos trozos de vísceras a Chicago, a un laboratorio, y ésta es la respuesta-. Le entregó el papel.

Bravo leyó con detenimiento, y su rostro no reflejó nada. Castillo anotó, mentalmente, que eso indicaba que ya lo sabía, y, por tanto, no se asombraba. A Valbuena, por el contario, le pareció que el rector no tenía nada que temer, y por eso se mostraba impávido.

-¿Y esto qué quiere decir?

-Que al hombre se le suministró una sustancia que ayudó al paro

cardiaco. En otras palabras, fue asesinado.

-¿Por quién?

-Eso debemos descubrir. Pudo ser cualquiera, pero, por el momento, él tomaba una botella de brandy que tú le regalaste. No significa que tú le hayas asesinado, pero la botella, más la toxina… ¿Me explico?

Alejandro hizo un mohín con la boca, se encogió de hombros y manifestó:

-Muy bien. Pero yo no tenía ninguna razón para matarlo.

-Eso supongo. Claro que no nos imaginamos quién pudo tener razones para ello. A eso debemos sumarle que tu esposa murió del mismo problema.

-¿Y también la maté?

El tono de voz del rector iba en aumento. Valbuena suavizó su timbre, por eso de que hablando bajo, a alguien, le invitas a que te imite. Eso quizá funcione con otras personas, pero Bravo era lo que su apellido indicaba, y comenzaba a molestarse.

-No he dicho que hayas matado a nadie – continuó el fiscal-. Digo que tu esposa murió del mismo problema. Lo que nos lleva a pensar que quizá haya recibido la misma toxina. Puede ser que ambos comieron lo mismo. Digamos que… tu esposa compró unas golosinas, y le regaló unas al vigilante.

Castillo sonrió. Él no lo hubiera planteado con tanta sutileza. Pero él era un policía, y no el fiscal general de la nación. Vio que la deducción no le gustó al rector, por muy suave que se la presentaron. .

-¿A dónde nos lleva esto? – preguntó Bravo.

-A que debemos exhumar a tu esposa, y practicarle una autopsia. Queremos saber si a los dos les produjo la muerte la misma toxina.

-¡No!

La respuesta del rector fue seca y contundente. El fiscal y el capitán se miraron. El primero preguntó:

-¿Por qué?

-Porque una autopsia significa desfigurar a mi esposa, tratarla como a un… objeto de laboratorio. Me niego rotundamente.

-Pero… es únicamente algo interno. Además, a estas alturas ya estará… Ni siquiera la verás.

-¡No!

El fiscal movió la cabeza a los lados. Castillo estaba sonriente. Él lo había olido, y estaba seguro de que Bravo había asesinado a Wanda. Ella estaba muy sana como para morirse de una simple borrachera. Ni siquiera tenía presión alta.

-Puedo obtener una orden de un juez, y no necesito tu permiso – le recordó Lorenzo-. No entiendo tu negativa.

-La he explicado suficientemente. No quiero que desfiguren a mi esposa. No es el mismo caso que el alcohólico.

-¿Le regalaste una botella de brandy a un alcohólico? – preguntó el fiscal.

Por primera vez, el rostro de Alejandro se puso colorado. Ya había reconocido, ante el capitán, que Simón tenía problemas de alcoholismo, pero como algo escuchado. Ahora él decía que era un alcohólico, a quien le regaló lo que era su perdición.

-Fue hace… unas semanas.

-Sería alcohólico desde hacía muchas – consideró Valbuena-. No se vuelve uno alcohólico en quince días.

-Lo siento, Lorenzo, pero no puedo darte autorización para exhumar a Wanda.

Alejandro se puso en pie, y se dispuso a irse. No pensaba despedirse de mano, y le urgía salir de aquel despacho. Castillo le miraba sonriente, enviando, con los ojos, un mensaje muy claro: te tenemos. Y el rector lo había recibido, lo que le hizo sentir sumamente molesto. Necesita algo que impidiera a Valbuena seguir adelante. No tenía cerebro para idear qué, por lo que mejor si buscaba la tranquilidad para meditar.

-Hablaré con un juez – dijo el fiscal.

-Yo veré al alcalde. Y quizá al gobernador.

-Adelante, Alejandro.

Como si le hubiera dicho "vete", el rector abandonó el despacho apresuradamente, sin mirar hacia atrás. Los dos hombres se observaron, perplejos. El capitán estaba feliz, pues había demostrado que el rector era el asesino de su esposa. El fiscal, muy perplejo, se rascaba la cabeza. Unos minutos antes, él hubiese comprometido su honor en defensa de Bravo. Ahora… ya no estaba seguro, pues le parecía pueril la excusa que el rector esgrimió para que no examinasen a su esposa. ¿Desfigurar un cadáver? Prácticamente, les había llamado profanadores de tumbas.

* * * * * * * * * * * * *

Como había prometido, Bravo fue a ver a Ramiro Valencia,

alcalde de San Pedro. Eran amigos desde hacía mucho, y el rector estaba seguro de que éste se pondría de su parte. Pero Lorenzo le había llamado por teléfono, y le explicó el asunto, sin mencionar asesinato, sino la coincidencia de que ambos contrajeran la misma enfermedad, que les condujo a la muerte. Por tanto, Ramiro estaba al tanto, y sabía que él no tenía autoridad para impedir la exhumación, si un juez la ordenaba. Podía decirle al fiscal que no siguiera con el caso, pero si se filtraba a los medios, estaría perdido. Había que imaginar lo que propagarían los titulares de los diarios: “posible asesinato tapado por el alcalde”. El capitán de policía dejaría que tal información “se escapase”, y que algún reportero anduviera cerca para enterarse. El alcalde no podía arriesgarse a eso, por muy amigo del rector que fuese.

Cuando llegó Alejandro, Ramiro escuchó sus razones, pero no vio que fuesen sólidas. Por ende, él debía dejar que la ley siguiera su curso. Que desfigurarían el cadáver de su esposa; la profanación de su descanso eterno; y la presunción estúpida de un asesinato, por parte de Castillo, eran los argumentos de Bravo. No parecían de mucho peso, ya que no tocarían el rostro de la difunta, y la dejarían como estaba tras el tratamiento de la funeraria. El alcalde, no queriendo pensar mal, supuso que Bravo estaba muy afectado por la muerte de su mujer. De pensar mal, su conjetura empataría con las del capitán y el fiscal.

-Si se equivocan, yo mismo le echaré un buen rapapolvo a Lorenzo – le prometió.

-No me preocupa que se equivoquen, pues eso es seguro, sino

cómo quedará mi esposa.

-Ha que tener en cuenta que tú no verás cómo la sacan, ni la autopsia, ni cómo la regresan a su tumba. Hazte a la idea de que nada sucedió. Lo único que sabrás es el resultado, y a quién voy a colgar de los huevos.

-¿Y que obtendrían con saber que ambos pudieron compartir… no sé? Imaginemos que compartieron algo, y había una toxina. ¿Y qué?

-Bueno, imagino que eso servirá para poner en alerta a hospitales y sanatorios, y que nuestros doctores estén atentos a una posible epidemia.

Lorenzo no le había explicado al alcalde que la Foliatoxina debía ser inyectada, y que no andaba por el aire como un virus o una bacteria. Sería imposible que comiendo algo entrase al organismo de la gente. El fiscal también usó una argucia con el munícipe, quien no sabía mucho de drogas, venenos o elixires.

-No estoy de acuerdo.

-No te empecines, Alejandro – le dijo el alcalde-. Harás un bien a mucha gente.

El rector sabía que no se trataba de eso, sino de que el capitán Castillo suponía que él había asesinado a su esposa. La toxina podía ser una prueba de ello. Lo expuso.

-El capitán Castillo no solamente anda tras la toxina, sino tras el auto de Wanda, de una botella de brandy que hace tiempo que le regalé a Simón, el difunto. Tiene la absurda idea de que yo he asesinado a mi esposa.

-¿Cómo?

El alcalde en verdad se asombró. El fiscal no le había dicho nada de eso. Claro que no era nada extraño que Ramiro anduviera tras un homicidio, ya que era su obligación. En ese caso, menos podía ayudar a Alejandro. No se lo diría crudamente, pero…

-No creo que se trate de eso. Y de ser así, ¿qué miedo tienes? La toxina, que dicen, debió entrar a su organismo por algo que comió. No te preocupes, porque yo no permitiré que el capitán te acuse con la única prueba de la toxina. Eso no es nada sólido.

-Sabes que hay otra mujer muerta.

-Sí, y ella sí me preocupa. Porque ahí no hay ninguna duda de que se trató de un asesinato.

-Castillo quiere relacionarme con ella, por medio de la muerte de Wanda.

El alcalde se quedó pensativo. No sabía qué pruebas podrían tener Ramiro y Castillo, pero era muy distinto haber matado a Carla que el asunto de la toxina.

-Tú no la mataste, ¿o sí? – preguntó.

-¡Por supuesto que no!

-¿Y qué te preocupa? Lo de la toxina es algo que puede sucederle a cualquiera, y, si no mataste a la mujer esa, ¿cuál es tu problema, Alejandro?

-Los nervios, supongo.

-Eso es seguro, y lo comprendo. Mira, yo me encargo de Ramiro, y tú solamente no te acerques por el cementerio mientras ellos trabajan. Ellos regresarán el cuerpo a su lugar, y ni siquiera te vas a

enterar.

El rector asintió, sin mucha gana. Ya no podía seguir negándose. Había perdido la batalla, porque le salió mal la última escaramuza. Si seguía de necio, el alcalde también sospecharía, y eso sería aún peor.

El alcalde, aprovechando la visita, quiso saber sobre las actividades de la universidad, en especial lo relacionado a un sobrino suyo que estudiaba allí. También sobre la próxima graduación, en la que él sería quien entregaría títulos, diplomas y reconocimientos. A Bravo no le gustó el cambio de tercio, ya que eso zanjaba la conversación, y demostraba que el alcalde, de manera muy sutil, estaba del lado del fiscal.

* * * * * * * * * * * * *

La pareja de ladrones estaba tumbada en el suelo de la sala, con los rostros fijos a la escalera. Hacía cosa de quince minutos que había subido el hombre, cuando la luz de la linterna anunció que bajaba. La falta de energía eléctrica jugaba a favor de los dos malhechores, porque advertía la presencia de quien fuera, además de que esa persona debía caminar lentamente. Si entraba en la sala, se podrían esconder detrás del sofá o las cortinas. Y, a la hora de salir corriendo, la oscuridad de la calle sería su aliada.

El hombre no parecía tener mucha gana de quedarse en la casa, pues se dirigía directamente a la puerta principal. En la mano derecha llevaba una caja, o quizá era un maletín cuadrado. Eso no lo había subido él, de manera que coger aquello era el motivo que lo condujo a la casa. Eso pensó Aldo, al verlo pasar. Había ido en busca de aquello,

y lo hizo con bastante premura.

Cuando el hombre cerró la puerta, los dos ladrones se incorporaron. Lidia preguntó:

-¿Qué hacemos?

-Irnos. Vamos a dejar todo lo mejor posible, y nos llevamos lo que podamos.

-Solamente hemos movido cosas en la cocina. No creo que debamos buscar nada más, sin luz.

-De acuerdo. Nos vamos ahora, y mañana temprano, cuando amanezca, regreso – propuso Aldo-. Aún tenemos más de media botella de whisky, y no nos hemos acabado los restos de las otras.

-¿No te parece peligroso?

La jovencita era la más juiciosa de la pareja. Él era muy osado, y eso, en opinión de Lidia, les acarrearía, a la larga, un serio problema. Aún no digería que hubiese asesinado a un hombre es Isleta. Debían la dicha de estar aún libres, a la poca habilidad de la policía, sumada a que ellos dos eran aves de paso, pero la suerte no es infinita, y un día u otro cometerían un error, y caerían en manos de la ley.

-Estoy seguro que aquí hay cosas de valor – opinó Aldo.

La falta de luz había impedido que registrasen bien la sala, y no revisasen las habitaciones. Pero él podía jurar que allí habría algo valioso, y por la mañana lo comprobaría. No iban a asaltar una casa para llevarse unas latas de conserva y una botella de licor, porque eso lo consumirían en dos días, y luego estarían en las mismas.

-Vámonos – aceptó el delincuente.

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

Alejandro salió del despacho del alcalde, hecho una furia. Fue a la universidad, aunque antes, desde la escalinata del ayuntamiento, llamó a su secretaria, para decirle que localizase a Federico Montero, pues quería verle en su despacho, de inmediato y sin excusa posible. Eran las seis de la tarde, de un jueves, veinte días después de la muerte de Wanda, y Federico sentía que ya había brincado su mala fortuna. Era mucho tiempo para que la policía no lo hubiese buscado. Por tanto, dedicaba su tiempo libre a Isabel, además de las “profesionales” de fin de semana. Usaba la táctica de no pensar, para quitar de su mente a Carla. No a Wanda, ya que él no tuvo nada que ver con su muerte.

Ramiro Valencia llamó a Lorenzo Valbuena, para decirle que no presionase a Alejandro, porque él mismo daría el consentimiento para que exhumasen a su esposa. A regañadientes, el fiscal aceptó concederle unos días, para pensarlo y decidirse. Ya que era jueves, y sería difícil que un juez tomase la decisión antes del lunes, podía bien aplazar la última instancia hasta ese día. Si el rector no accedía, pediría una orden de exhumación.

Alejandro recibió una llamada de Ramiro, cuando iba en su automóvil, y estaba a punto de llegar a la universidad, para decirle que lo meditase durante el fin de semana. Lo haría, y tendría que decidir positivamente, ya que no le quedaba otro remedio. Eso lo sabía todo el mundo, y él no era tan tonto como para pensar que estaba por encima de la ley. Le harían algunas concesiones, pero terminaría cediendo.

El rector llegó a su despacho, de un humor de perros. Federico estaba en la antesala, charlando con la secretaria. Alejandro le dijo que entrase con él, y le indicó que se sentase. El matemático olió que el jefe llegaba con una tempestad tras él. Y si le llamaba, y sin un motivo que el profesor tuviese en mente, no pudo pensar en otra cosa que en Wanda. Ella era el nexo entre ambos, si bien uno suponía que el otro no estaba enterado. Federico intuyó que ya no era un secreto, y sintió un repentino frío en la espalda.

-Quiero que veas este expediente – le dijo.

Federico no entendía nada, ya que jamás le había llamado para tal asunto. Nunca había tratado, con el rector, algo relacionado con un alumno. Vio como Bravo escribía algo en un papel, y se lo entregaba. Leyó:

-No podemos hablar aquí. Vámonos, en silencio, a la cancha de baloncesto.

Para reforzar lo escrito, Alejandro miraba fijamente al matemático, y tenía el índice derecho sobre los labios. Federico, perplejo, asintió con la cabeza. Lo que temía estaba a punto de explotar. Sigilo, rostro circunspecto, olor a azufre tras él, y el papelito, no podía significar otra cosa que… Wanda. La suerte abandonaba al profesor, sin que supiera por qué. No se quejó, aunque también ignoraba la razón, cuando le sonrió la fortuna, y la policía no lo tuvo en consideración. Claro que sólo los tontos se quejan de su buena estrella.

Los dos hombres abandonaron el despacho, incluso el edificio, en silencio, y fueron al gimnasio. Alejandro caminaba cabizbajo, lo que,

por si Federico aún tenía dudas, despejaba su incógnita. El asunto era grave, privado y misterioso. ¿Qué podría ser?

Allí estaba entrenando el equipo de baloncesto, por lo que podían hablar en una grada. Los balonazos contra la duela eran fuertes y nadie les oiría. En el caso de que hubiera micrófonos, como temía Bravo, sería mucha casualidad que la policía hubiese instalado uno bajo sus posaderas.

-¿De qué trata?-preguntó Federico-. ¿Por qué el misterio?

-No sé si sabrás que la policía supone que yo maté a mi esposa.

-¿No dijeron que fue un paro cardiaco?

-Dicen que inducido. Suponen que tomó algo que, junto con el alcohol, hizo cortocircuito. Y presumen que yo le suministré esa pócima.

-¿Y por qué me dices esto? ¿En qué puedo ayudarte?

La sonrisa de Alejandro le notificó a Federico que no había hipótesis sino evidencias, y que no tardaría en saber cuáles. No podía imaginar cómo, pero el rector sabía lo de Wanda y él. Y ya que eso sucedió, lo de menos era cómo se enteró. Lo importante estaba en qué pensaba hacer, y, por su mirada, no auguró nada bueno.

-Porque alguien vio salir un auto azul de la casa, a las siete de la mañana. Yo tengo un auto azul.

-Y yo también.

-Exactamente. Por eso estamos hablando.

Federico intentó no ponerse nervioso. En la lista de los posibles testigos de su encuentro con Wanda no figuraba su esposo. Y resultaba que parecía que era el testigo de cargo. Pidió al cielo fuerzas para

decir:

-No entiendo. ¿Me lo puedes explicar con más claridad?

-Sí, con mucha más claridad.

Los jugadores metían mucho ruido, ya que botaban los balones, todos a la vez. Debido a esto, Alejandro estuvo seguro de que nadie les oiría, y menos al haber elegido una grada cualquiera, al azar, por lo que sería difícil que un micrófono de la policía estuviera junto a ellos.

-Tú pasaste la noche en mi casa en Los Arcos, y te fuiste por la mañana.

Federico tragó saliva. No esperaba aquello. Quizá que la policía lo dijera, pero no Alejandro. ¿Cómo lo podía saber?

-No lo vamos a discutir. No lo niegues, porque lo sé a ciencia cierta.

-Dudo que puedas saber si yo salí de tu casa, a no ser que estuvieras allí.

-Tengo una grabación de lo que sucedió aquella noche.

-Me importa un comino lo que tengas. Yo no he estado en esa casa.

-¿Quieres verte en película? Tengo forma de obtener una copia sin recurrir a un estudio. Por supuesto que no confío en un estudio. Fuiste con mi esposa, tomasteis champán, hicisteis el amor varias veces, y os quedasteis dormidos como bebés. ¿Crees que todo esto es producto de mi imaginación?

Federico asintió con la cabeza. No a que fuese producto de su imaginación, sino a que era todo cierto. Lo describió tal y como sucedió, como si hubiera sido espectador de primera fila. ¿Una

película? Eso podía explicarlo.

-¿Y tú… estabas allí?

-No. Yo no estuve allí. Yo puse la cámara, y un dispositivo que accionaba ésta cuando había movimiento en la habitación. ¿No me crees?

-No había luz – le recordó Federico, intentando cazar a Alejandro en mentira.

-La cámara tiene baterías, y luz infrarroja. ¿No las conoces?

El profesor había intentado su último recurso. Si Alejandro espiaba a su esposa, contaría con buena tecnología. Usaron velas, pero con infrarrojos no se necesitaban. Debía confesar, y no seguir neceando. Evitar la verdad no resultaría en que ésta desapareciese. Puesto que lo había cazado, lo primordial era saber qué pretendía. Y ya que parecía que el rector no pensaba liarse a puñetazos, algo malévolo circularía por su cerebro.

-Claro que sí. Bien, y ¿qué pretendes, Alejandro?

-Primero, que entiendas que sé que estuviste con mi esposa, y que te fuiste por la mañana. Por tanto, que aceptes que mataste a Carla, aunque yo no sepa la razón, ni me importe. Y por último: que me debes algo.

-¿Cómo qué?

-Como el favor de no darle la película a la policía.

-Si les das la película, si es que existe, y yo soy protagonista, se harán preguntas.

-¿Cuáles?

-¿Cómo retiraste la película? Si no fuiste a la casa, y ellos

registraron todo, ¿cómo sacaste la cámara? Dices que un dispositivo que se acciona con el movimiento. ¿Y ellos no lo detectaron? ¿Cuándo fuiste a buscar la película? Me parece que clausuraron la casa, y pusieron una patrulla a cuidarla. No te dejaron regresar, Alejandro.

Alejandro sonrió. Terminaría diciendo la verdad, ya que no podía coaccionar a Federico sin que éste conociera todo lo sucedido. El profesor no había matado a su esposa, y si la policía decía que no fue natural, alguien debió matarla.

-¿Y el vigilante murió de la misma enfermedad? – preguntó Federico.

-Supongo que será una epidemia.

-Pues vete a la policía, le enseñas la película, y les dices que yo maté a tu esposa. Seguro que se ve en la película.

-Tú debes saber lo que hiciste.

-Más bien me estoy enterando de lo que tú hiciste.

-De acuerdo.

Los balones sobre la duela producían mucho ruido, y ambos hombres hablaban en tono normal. Federico había tragado ya su asombro, y no estaba nada nervioso. Ellos dos se hallaban en iguales circunstancias, pues veía claro que Alejandro había asesinado a su esposa, y al vigilante que lo vio entrar. Lo mismo que él pensó, pero que el rector sí realizó. Quizá el profesor hubiera silenciado a Simón, pero ya no fue necesario.

-Me has jodido el plan – dijo Alejandro.

-¿Yo? ¿Qué he hecho yo? Supongamos que me haya acostado con tu esposa, pero eso es todo.

-Y tuviste la mala idea de matar a Carla. Mi esposa debía morir de un paro cardiaco, y nadie avisaba a la policía. El vigilante, que estaba mal del hígado, también moría, y todo era natural. Pero Carla… ¿Cómo carajo hiciste eso?

-¿Y por qué mataste al viejo?

-Porque no podía entrar volando. Le regale una botella de brandy, sabiendo que se la tomaría entera. Y luego, cuando estaba profundamente dormido, como estaba previsto, le produje el cruce con una inyección. Lo mismo que a mi mujer. Y debí haberte dado a ti un poco, si hubiera sabido que me ibas a joder el plan.

-Mas bien pensabas cargarme el muerto, y, por eso, no me inyectaste lo que fuera. ¿O querías imputarme los dos muertos?

-No, no pensaba cargarte nada. Yo estaba seguro de que ella iría con alguien a la casa, y planeé matarla. No sabía que eras tú el elegido. Pensé en cierto jovencito con el que ella se veía.

-¿Así que tú estabas seguro que ella, aquella tarde, iría a Los Arcos?

-No tuve la mínima duda. Y coloqué una cámara, para enterarme. Me asombré al verte a su lado, en la cama. No sabía que tú y Wanda…

-Yo tampoco lo sabía. Ella me abordó por la mañana, y me ofreció… ¿Quieres detalles? Supongo que no. Así que pusiste una cámara con infrarrojos.

-¿Sigues sin creerme?

Federico asintió con la cabeza. No podía seguir negándose, porque todo coincidía. La botella de brandy de Simón no cayó del

cielo, y él la vio sobre la mesa. Alejandro no anunció su llegada a Wanda, para sorprenderla en la casa de Los Arcos. Los dos estaban profundamente dormidos, y, si él entró, no se enteraron. Bien pudo ponerle una inyección a la mujer, e incluso a él, sin que despertase. ¿Qué podía argumentar?

-"Y si…- una idea satánica acudió a su cerebro- Alejandro produjo un problema en el conferencista para cancelar el simposio, y regresar de improviso".

-Te escucho. Así que esperabas sorprenderla con alguien – dijo, en voz alta.

-No sorprenderla, ya que se trataba que ella sufriera un colapso, y adiós. Quien estuviera con ella, se despertaría, hallaría un cadáver, y echaría a correr. O me daba igual si llamaba a una ambulancia y a la policía.

-¿Lo tenías planeado? – preguntó en voz alta, tras recrearse en la idea macabra de que la suspensión de la convención no fue casual.

-No. Debía suceder algún día. Wanda era muy previsible.

-No le avisaste que se cancelaba el seminario.

Ahora, Federico lo tenía bien claro. Alejando no la llamó por teléfono, y Wanda no supo nada de la cancelación. No tenía apagado el portátil, sino que nunca sonó.

-No iba a advertirla de que la sorprendería.

-¿Y no se le hizo extraño a la policía?

-El teléfono desapareció. Me lo llevé, y lo tiré a una zanja. No debían descubrir si llamé o no. Ya sabes que eso no se registra en ninguna central. Y yo borré todas las llamadas de ese día. Es que se

saturó la memoria, con tantas llamadas para preguntarme por ella, y las que yo hice.

-Muy astuto. Así que no la llamaste, pero dijiste que sí.

-Y nunca contestó. Eso mismo le dije a Santamaría.

Federico le había dicho a Isabel que ella recibió una llamada, y canceló su junta. Ahora resultaba que no había existido la llamada. Claro que pudo ser otra persona. ¿Le habría comentado Santamaría a Isabel de la llamada que Wanda no contestó? Debería descubrir eso. Parecía lógico que Isabel se diese cuenta de que no hubo tal llamada, a no ser que ella pensase, y lo hacía, que había otra persona que ella conocía, al menos de referencias, que también pudo llamar a Wanda. Y si él la llamaba, era seguro que Federico se quedaría pensando en lo que puso ser.

Se equivocaban los dos. Federico al imaginar que Isabel pensaba que él la había mentido, pues Wanda no le respondió a su esposo. E Isabel, al figurarse que, de haber llamado Aurelio, Wanda prefirió ir con él que seguir con Federico.

-¿Y si despertábamos, y te veíamos? – le preguntó Federico al rector.

-Para eso se compra un gas somnífero, que se esparce en la habitación. En unas horas desaparece, pero duerme a cualquiera. Abrí la puerta, y rocié una buena cantidad. ¿No te dolía la cabeza por la mañana?

Federico asintió con la cabeza. Según eso, no todo se debió al alcohol.

-Pues así fue, mi amigo. Eché el gas, y os quedasteis bien

dormidos. Retiré la cámara y el sensor de movimiento, y le puse la inyección a Wanda. No lo notó, y murió plácidamente. Luego fui a la garita, donde Simón estaba ya inconsciente. No me convenía que hubiera un testigo de que estuve allí.

-¿Por qué? Si tu esposa moría de un ataque al corazón…

-Simón diría que ella entró con alguien, que luego aparecí yo, que me fui al poco rato, que el fulano salió corriendo… No me convenía tanto lío. Simón era el testigo, y decidí eliminarlo.

Federico pensó que eso mismo pasó por su mente: eliminar testigos. En su caso, además de Simón, estaban Carlos, Nadia e Isabel. Pero no mató a ninguno de ellos, y si a Carla, y antes de que fuera testigo de nada. Alejandro prosiguió:

-Procuré que nadie me viese, y él era el único que supo que llegué. ¿Qué sospechas levantaría la muerte de un borracho? Era otro paro cardiaco.

-Muy inteligente. Así tú no habrías ido el viernes a la casa.

-Exactamente. Mi esposa tuvo su noche sexual, y bebió de más. Pero no contaba con un bobo que iba a matar a Carla. ¿Por qué lo hiciste?

-Porque ella me había visto con tu mujer. Y también pensaba, como tú, matar a Simón. Claro que no con una inyección, sino de un buen golpe.

-Te ahorré ese trabajo, socio. Y ahora… ya todo aclarado, viene lo otro.

-¿Qué es lo otro?

La pregunta era ociosa. Federico no podía adivinar lo que

Alejandro le propondría, pero sí que no le había llevado allí para narrarle cómo asesinó a su esposa. Le llevó para pedirle algo, y el momento había llegado. Por supuesto que había "lo otro".

-Me vas a sacar de este problema, ya que tú me metiste en él.

-¡Dale que eres pesado! Yo no maté a tu esposa.

-Mataste a Carla, y dejaste abierta la puerta del garaje. Muy mal, Fede, muy mal. No pensaste en las consecuencias.

-No tengo mente criminal.

-No tenías, más bien; porque eso va a cambiar.

-Escucho, aunque para saber cómo piensas.

-Ya lo veremos si es únicamente para aumentar tu bagaje cultural.

Alejandro sonrió con superioridad. Confiaba en que tenía a Federico en sus manos, y que éste no podría escaparse.

-Por tu torpeza, acudió la policía – continuó el rector-. Si no hubieras sido tan torpe, una ambulancia se hubiera llevado a Simón, el sábado. Y otra hubiera ido a buscar a mi esposa, quizá el jueves o viernes. La policía no la buscaría allí, y yo no iría a la casa hasta pasados unos cuantos días, y acompañado de amigos. Entonces, ante la sorpresa general, veríamos que ella estaba allí, y sin un auto. No me pasó por la mente que ella fuese a pasar el fin de semana en una casa que odiaba. ¿Quién podía suponerlo?

-Solamente quien te conozca bien. Es decir: nadie.

-¿Acaso no me has estropeado el plan?

-¿Qué pasó con el coche de Wanda? ¿Te lo llevaste del Apolo?

-Sí. Pensé que tú irías a buscarlo, para evitar que se supiera la

fecha del recibo del estacionamiento. Lo traje a casa, por si la policía lo encontraba, y había algo allí que te delatara. Lo llevé a limpiar a conciencia, y a un lugar bien lejos. Si la policía halla el lugar en donde lo lavaron, será gracias al Espíritu Santo.

-¿No querías que la policía supiera que yo estuve en la casa?

-Claro que no. Como te dije, la policía no metería sus narices en una muerte por exceso de alcohol. Eso sucede a diario, y ellos no intervienen. Pero no sabía que pensabas matar a Clara. Habría dos muertos, pero ambos con ataques al corazón. Sería una terrible coincidencia, que ambos se pasasen con las copas, y que sus organismos ya no aguantasen más. Una de esas casualidades que llaman la atención de la gente, pero no de la policía.

Federico se quedó pensativo. Vaya problema que él mismo se había buscado, por no pensar en su momento. Ahora, pensase lo que fuera, ya nada podía solucionar. Lo que restaba era ver cómo escapaba de aquélla.

-¿Cómo sabías que el auto de Wanda estaba en el Apolo? No me respondas. Nos seguiste.

Las posibilidades de que Alejandro supiera que el auto rojo estaba en Apolo eran: que Isabel se lo hubiese dicho, o que él vigilase a su esposa. La última no era posible, ya que Isabel dijo que su esposo la llamó para decirle que se había suspendido la convención, pero después de que estuvo con ellos en el Apolo. Los dos hombres llegaron juntos en el avión. No recordaba la hora, pero fue después de que ellos vieron a Isabel. En caso contrario, ella lo hubiera mencionado. Y no fue así, sino que iba a hacer tiempo en las tiendas, para luego verse

con Filiberto.

-No. Pero ella ha dejado su auto ahí, en cada ocasión. Si no estaba en la casa de Los Arcos, era seguro que estaba en el centro comercial.

Federico ya tenía la panorámica completa. Alejandro había buscado la ocasión varias veces, hasta que una le salió bien. Posiblemente fue a la casa tras Wanda, en anteriores ocasiones, y luego a ver dónde dejaba el auto. Se tomó su tiempo para no incurrir en errores. El único error lo cometió él, al matar a Carla. De no haberlo hecho, no estarían charlando en el gimnasio, ya que el rector jamás le mencionaría que supo que se acostó con su esposa. ¿Qué hubiera sucedido si él hubiera dejado de Carla descubriese que su amiga estaba muerta? Él hubiera alegado que pensó que dormía. No había señales de violencia, y la postura testificaba que murió durmiendo. Para no sufrir un escándalo, pudo decirle a Carla que trabajaba en la universidad, y que ella llamase a una ambulancia. Qué sencillo resulta todo, cuando se medita serenamente.

-¿Y qué puedo hacer?- preguntó, vencido.

-Sacarme del problemón. No sé cómo, pero imagino que hallarás la solución.

-No tengo ni idea de qué pueda hacer.

-Puedes buscar una cabeza de turco.

-¿Y por qué no lo haces tú?

-Por dos razones; una: que la policía me espía, y a ti: no. Y la segunda es que es tu trabajo, ya que metiste la pata. Haz lo que tengas que hacer, y culpa a quien se te ocurra, pero me sacas de esto.

-Para eso, debería matar a alguien, y de la misma forma que tú lo hiciste.

-No es mala idea. Y yo, como estaré bajo la lupa de la policía, y, siempre rodeado de gente, dejaré de ser sospechoso. Pues ya comienza, porque, como me acusen de asesinato, aunque no lo demuestren, tú vas conmigo.

-¿Aunque no lo demuestren?

-Ya con la pérdida de mi honor, por la pura duda, es suficiente.

-¿Tienes honor que perder?

Federico se puso en pie. Allí terminaba la charla. El profesor cavilaría lo que debía hacer, y se lo comunicaría. Alejandro le obsequió la sonrisa de la superioridad. No dudaba que el matemático ya estaba comenzando a resolver la ecuación. Si mató a Carla, por el temor a que ella descubriese su relación con Wanda, haría mucho más para no ir a la cárcel. Ambos sabían que así sería, aunque Federico no lo confesase. Por eso, el rector se veía feliz.

-No tardes en hallar la solución – le recomendó Alejandro-. Te espero mañana por la tarde, en… Yo te aviso.

-Mañana es viernes.

-No lo hubiera descubierto sin tu ayuda. Para mañana me tienes la respuesta.

Federico apresuró sus pasos. Alejandro le había estropeado el día, el año y la existencia. No, el rector no había sido, sino su mala cabeza. De nuevo, su raciocinio le recordó que debió haber recapacitado antes de actuar. ¡Qué buen raciocinio que le aconsejaba cuando ya no había remedio! Eso se lo hubiera dicho aquella mañana

de sábado. En su defensa hay que considerar que estaba aún bajo la influencia de los vapores etílicos, y su mente funcionaba poco y mal.

-Ahora debe funcionar a todo vapor, ya que no hay mucho tiempo – musitó, mientras caminaba por la senda bajo los frondosos árboles.

El cielo se había nublado, y amenazaba lluvia.

* * * * * * * * * * * * *

Aldo se despertó temprano. No había amanecido, cuando ya estaba en la ventana, mirando sin ver. Una pregunta le daba vueltas en la cabeza, además de los efectos del licor. Algo estaba mal, no encajaba, pero no sabía qué. Lidia dormía profundamente. De todas formas, dudaba que le ayudase a descubrir qué era lo que le molestaba. A ella, cualquier clase de licor le producía sueño, mientras que a Romualdo le daba dolor de cabeza, y malestar en el estómago. Sin embargo, ambos bebían todo lo que podían.

-La navaja.

Se palpó los bolsillos, y no notó la presencia de su navaja. Por culpa de la oscuridad, se le olvidó en la casa. La tuvo en la mano, cuando estaba agachado, lista a clavársela al tipo, si éste entraba en la sala. Pero el fulano se fue, y él la dejó en…

-La cocina.

Cuando se aprovisionaron de todo, la navaja quedó sobre la mesa de la cocina. No entendía cómo pudo olvidarla, si era su útil de trabajo. Con ella abría las casas, además de que le servía para sentirse seguro.

-De todas formas, pensaba hacerles una visita.

Estaba convencido de que en aquella casa habría algo de valor que pudiera llevarse. Quizá no joyas, ya que le parecía que era casa de fin de semana, pero los ricos siempre tienen algo para mostrar a sus amistades, aunque sea en la playa o el campo.

Ya estaba a punto de amanecer, por lo que era la hora ideal para regresar a la casa. Debía darse prisa, porque el sol saldría en cosa de una hora. Salió a la calle, para certificar que no había un alma. Antes de llegar a su destino, miró hacia la casa de enfrente. Dio un salto, y se colocó tras un árbol. La mujer que vieron en la noche, la que entraba y salía, caminaba por la acera, y se acercaba a la verja de su casa. Se detuvo, y miró hacia la otra, en la que se quedó su navaja. Dudó un segundo, cambió de rumbo, y se dispuso a cruzar la calle.

-¡Vaya mala suerte! – rugió Aldo.

Si la mujer tocaba, despertaría a los de la casa. Todavía no amanecía, y no había luz en las farolas de la calle, lo que indicaba que tampoco en las casas. Eso le ayudaría a que ellos no percibieran su navaja. Pero podían ir a la cocina, con una vela.

La mujer tocó, y se abrió la puerta. Apareció un hombre, que se apartó para que ella entrase. Ambos se metieron, dejando abierta la puerta. Al parecer, tenían prisa.

Aldo revisó ambos lados de la calle, y corrió hacia la casa. Introdujo la cabeza en la rendija de la puerta, y miró hacia dentro. Vio que la mujer estaba en lo alto de la escalera, con la vela en la mano. En ese preciso instante, el hombre llegaba por detrás, subiendo los peldaños de dos en dos. La mujer giró el cuello, al notar que el

hombre se hallaba muy cerca de su espalda. En ese momento, Aldo vio que él blandía un objeto grande. Lo dejó caer en la cabeza de la mujer. Ella dio un traspié, se le cayó la vela de la mano, y se derrumbó a unos centímetros del último escalón. El hombre se agachó a examinarla.

Aprovechando que el hombre estaba ocupado, revisando a la mujer, el ladrón se escurrió en el interior de la vivienda. Esperaría a ver qué sucedía, escondido en la cocina. Apenas entró, buscó la navaja. Lo hizo a tientas, porque el sol salía de detrás de los montes, pero no iluminaba Los Arcos. Sus dedos tocaron su herramienta, y se cerraron alrededor de ella. La guardó en el bolsillo.

Cuando se asomó al pasillo, de nuevo, vio que el hombre se alejaba rumbo al final del corredor superior. Recordó que allí estaba el dormitorio de los suspiros. De dos saltos se metió en la sala. Vería si conseguía algo de valor. Esperaría a que se fuera el fulano, ya que no se quedaría allí mucho, habiendo asesinado a la mujer.

Ya estaba amaneciendo, cuando Aldo escuchó el sonido de un motor en la cochera. El fulano se iba.

-Veré si hallo algo de valor, y a volar.

En eso tardaría menos de diez minutos. Comprendió que en la sala no había nada, por lo que se dirigió al primer piso. Allí debería estar la otra mujer, pues el sujeto que se fue no tuvo sexo con una almohada.

-Ellos guardan las joyas en sus dormitorios – dijo, para justificar arriesgarse tanto.

La mujer con la que el hombre se acostó podía estar arriba. O

quizá se había dio temprano, o incluso con él, en el auto. No era la que recibió el golpe, pues él la vio por la noche, en la casa de enfrente. No podía jurar que se trataba de ella, ya que estaba muy oscuro, pero lo imaginaba al haberse dirigido a aquella casa, aunque luego optó por la otra. De todas formas, eso a él le traía sin cuidado.

-Me da igual si es o no – decidió-. Y me importa un comino, por qué el tipo le dio el golpe.

Lo importante era ver qué conseguía arriba. Y si la mujer tenía la mala suerte de estar despierta… Apretó el mango de la navaja entre sus dedos, y crispó los dientes. Necesitaba dinero para irse a otro sitio, y no podía meterse en todas las casas de aquel residencial.

-Será mala suerte para ella – musitó.

CAPÍTULO VI

Federico, saliendo de la cancha de baloncesto, no fue a su casa, sino a un bar. Estaba de muy mal humor, y se le antojaba ver gente, en vez de su televisor o la pared de la sala. Quizá, si se tranquilizaba, se le ocurriría algo. Buscaría inspiración en los rostros de los demás clientes, los que ahogaban sus cuitas en los vasos. Normalmente, más que cuitas eran estupideces sin importancia, como que su jefe los odiaba o su mujer no los comprendía. ¡Qué baladíes se apreciaban tales problemas en comparación con ser acusado de asesinato! Pero la vida está llena de cuitas de poca envergadura, a la medida de quienes las sufren.

Para comenzar, la primera copa le dijo que no tenía salvación, y que su libertad estaba unida a la de Alejandro. Éste, si se veía perdido, le diría a la policía que Federico estuvo con su esposa, y mostraría la película. El matemático quizá podría demostrar que no mató a Wanda, pero no que no asesinó a Carla. No habría película del momento en el que le dio el golpe, pero alguien debió hacerlo, y él estaba allí. El elefante no se cayó de la repisa, para darle a Carla en la cabeza. Si se

hubiese caído, habría pegado en el peldaño. Alguien lo empuñó, aunque no tuviera huellas.

-Me freirán, si comprueban que yo estaba allí con Wanda, y que me quedé hasta la mañana. En tal caso, me cargarán a ambas.

Eso estaba claro. Una vez que él fuese sospechoso, las pruebas se sumarían, y no habría escapatoria. Por el momento, la policía no tendría idea de que él existía.

-Habrán determinado la hora de la muerte de Carla, pero no pueden saber que yo estaba ahí en ese momento. Ni siquiera saben que yo estuve con Wanda, porque me hubieran llamado a declarar. El único que me puede acusar es el hijo de… Claro que si él me acusa, entonces los demás abrirán sus bocotas, y…

Los testigos, los molestos testigos. Ni siquiera tendrían en mente a Federico, junto a Wanda; pero recordarían en cuanto les preguntasen. Incluso serían felices de aportar algo más de lo que vieron, y agregarían que él andaba tras ella, que la miraba con ojos lujuriosos. Así sucede siempre, cuando reclamamos nuestros quince minutos de gloria.

Pensaba en Nadia, Carlos e Isabel. Mientras no supieran otra cosa que Wanda murió de un ataque, no abrirían el pico; pero eso cambiaría en cuanto su nombre saliese a relucir. Le vieron con ella ese día. Isabel ubicaría a ambos en el auto del matemático, a una hora que era la propicia para ir a Los Arcos. Lo de que entró una llamada, y ella desistió, no era comprobable.

-Aunque no me agrade, debo ayudar a este… hijo…

Debía conseguir una víctima, alguien a quien colgarle el

asesinato de las dos mujeres. No podía ser un extraño, ya que la policía no se tragaría que la mujer hizo el amor con un desconocido, y dejó que le pusiera una inyección. Se necesitaba un móvil, y éste sería pasional. La policía, según Alejandro, andaba merodeando por la universidad, interrogando a todo el mundo. Habría alguno que diría que Wanda se acostaba con cualquiera, al menos con aquéllos que le gustaban. De ahí que ella se ocultaba lo más que podía, pues al esposo no le harían gracia sus aventuras.

A la policía nunca le preocupa si el sospechoso es inocente o culpable. Lo que importa es conseguir un responsable, para rebajar el índice de fracasos que dicen las estadísticas. Si él les daba a alguien, dejarían en paz a Alejandro, aunque supusieran que éste fue el asesino. Necesitaban una historia para la televisión, pues la esposa de un rector es alguien importante. Bastaba con que el cuento fuera creíble, y que alguien tuviera un juicio. Si le daban tres meses o cincuenta años, eso era asunto del juez. Ellos habían cumplido, y les importaba un comino que la justicia fuera tan laxa.

Con tales premisas, Isabel se le antojaba la víctima perfecta, y Herminio quien fuese a la cárcel. Él había pensado matar a Carlos, a Isabel y a Nadia, pero antes de saber que Alejandro regresó a buena hora. Ahora volvía a tener a Isabel en la mira, porque ella ofrecía lo que necesitaba: era amiga de Wanda, de Alejandro y esposa de Herminio, con lo que todo quedaba en el círculo. Además cumplía con otro requisito: ser mujer, como las otras dos asesinadas. El culpable sería Herminio, ya que sobre él se podía elaborar una buena historia: amante de Wanda, fue despedido por ella, y, molesto, planeó

asesinarla. Luego, su esposa supo que mató a Wanda, y se vio obligado a silenciarla. No había nadie que llenase el perfil como ella para víctima, y su marido como asesino.

Como no había testigo que vio al asesino, o la policía ya lo hubiera atrapado, tanto valía Herminio como otro. Estuvo en casa con su esposa, pero ella no declararía a su favor. Sus hijos quizá, pero él pudo abandonar la casa en la madrugada, y regresar temprano.

-No antes de las nueve – pensó.

Si mató a Carla, eso le situaba en Los Arcos por la mañana. Pero, en fin, que posiblemente se levantaron tarde, por ser domingo. La única que podía fijar la hora era Isabel, y ella…

-Pobrecita – dijo-. Era muy amiga de Wanda, por lo que es la afortunada.

La tercera copa le cambió el humor, y dejó de pensar en lo que debía hacer, y recordó a Wanda. Tuvo mal fin la pobre. La mujer no conocía bien a su esposo, para saber que no era de los que no se divorcian, porque eso es malo para su reputación. La viudez es socialmente correcta, mientras que el divorcio habla de fracaso. Tal estigma no le conviene a alguien de su posición. Si Wanda hubiese considerado esto, no le habría ornado la frente, o hubiera estado muy preocupada de cuidar el pellejo.

-Debería pagar lo que hizo – pensó.

Pero los inteligentes, los poderosos, los que tienen relaciones, no pagan sus crímenes. Los que llenan las cárceles son los pobres, los marginados, los que no tienen padrinos. Los ricos se valen de buenos abogados, y de amistades, para no ir a prisión.

-Hijo de su…

Ya no bebería más, porque no iría a trabajar, y Alejandro sospecharía algo. Podía ponerse nervioso, y eso no convenía. El rector debía sentir que él era su aliado, su cómplice, porque ambos estaban en el mismo barco, y les perjudicaría por igual si se hundía.

-Si le echo la culpa a Herminio, seré un hijo puta, pero libre. Incluso, al compartir un terrible secreto, es posible que ascienda en la universidad.

Pidió un trago más, aunque se había prometido que el anterior sería el último. Pero lo necesitaba para acariciar la cátedra que ambicionaba. Terminado éste, se iría a casa.

Media hora más tarde, subió a su automóvil, y se dirigió a su casa. Conducía lentamente, pensando en lo que debía hacer, y que fuese lo antes posible. Al día siguiente se lo expondría a Alejandro, y vería si entre sábado y domingo solucionaba el asunto.

Sin pensar, frenó, porque se acercaba al cruce de dos avenidas. El semáforo estaba apagado, y no sabía si le tocaba pasar, o cedía el turno a los demás. Miró a los lados, y vio que las tiendas tenían iluminaciones mortecinas, de velas.

-Los constantes apagones. ¡Vaya gobierno de mierda que tenemos¡ ¡Los apagones!

Se quedó absorto en el semáforo, hasta que escuchó pitidos tras él. No todos tenían su paciencia.

-Ya voy, ya voy. ¡Los apagones! – soltó una carcajada, y pisó el acelerador.

Ni se fijó si venían autos a su derecha o izquierda, y se lanzó por

la avenida, como loco, riendo a mandíbula batiente.

-¡Benditos apagones! – exclamaba constantemente.

* * * * * * * * * * * * *

Aurelio estaba encerrado en su cuarto. Últimamente se había convertido en un anacoreta. Compró revistas y periódicos que versaban sobre el asesinato de Carla, además de sobre la muerta de Wanda. El joven estaba en una disyuntiva que no conseguía aclarar. ¿Debía acudir con la policía o no?

Conocía la casa de Los Arcos, pues había estado allí tres veces. Recordaba a Simón, el vigilante de la entrada. Y le había puesto el ojo encima a Carla, la vecina de enfrente, que estaba muy buena. Como Aurelio se había asignado la tarea de acostarse con cuanta mujer de buen ver se cruzase en su camino, se fijó bien en la vecina. No pasó de eso, pero sí la conocía, aunque de lejos.

Posiblemente su encanto habría encontrado un enorme muro ante él: el dinero de quien pagaba la casa. No basta, en muchas ocasiones, con ser guapo, si la belleza es lo único que puedes ofrecer. Y Carla no se abobada con los adonis, sabiendo bien que sudar con éstos no pagaba sus caprichos. No hubiera conseguido nada, a no ser que “él” hubiese dicho que aquel fin de semana no iría, y la joven se hallase con la hormona soliviantada. Pero a saber qué fin de semana era el propicio.

El dilema de Aurelio radicaba en decidir si esperaba, o no, a que la policía fuese a buscarle, ya que algún envidioso les diría que él andaba con Wanda. No faltan cabrones que rumian la venganza por

haber fracasado donde él triunfaba.

-Mi padre me mata.

Eso era seguro. Su padre era un político de mediana categoría. En principio, a él no le preocupaba si su hijo se acostaba con medio mundo, incluyendo la esposa del presidente. Él tenía una querida conocida por todos, sin descartar a su esposa e hijos, y le importaban un comino las críticas. Pero un asesinato. Eso era muy distinto.

Si él, Aurelio, estuvo con Wanda aquel viernes, pudo ser quien asesinó a Carla. Razones le sobrarían a la policía, porque ellos eran muy duchos en inventar lo que fuese, con tal de resolver un caso. Y se salvó de ir con ella, porque apareció el otro. Porque hubo otro, ya que su esposo no estuvo con ella en Los Arcos. Los periódicos dijeron que estaba sola, cuando sufrió el infarto. Eso no se lo creía Aurelio.

-Quien sea, la mató follando – dijo, con envidia.

Eso sucedió, y el esposo no estaba allí. Por tanto, si alguien le señalaba como quien pasó la noche con ella, o al menos una parte, estaba perdido. Él asesinó a Carla, con motivos o sin ellos.

-Pero tengo coartada.

La tenía, ya que estuvo con una amiga hasta las doce, luego en un bar, con amigos, hasta las tres, y llegó a su casa a las seis, tras unos tragos más en un parque. Por tanto, él no fue a Los Arcos.

-Pero ella debería confirmar que le estuvimos dando en un motel.

Ahí estaba el problema. “Ella” era hija de otro importante. Él también, pero no es lo mismo hija que hijo, y el escándalo depende del sexo. No podía enfangarla. Pero no era necesario, ya que en una revista, el reportero decía que Carla murió por la mañana. Y él estuvo

desde medianoche hasta las seis con los amigos. Cuando llegó a su casa, no se tenía de pie, por lo que no pudo ir a Los Arcos.

-Lo lógico es que vaya con la policía – decidió.

Lógico sí, pero muy poco sensato. Si ellos no le buscaban, ¿a qué meterse en la boca del lobo? A su padre le importaba un comino si se acostaba con al esposa del rector o con todo el cuerpo docente (el femenino), pero no le gustaría que su nombre apareciese en un periódico, asociado con un asesinato.

-Me parece que lo voy a pensar un poco más - decidió.

* * * * * * * * * * * * *

Era viernes al mediodía. Federico acababa de dar su última clase, por lo que tenía libre el resto del día. Subió en su auto, y se dirigió a la calle Santoña. Allí vendían todo tipo de aparatos eléctricos y electrónicos. Entró en una tienda, y, durante unos minutos, el empleado le mostró algunos artículos. No compró ninguno, y regresó a su automóvil. Antes de meterse en el vehículo, hizo una llamada desde su teléfono portátil. Teófilo estaba trabajando, por lo que podría atenderle unos minutos.

Enfiló hacia la autopista del aeropuerto. Su destino era éste. Dejó el coche en el estacionamiento, lo que le costaría, por una hora, como tres copas en un bar, y fue en busca de su amigo. Estaba en su despacho. Le recibió con un abrazo, y preguntó:

-¿En qué puedo servirte?

-En darme la información de un vuelo.

-Eso es confidencial.

-Para escuchar eso habría llamado por teléfono, y una voz metálica me lo hubiera dicho. He venido a ver a un amigo. ¿Lo conoces?

-Dime en qué te puedo ayudar.

Eran las tres de la tarde, cuando Federico se metió en una droguería. Eligió una lejos de su casa, en donde también trabajaba un conocido. De allí salió con un pequeño paquetito bajo el brazo.

-Y ahora… ¿qué tal si llamo a Isabel, y quedamos en algo?

Así lo hizo, y la mujer le dijo que no podían darse ni un ligero agarrón aquel viernes, pues su esposo planeaba salir a cenar. De que ella tenía ganas no había duda, pero debían esperar a otro momento.

-¿No tiene plan para este sábado? – preguntó él.

-Creo que no. Dijo que saldríamos a correr un rato, y pensaba invitar a unos amigos a tomar la copa.

-Lo dejamos para… Me avisas.

-Por supuesto. ¡Qué más me gustaría, pero no es posible!

Ella no era impetuosa, como Wanda, aunque sí de las que gustan de las repeticiones, como si no se hubiesen enterado bien de lo anterior. Pero acostumbraba dejar reposar, y eso se agradecía.

Federico no tenía ganas de ir a casa, y comer allí, por lo que fue a un restaurante argentino, de los de churrasco y chimichurri.

-Como si fuera mi cumpleaños. Es que voy a volver a nacer – dijo.

Sentado ante el jugoso filete, llamó a Alejandro. El rector respondió de inmediato. Se notaba que esperaba la llamada a su teléfono portátil, además de que había registrado el número de “su

socio".

-Tengo que verte. No sé, pero debe ser hoy. Te escuché que tenías prisa.

Lo bueno de los teléfonos es que no tienen aún sistema de televisión, en el sentido de que se vean los interlocutores. No tarda, pero todavía está en estudio. Si el rector hubiese visto la expresión risueña de su cómplice, habría entendido que se burlaba de él, y que todo lo que seguía era una mentira.

-De acuerdo. ¿A qué hora y dónde?

-Yo diría que a las siete en el bar Venecia. ¿Sabes dónde es?

-Sí, lo sé. No me cites para decirme que no harás nada.

-Todo lo contrario, pero necesito tu colaboración.

-No sé en qué pueda ayudarte. Ya te dije que yo no meto las manos en esto.

-Es otro tipo de ayuda. Te lo explico, y verás que no te cuesta nada. ¿A las siete?

-A las siete. Nada de bromas, Federico.

-Ni una, socio.

El matemático le guiñó un ojo al teléfono. Se le notaba contento, y eso que solamente había tomado un poco de vino con la comida. El camarero le recomendó que eligiese aquel tinto, ya que era el mejor del mundo. Federico asintió, si bien sabía que era un caldo pampero, y no un producto de Borgoña. También el camarero era argentino, de manera que la alabanza al vino era un deber patriótico, y no debida a los premios internacionales que hubiera ganado el tintorro.

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

Estaban en la solitaria terraza del restaurante-bar Venecia. Federico había ido a su casa, a cambiarse de ropa, y luego se dirigió a la cita. Alejandro llegó muy informal, como si fuese a correr en vez de a tomar unas copas. Como no había aún nadie en la terraza, y el camarero se fue después de servirles, Federico explicó su asunto sin ninguna precaución. Se trataba de asesinar a Isabel, y culpar a Herminio. Alejandro escuchó boquiabierto, aunque sumamente interesado.

-¿Por qué ella? – preguntó el rector.

Federico le explicó su razonamiento: de que no podía ser un desconocido, y que Isabel, por la proximidad a Wanda, cumplía los requisitos. A Alejandro, tras un periodo de análisis mental, resolvió que era una idea acertada.

-Sabía que tú lograrías la solución. Tienes mente perversa.

El profesor se sintió tranquilo, al percatarse que Alejandro estaba satisfecho. Faltaba la realización, pero comenzaban bien, ya que el plan tenía futuro.

-Tú mataste a tu esposa, y consideraste que le hacías un favor. ¿Quién es más perverso de los dos?

Alejandro esbozó una sonrisa. Él había planeado el asesinato de su esposa, y en ningún momento le pareció que hacía mal. Si ella lo engañaba, no esperaría a que la justicia divina la castigase. Probablemente Dios estaría muy ocupado con asuntos de mayor entidad, y no repararía en el pecado de Wanda. Últimamente no hay rayos justicieros. Antes tampoco, pero la gente creía que sí. Por tanto,

y ya que el divorcio le perjudicaría, la solución era profiláctica, como extirpar un tumor maligno. A ella no la echaría en falta nadie, a no ser sus amantes, y en tanto que no tuviesen otra cosa. En cambio, él no podía ser expuesto al ridículo, y eso no tardaría si la disoluta seguía en sus trece. Un somero análisis concluiría que, con la muerte de ella, al menos uno salía ganando, mientras que todos perdían si ella no cambiaba de comportamiento. Algo así como matar judíos en favor del futuro de la patria.

-Yo no hubiera pensado esa trama – aceptó-. ¿Cuándo? Debe ser pronto, ya que la policía me está presionando.

-¿Este fin de semana? Me debes ayudar con Herminio.

-¿Haciendo qué?

-No debe tener coartada. Nadie debe verle, o estar con él. ¿Cómo haríamos eso?

A pesar de que había dicho que no intervendría, Alejandro, satisfecho con el presunto asesinato de Isabel, cambió de parecer. Además, era lógico que él se encargase de Herminio, al ser su superior. Federico no podría.

-Yo me encargo – ofreció-. Puede ir a alguna parte, en donde no tenga coartada. Veré que el regreso coincida con lo tuyo. Me avisas de cuándo harás tu trabajo.

-Trabajo no es un nombre que me guste.

-Dale el nombre que quieras.

-¿Qué tal mañana? Dijiste que cuanto antes.

-Si estás listo, sería fabuloso. Eso me evitaría muchos dolores de cabeza. No creí que te decidieses tan pronto.

-Me urge salir de esto, tanto como a ti. Si tú puedes encargarte de Herminio, sin levantar sospechas, yo estoy listo.

A Alejandro se le iluminó el semblante. Ya no tardaría la orden de exhumar a su esposa. Enviarían algunas muestras de tejidos a Estados Unidos, y daría positivo, con lo que ya podían montar el caso. Eso tardaría un par de semanas, tres como máximo. Castillo convencería a todo el mundo de su culpabilidad, y aunque se librase, con la muerte de Isabel, su nombre quedaría enlodado. Si la asesinaba el siguiente fin de semana, las pruebas estarían en el laboratorio, y el análisis no se detendría, y siempre quedaría una duda. En cambio, si Isabel moría aquel mismo fin de semana, él se opondría firmemente a la exhumación, y Castillo debería olvidarla. Haría lo que fuese para llevarse a Herminio el día siguiente.

-Perfecto. Yo buscaré algo que él haga en esas horas.

No contaba con que Carlos Díaz efectuaría el examen en cuanto el cuerpo estuviera fuera de la tumba. Si daba positivo, no enviarían nada a Estados Unidos. Era más urgente, aunque él no lo supiera.

-Me parece que podremos vernos el sábado a eso de las siete. Yo me encargo de ella – ofreció Federico-, y tú de que Herminio llegue a la ciudad más o menos a esa hora, para concederme la oportunidad.

Alejandro pensó en la manera de enviar a Herminio lejos, y que regresase a esa hora. Se le ocurría que podría ir a El Sauzal, en donde tenían un instituto, supervisar algo, y regresar a las siete, para informarle.

-¿En dónde…? – Alejandro dudó en emplear la palabra proscrita-. ¿Dónde piensas matarla?

-En mi casa. Es el lugar idóneo.

-¿No te parece arriesgado?

-Considerando que nadie sabe que ella y yo… - hizo una mueca-. ¿Lo imaginabas?

-No. No tenía ni idea. Así que te entendías con ambas.

El rector no lo dijo con ira, sino con asombro. Mencionaba a su esposa como si se tratase de otra persona. Es de imaginar que, para asesinar a alguien, hay que eliminar todo sentimiento de afecto, y él hizo ese ejercicio antes de planear la muerte de su mujer.

-Más bien con ninguna. Con Wanda fue una casualidad. Isabel vino a mí, ya que me vio con Wanda la tarde de…

Los dos hombres se quedaron en silencio, y se miraron intensamente, tratando de saber lo que pensaba el otro. Ambos coincidían en tener en la mente a Wanda. Federico pensaba en ella como la pobre mujer que se equivocó de marido. Alejandro consideraba que ella se lo buscó, y lo que halló no era desproporcionado para lo que le hizo.

-Me esperas a que salga, y me ayudas a meterla en el portaequipajes de mi auto – pidió el matemático.

-No, amigo, yo no te ayudo en nada. Tú te encargas de todo eso.

-Bien. Nos vemos una vez que el asunto esté acabado. ¿O tampoco eso?

Alejandro meditó un segundo. Luego, preguntó:

-¿Para qué?

-Para que seas mi coartada. Y yo la tuya. Vienes a mi casa, cuando yo termine, y charlamos un rato. A esa hora debe llegar

Herminio, y te llamará por teléfono. Le dirás que estás conmigo. Y si la policía pregunta, ambos daremos la misma versión.

-Bueno… Y después, aunque sigas en la universidad, preferiría no tener contacto contigo.

-¿Crees que yo quiero ser tu mejor amigo?

-Me importa un comino. Mañana temprano, pasas a buscar la toxina.

Ya que no había nada más que tratar, y a ninguno le gustaba la compañía del otro, decidieron, sin ponerse de acuerdo, que lo mejor era pagar e irse. Federico le cedió el honor a Alejandro, con la simple acción de ponerse en pie y dar media vuelta.

* * * * * * * * * * * * *

Cuando Aldo supo que el hombre se había ido, comenzó a revisar la sala, en busca de algo que llevarse. Pero no halló objetos de valor. Había algunos cuadros, que él no podía definir si eran caros o no, y, además, molestaría tanto el volumen como el peso. Sigilosamente, fue hacia la escalera. Posiblemente las joyas estarían arriba, en la habitación principal. Consideró que la mujer podía seguir allí, para su mala suerte. Si escuchó que dos tenían sexo, y uno se había ido, la otra mitad quizá continuaba en la casa. Y no le parecía que fuera la que se encontraba en el suelo, con el golpe en la cabeza, porque a ella la situaba en la casa de enfrente.

Subió la escalera, listo a registrar la habitación principal. La luz ya entraba por las ventanas, lo que le aconsejaba que se diera prisa. Luego vería cómo escapar. Por la parte de atrás había una valla no

muy alta, que daba a otra casa. Y podía jurar que no estaba ocupada. O quizá la de al lado. Eso lo decidiría luego, cuando tocase escabullirse.

Pasaba junto a la mujer tendida en el suelo, cuando vio que ella se incorporaba. Carla llevó ambas manos a la cabeza, y movió ésta, para certificar que todavía estaba pegada al tronco. Sentada, intentaba recuperarse, antes de ponerse en pie. Aldo se detuvo ante ella. Ambos se miraron. Carla no entendía qué hacía aquel tipo allí. Por la ropa se percibía que era un vagabundo, lleno de mugre. Y olía mal, como a desagüe.

Romualdo no esperaba que ella despertase. Pensó que estaba muerta. Eso mismo le pareció a Federico, neófito en tomar las pulsaciones o comprobar signos vitales. Sus nervios le traicionaron, haciendo que no sintiese los latidos de la mujer, porque se superpusieron los suyos, mucho más sonoros. Le hubiese encantado saber que Carla estaba viva cuando él se fue. Por la expresión del rostro de la mujer, Aldo dedujo que pensaba gritar.

El ladrón se agachó, con gran rapidez, cogió el elefante, y descargó un terrible golpe en la cabeza de la mujer. Ella lanzó un grito, y cayó de espaldas. El cráneo de ella, al chocar con el suelo, produjo ruido de algo duro que se quiebra. Eso anunció que el segundo golpe que recibió fue mucho más violento que el primero. También la postura del joven, piernas abiertas y el brazo extendido, daba a entender que le propinó un porrazo con todas sus fuerzas. Y Carla dejó de respirar.

Aldo avanzó hacia la habitación. Se detuvo en medio del

corredor, y dio media vuelta. Ya era mucho riesgo, y lo mejor sería que se fuera, reconociendo que era un día de mala suerte. Bajó dos escalones, y volvió a detenerse. Miró hacia la mujer, concretamente al elefante que estaba a su lado. Regresó y lo cogió. No lo hizo por el valor, sino porque tenía sus huellas. Si no quiso dejar la navaja, menos aquel artefacto. Su mente estaba obnubilada, por la resaca, pero aún colegía que sus dedos en el arma homicida acusan mucho más que unas huellas en la sala. Éstas hablaban de allanamiento, y las otras: de homicidio. Había cierta diferencia.

-Nos iremos esta misma noche – decidió.

Aprovecharían la oscuridad para abandonar Los Arcos. Mientras, se esconderían en la casa en la que estaba Lidia. Él no imaginaba que, pronto, el residencial se llenaría de patrullas, y se les dificultaría la fuga.

* * * * * * * * * * * * *

Isabel, en cuanto Herminio le comunicó que el sábado tenía que ir a El Sauzal, hizo planes para pasar la tarde. Llamó a Federico, y le dijo que podían verse.

-A las cinco – propuso éste-. Es que a las seis y media tengo un compromiso.

-¿Una mujer?

-¿Después de estar contigo? Necesitaría un milagro, o vitaminas para caballos.

Isabel sonrió. Le agradaba que Federico quedase satisfecho tras la sesión con ella. Ya que Herminio era de carrera corta, y se fatigaba

con el primer trote, y Filiberto se cuidaba, porque luego su novia le pasaba a la báscula, o al espermómetro, le venía bien Federico, pues éste no tenía excusas. Ella prefería al musculoso entrenador, porque, si cerraba los ojos para no ver su rostro, era como estar con Superman. Luego, cuando los abría, se topaba con Clark Kent, medio apocado y nada ingenioso, pero ya había culminado el encuentro, y lo que valía era el resultado. Federico tenía más recursos e imaginación, pero nada de músculos. En realidad eso no importaba mucho, ya que no debía levantar pesas, pero a ella le agradaba sentir bíceps y tríceps.

-De acuerdo- dijo ella-. De cinco a siete.

Parecía que estaría en el cine, por lo del horario. Isabel era muy meticulosa con las horas, aunque, una vez en la cancha, le costaba despegarse de Federico, y siempre se pasaba unos cuantos minutos.

-Bien.

Federico se sirvió una copa. Aún no era el mediodía, y ya estaba bebiendo. Pero los nervios estaban desquiciados, y necesitaba alcohol para contenerlos. En cinco horas…

-Soy un miserable – dijo.

Lo era, de eso no había duda. No tenía otro remedio, si no quería pasarse la vida en la cárcel. Jamás le había pasado por la mente la idea de un encierro. Lo más cerca que había estado del peso de la ley fue una multa por exceso de velocidad.

* * * * * * * * * * * * *

Alejandro llamó a Lorenzo Valbuena, para decirle que concedía el permiso para exhumar a su esposa. Debería ser el martes, porque él

quería estar presente. Inventó que el lunes no podía, por una junta muy urgente en la universidad, y que el fin de semana aún menos. El fiscal aceptó, ya que eso le evitaba ir con un juez, o tener problemas con el alcalde. No daba igual un día u otro, pero la diferencia, en este caso, no era mucha.

El rector se concedía esos días, con la esperanza de que Federico cumpliera lo prometido, y le librara del problema. Si mataba a Isabel, y la policía tenía en qué pensar, olvidarían la exhumación de su esposa. Además, Federico le serviría de coartada. Él no estaba en la mira de la policía, pues ni imaginaban que tuvo algo que ver con Wanda. No lo considerarían cómplice, ni que encubría al rector.

Herminio no protestó, cuando le pidió ir a El Sauzal. Desde la muerte de Wanda, el catedrático de economía estaba a completa disposición de su jefe. Entendía que él no tenía ánimos para acometer algunas acciones desagradables, como una auditoría a aquel plantel. Además, Santamaría era experto en cuentas, y parecía que las que presentaba el director no estaban nada claras. Era sábado, pero él aceptó de inmediato.

Alejandro estuvo muy nervioso aquella tarde, y salió varias veces de su casa. Además de dar paseos, eso le servía para ver si le seguía algún detective. Después de varias vueltas, pensó que no. Al dar su consentimiento para la exhumación, le dejarían en paz hasta el martes. No imaginaban que, durante el fin de semana, alguien podía morir de lo mismo que Wanda y Simón. La falta de imaginación ayudaba al rector con su plan.

Veinte minutos antes de las siete, fue a casa de Federico. Se

apostó enfrente. En sus manos tenía lista una cámara de cine. Una sonrisa vil anunciaba que grabaría lo que viese, para usarlo, si era necesario, contra el matemático. Lo enviaría a la policía si éste se salía de control. Había percibido que no se resistió mucho, y eso entrañaba misterio. Nadie acepta asesinar a alguien, con una sonrisa en los labios. Quizá Federico tramaba algo, y la grabación serviría para asegurarse de que no lo podría llevar a cabo.

Cerca de las siete, Federico salió de su casa, vestido con pants, y cargando una alfombra. Parecía que pesaba mucho, ya que el hombre hizo varias paradas antes de llegar a su auto. Cuando apareció en la puerta, antes de sacar la alfombra, miró a ambos lados de la calle. Se aseguró de que estaba solo, e inició el trayecto. Con gran esfuerzo, metió el tapiz en el asiento trasero, ya que no cabía en su portaequipaje. Alejandro grabó todo, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Te tengo, miserable – gruñó-. Si me culpan del asesinato de Wanda, te vas a enterar.

Federico subió a su auto, y se alejó de la casa. Alejandro corrió al suyo, para perseguirlo. Cuando quiso avanzar, sintió que algo extraño ocurría. Salió del coche, y vio que una rueda estaba muy baja.

-¡Mala suerte! - gruñó-. No podré seguirlo, pero tengo la grabación.

Se puso a cambiar la rueda. Era parte del plan: no alejarse mucho de la casa de Federico, para que éste le sirviera de coartada. Cuando estaba cambiando la rueda, pasó Remigio Valcárcel, profesor de literatura. Le ofreció su ayuda, pero Alejandro le dijo que ya estaba terminando. Antes de que el profesor se fuera, le mencionó que iba a

ver a Federico, para tratar sobre el plan de estudios. Y le preguntó la hora:

-Siete y cuarto – dijo Remigio, antes de alejarse.

Alguien le había visto a esa hora, cambiando la rueda de su auto, y cerca de la casa de Federico. Eso y el testimonio del profesor de matemáticas serían suficientes para establecer una coartada.

Sonó su teléfono portátil. Vio que era Herminio. Ya estaba de regreso. Respondió.

-¿Dónde nos vemos? – preguntó Herminio.

-En… ¿Te parece bien tu casa? Yo la prefiero.

-Me parece perfecto, ya que estoy en ella, y vengo muerto. ¿En qué tiempo?

-Dame una hora. No puedo antes. Estoy con Federico Montero, en su casa, revisando el plan de estudios para el semestre.

-De acuerdo. Aquí te espero.

Herminio se quedó pensativo. Alejandro estaba muy raro, ya que jamás revisaba planes de estudios un sábado, y menos en casa de alguien. Y le había enviado a El Sauzal a nada, porque lo de los gastos excesivos, y que el director se embolsaba recursos, estaba sólo en su mente. Le disculparía, puesto que su enajenación se debería a la muerte de su esposa. Le estaba afectando, aunque con cierto retraso. No a todo el mundo le abate del mismo modo, y con igual intensidad. Si él perdiese a Isabel, posiblemente estaría como zombi durante mucho tiempo. Y eso que contaba con sus hijos. Alejandro, en cambio, no contaba con tal apoyo, y la soledad no es una amiga.

Acababa de cerrar el teléfono portátil, cuando vio que Federico

regresaba. Pasó ante él, y se dirigió a su casa. El rector subió a su auto, y se dirigió al mismo sitio. Ambos llegaron a la casa a la vez. Federico entró en su morada, dejando abierta la puerta. El rector se adentró sin demora. El matemático lo esperaba en la sala, y tenía cara de malhumor.

-¿Quieres una copa? – le preguntó a Alejandro, en tono duro.

Federico ya tenía una en la mano. Estaba sobre la mesa del comedor, y únicamente tuvo que agregarle licor. Sin esperar respuesta, cogió un vaso, le puso hielo, y luego ron, y se lo ofreció al rector. El suyo no tenía complementos, sino puro alcohol.

-Échale refresco a tu gusto – dijo el anfitrión.

-Normalmente no tomo alcohol, aunque… una no me vendrá mal.

Alejandro le puso mucho refresco de una botella que había sobre la mesa. Federico se dirigió a la sala, en donde se sentó en el sofá. El rector fue tras él, y se acomodó en un sillón.

-¿Cómo fue todo?

-No me gustaría dar detalles. Diré que bien, y eso es todo.

Federico metió la cabeza entre ambas manos, y estuvo así unos segundos. Alejandro le dio un sorbo a su bebida. Entendía que no era nada sencillo matar a alguien y luego charlar como si nada. Pero se trataba de su seguridad, salvarse de la cárcel, por lo que él no se sumaría a la desolación del matemático.

-Ella no se lo esperaba – dijo Federico-. Le puse la inyección, sin que se diera cuenta.

Federico levantó el vaso, invitando a Alejandro a beber. Después

de que ambos dieron unos sorbos, el profesor dijo:

-Ella bebió un poco. Ya sabes que no le gusta. Yo no confiaba, por los nervios, en que haría efecto, por lo que tuve que golpearla con… -miró hacia un lado, hacia la cocina.

El rector sintió un escalofrío. Lo de golpearlas se le había hecho costumbre al matemático. Tras eso, el caso de Isabel se parecería al de Carla, en vez de al de Wanda. No le gustaba mucho.

-La metí en la alfombra, y también el martillo. Limpié mis huellas.

Federico apuró su copa, y se puso en pie. Miró a Alejandro, y le pidió la suya. El rector aún no la terminaba. No tenía prisa por emborracharse. Le dio un sorbo, y vio que aún le quedaba otro trago. Negó con la cabeza. El matemático fue en busca de su copa. Cuando regresó, se puso ante el rector, y levantó la copa.

-Un brindis – propuso-. Por los hijos de puta.

-Brinda tú solo. Yo no soy un…

Alejandro cerró los ojos. De pronto sentía algo raro. Miró a Federico, y percibió una extraña mueca en la boca de éste. Por si no lo descifraba, él profesor le dijo:

-Te voy a contar una historia, Alejandro.

Federico fue al sofá, se tumbó en él, y dejó la copa sobre la mesita. El rector abría y cerraba los ojos, intentando aclarar las imágenes que tenía ante sí. Notaba que se mareaba, pero no mucho, simplemente un vahído, pero la vista sí la sentía bastante borrosa.

-¿Qué me has dado?

-Una especie de narcótico, que no es somnífero. Te paraliza los

nervios, durante más o menos media hora, pero permaneces despierto. Imagínate una anestesia parcial. Así que me daré prisa en mi relato, para terminarlo antes de que te puedas mover. Verás que es interesante. He comprado ese producto en una droguería. Y me dijeron que era muy efectivo. ¿Me han engañado?

-¿Qué piensas hacer?

-Matarte. ¿Qué crees?

Federico puso toda la intensidad posible en su mirada. Alejandro dejó caer el vaso al suelo, e intentó levantarse. No pudo moverse.

-Paraliza los nervios, primordialmente las extremidades. No te hará nada en el cerebro, para que puedas escucharme bien.

-¡No puedes matarme, cabrón! Te he grabado sacando a Isabel.

-¿Y tú les vas a entregar la grabación a la policía? Tu cámara está en tu auto, y éste en la puerta de mi casa.

El profesor lanzó una carcajada. El rector le miró con odio, y con total impotencia. Por supuesto que él no iría a llevarles la grabación a la policía.

-En el caso de que la llevases – prosiguió Federico-, y se tomasen la molestia de ir en busca de la alfombra, la hallarían en el depósito de cosas inservibles. No hay nada dentro, Alejandro. ¡Lástima que no pudiste seguirme!

Alejandro volvió a intentar incorporarse, pero no sentía las piernas. Federico se puso en pie, y fue hasta un pequeño mueble, de donde sacó un envoltorio. El rector vio cómo aparecía un frasco que le parecía conocido. .

-La Foliatoxina. Te la aplicaré, y morirás en cosa de unos

minutos. Pero antes… ¿no quieres preguntarme algo? Por ejemplo, ¿quién desinfló la rueda de tu auto?

-¿Fuiste tú?

-Por supuesto. Salí por detrás, di un rodeo, y, mientras estabas interesado en filmar la casa, te bajé la rueda. No quería que me siguieras. No creo que mirases el interior de la alfombra, pero me pareció conveniente no darte esa oportunidad.

-¿E Isabel?

-Salió por detrás, a eso de las seis y diez. Ya tiene costumbre. No quiere que la vean entrar en mi casa, y tampoco salir. ¿No lo consideras razonable? Se podría molestar Herminio. No todos aceptan las infidelidades de su esposa como tú.

-¡Hijo puta! Pero la policía verá la grabación que tengo en casa.

-La verán, pero no a mí. Creo que sí tengo una Coca Cola por ahí, sin esa droga. Es que a mí no me gusta el ron solo. Mientras voy a buscarla, piensa por qué la policía no verá la grabación. Para comenzar, ¿a qué hora llegaste aquel viernes?

Federico fue a la cocina, y regresó con una Coca Cola que agregó a su ron. Alejandro estaba agarrotado contra el sillón. En su rostro se leía que había entendido lo que Federico le proponía.

-No fuiste a Los Arcos, porque tu avión llegó a las siete. Nosotros ya estábamos en camino. Por tanto, no pudiste poner la cámara.

-La cámara estaba puesta desde siempre – respondió Alejandro.

-Y quizá también los sensores. Pero no había luz eléctrica. Y eso no lo supiste hasta que fuiste, pero horas más tarde. Nosotros llegamos sin luz, y yo me fui antes de que regresase ésta. Imagino que eso lo

descubriste después, pero ya nada podías hacer. Tus famosos sensores de movimiento no tuvieron energía para funcionar. Y si tu cámara se activa con los sensores, no creo que grabó mucho.

Alejandro miró al suelo. Él ya lo sabía. Cuando llegó a la casa, vio que no había luz eléctrica, y que la cámara no había grabado nada. Quiso grabar entonces, pero llevaba una máscara de gas, para no ser afectado por el narcótico que esparció, y se le dificultaba. Lo intentó acercando la cámara al rostro de Federico, pero vio que ya no tenía batería, por lo que el aparato no funcionaba. Entonces, se fijó en las cortinas. El aire las movía, y la cámara estuvo grabando una habitación vacía, durante días. Era palmario que la suerte no estaba su lado, en aquella ocasión.

-Grabé yo, cuando llegué – dijo, como último recurso.

-Me arriesgaré. Me mentiste antes, y ahora quieres componerlo. Me arriesgaré, Alejandro. La cinta estará en tu casa, y quizá la policía no la registre, porque te encontrará en un bosque, en el que sufrirás un fatal accidente. ¿Qué podrían hallar en tu casa?

El rector recordó que, al ver que no lograría una película, le urgió matar a Wanda, retirar los sensores, la cámara e irse. Su cerebro, obnubilado por la furia de ver a su mujer con Federico, no funcionó nada bien. Le puso la inyección a ella, en el talón del pie derecho, el que sobresalía de la sábana, cogió sus cosas y se fue. No tenía evidencia contra Federico, por lo que la muerte de Carla no le sería imputada.

-Así que eso es todo, amigo mío – dijo el profesor-. Ahora te pondré una inyección, y nos iremos a dar una vuelta.

Federico se levantó, abrió un cajón del mueble de la sala, y sacó unos guantes. En la mesita tenía la Foliatoxina, con una jeringa.

-Te atraparán, Federico – le advirtió Alejandro, muerto de miedo.

-Es posible. Yo no tengo nada contra ti, así que no soy sospechoso. No sé cómo van a relacionarme contigo. De eso ya te has encargado tú.

-Herminio sabe que estoy contigo. Y también Remigio Valcárcel.

-Sabrán que estuviste. Pero luego, cuando ibas a casa de Remigio, sufriste un ataque al corazón. Exceso de alcohol. ¿No sirve para eso esa toxina? Además, no debiste inyectarte tanta insulina, porque he sabido que también hace daño.

-Yo no me inyecto insulina.

-Eso fue hasta esta tarde- Federico mostró un frasco- Leí en Internet que la insulina oculta los rastros de la Foliatoxina. ¡Cuánto se aprende cuando uno pone interés!

-¡No puedes matarme!

-Tú sí pudiste matar a tu esposa.

Enormes lágrimas aparecieron en el rostro del rector. Federico, en cambio, estaba muy sereno. El rector intentó un último recurso:

-No he tomado suficiente alcohol como para morir de coma etílico.

-Aún no, pero te lo vas a beber, te guste o no.

Alejandro intentó mover la cabeza, y notó que no podía. También sintió que los músculos de la mandíbula se le agarrotaban.

-Solamente necesito una pequeña abertura entre los dientes, y vas a saber lo que es engullir a gusto. Y no te preocupes por el sofá o

la alfombra, porque luego limpio.

El rector supo que su fin estaba cercano. Y nada podía hacer para evitarlo.

* * * * * * * * * * * * *

Aún no oscurecía, cuando el residencial Los Arcos se llenó de policías. No iban en misión secreta, sino que acudían a la llamada del vigilante, quien había hallado a Carla en lo alto de la escalera, con una buena herida en la cabeza.

Aldo y Lidia oyeron las sirenas, y se asustaron. Pero se tranquilizaron al comprobar que no iban a por ellos. Se escuchaban en otra calle. La joven dijo:

-Parece que es en la casa en que estuvimos anoche.

-Es posible que ya sepan que les robamos. Debemos irnos.

Aldo no le había dicho a su compañera que había asesinado a una mujer. A Lidia no le gustaban los asesinatos. Lo de robar le parecía bien, pero no andar dejando cadáveres por doquier.

-¿Y cómo saltamos la valla? Ya ha regresado la luz, y está electrificada.

Cuando entraron, pensaron en salir por el mismo método de despistar al vigilante. La diferencia estaría en que la valla ya tendría electricidad, pues ellos llegaron con el apagón. Al salir, ambos deberían hacerlo por la barrera. Quizá no sería muy difícil si seguía allí el viejo, pero se complicaba al haber tantos policías.

-Seguro que hay gente viendo lo que pasa – dijo la joven-. Podemos acercarnos a ellos, y luego salir caminando.

-¿Con estas fachas?

Verdaderamente no parecían residentes, ni siquiera del servicio. Ellos usaban poco el agua, casi nada el peine, y su ropa no la lavaban con frecuencia. Lidia se arreglaba poco, y Aldo nada. Por tanto tuvieron que bañarse, peinarse y ponerse ropa de la que hallaron en la casa. No les quedaba nada bien, pues a él le sobraba de ancho y le faltaba de largo, y a ella le holgaba por todas partes. Eligieron lo que les quedaba mejor, o menos mal, y salieron a la calle. Lidia llevaba una bolsa, como de la compra, en cuyo interior viajaba el elefante, único botín que sacarían. Y Aldo, inteligente, cogió unas tijeras de podar y un balde. Llevaba la herramienta colgando de la mano derecha, y la cubeta de la izquierda.

Gracias al gran revuelo que se formó, pudieron llegar a la barrera sin que nadie se interesase en ellos. Allí no había policías, aunque sí un vigilante. Para fortuna de ellos, el hombre se moría por ir a ver lo que hacía la policía. Sabía lo que había dentro de la casa, pues él les avisó, pero le gustaría enterarse de algo más. Por tanto, tenía un ojo a la barrera, y el otro al fondo de la calle.

Los dos jóvenes se separaron, y ella se acercó a la garita, ante la cuál estaba el uniformado. Con mucha flema, saludó y pasó ante el hombre. Éste miraba al fondo, esperando poder captar algo. No hizo caso a la joven. Al de poco, apareció Aldo, quien también caminó despacio, balanceando las tijeras y el balde. Cuando estuvo ante la garita, el vigilante le llamó:

-¡Oye, muchacho!

Aldo, con una flema impropia de su edad, dio media vuelta y se

plantó ante el guardián. Éste señaló hacia el fondo de la calle, y preguntó:

-¿Se sabe cómo la mataron?

-Un hombre me dijo que le dieron con algo en la cabeza.

-Gracias.

El joven siguió caminando, sin mirar hacia atrás. Lidia ya había doblado la esquina, y esperaba. Cuando Aldo llegó a su lado, lanzó un resoplido.

-Ha estado cerca – comentó.

Los dos jóvenes se encaminaron a la carretera, por un camino en el campo, evitando el acceso de los autos, puesto que éstos seguían llegando.

* * * * * * * * * * * * *

Federico llevó el auto de Alejandro ante su casa, y subió a éste en el asiento del copiloto. Estaba desvanecido. Luego, con guantes, que no se quitó en ningún momento, condujo hasta la salida de la zona residencial. Una vez fuera, se estacionó en la cuneta. Era de noche, por lo que sería difícil que alguien viera quién estaba dentro del auto. Federico había pensado bien sobre los horarios, para que la oscuridad le ayudase. En eso copiaba a Alejandro, quien fue a Los Arcos en la madrugada.

Cuando vio que no se acercaba nadie, salió del auto, entrando por el otro lado. Empujó a Alejandro, de manera que quedase en el asiento del conductor, aunque con medio cuerpo sobre el del copiloto. Era lo normal cuando alguien sufre un paro cardiaco. Más normal

hubiera sido estrellarse contra un árbol; pero, para eso, debería conducir él, y acelerar, y se trataba de que lo hiciese su víctima.

Tardó un poco en acomodar al rector, ya que pasaban autos que les iluminaban. Una vez que estuvo satisfecho del resultado, prendió el auto, y le puso en directa. Siendo automático, avanzaría lentamente, y chocaría contra uno de los árboles. No sufriría daños de gravedad, pero eso no importaba mucho. Lo substancial era que pareciese que Alejandro conducía al sentir que la vida lo abandonaba. El motor seguiría encendido, mientras el árbol retuviera al automóvil.

Sucedió así, y Federico lo vio metido en la espesura. Una vez que todo estuvo listo, él se perdió en el bosquecillo. Trotaría un rato, y aparecería en pants cerca de su casa.

No se había alejado mucho, cuando sonó su teléfono portátil. Era Herminio.

-¿Está Alejandro contigo? Conseguí tu número con Aurelia.

Ella era una profesora amiga de Federico. Herminio se había cansado de llamar al rector, sin que éste tomase la llamada. No tenía el número del matemático, a no ser el de su casa, pero allí no lo localizó, y llamó a la profesora.

-No, no está. Se fue hace un rato a tu casa. Yo estoy corriendo por el parque.

-Me dijo que venía para aquí, pero no llega. Y no contesta su teléfono.

-Debe haberse detenido en el camino.

Era bien cierto, y la policía de carreteras estaba ya con él.

CAPÍTULO VII

Castillo y Antuñano sudaban perplejidad por cada poro. No habían podido descansar aquel domingo, ya que había sucedido, el sábado por la noche, lo de Alejandro Bravo. Lo hallaron fiambre, dentro de su auto, chocado contra un árbol. Pero su deceso no se produjo por el choque, sino por un paro cardiaco. El conductor no pudo detener el vehículo, y éste se salió de la calzada. Eso dijo el forense, aunque necesitaban hacerle la autopsia.

La hicieron aquella madrugada, y encontraron algo que les dejó perplejos. En su cuerpo había una dosis enorme de insulina, y otra muy considerable de alcohol. Además, en el suelo del coche, del lado del copiloto, encontraron una botella de brandy vacía. Al parecer, el

hombre se la tomó a tragos, y mientras conducía.

Lo más curioso, del exceso de insulina, surgió cuando su amigo Herminio, quien acudió de inmediato, dijo que el rector no era diabético, por lo que no necesitaba inyectarse. Llamaron a su doctor, y éste les aseguró que Alejandro jamás usó insulina.

A las preguntas de los detectives, Santamaría declaró lo poco que sabía. Él había estado trabajando fuera de la ciudad, y tenía cita con el rector, a su regreso.

-Le llamé, para ver a qué hora nos veíamos y dónde. Me dijo que estaba en casa de un profesor, viendo un plan de estudios. Últimamente andaba muy raro, ya que nunca había ido a ver a nadie a su casa, y menos a trabajar.

-Quizá cambió debido al deceso de su esposa. ¿No le parece?

-Es muy probable, ya que su comportamiento extraño comenzó justo tras la muerte de Wanda – certificó el catedrático de economía.

-Así que estaba en casa de un profesor a quien nunca visitaba.

Como buen detective, se había percatado de ese pequeño detalle: Alejandro hizo algo inusual. Podía haber sido que se compró un perro, y eso también hubiese resultado extraño para el policía. Pero él se apegaba al manual, y debía investigar "lo anómalo", para poder definir su comportamiento.

El mismo agente fue a casa de Federico, a tomarle declaración. Éste manifestó que el rector quería que le explicase el plan de estudios. Si se trataba del de aquel año, estaba ya a la mitad. En cuanto al próximo, aún no se programaba, aunque se suponía que sería copia de los anteriores.

-Me pareció extraño que no tomó notas – dijo el matemático.

-¿Qué tiene de extraño?

-¿Por qué anota usted lo que digo?

-Para que no se me olvide. No puedo retener en la memoria lo que dice todo el mundo.

-¿Y el rector sí podía?

El detective le lanzó su mirada despectiva para tipos listos. Eso siempre sucedía cuando debían investigar a los de la universidad. Se creían superiores a los demás mortales. También los policías, aunque no por tener más grande el cerebro, sino porque usan pistola de cañón largo y grueso calibre.

-Estuvo cosa de tres cuartos de hora, tomó una cuba y se fue en su auto.

-¿Una cuba? ¿De qué era la cuba?

-De ron. Se supone que las cubas originales eran de ron cubano. Aunque hoy así el llaman a cualquier cosa con refresco de cola. Miró su reloj, y dijo que tenía prisa por verse con Herminio Santamaría.

-¿Está seguro que era ron? – preguntó el detective.

-Sí. Yo no tomo otra cosa. Dijo que a él no le gustaba mucho, pero aceptó una copa. Le puso mucho refresco.

-¿No tomó brandy?

-Yo no tengo brandy en mi casa. ¿Quiere ver mis botellas?

El detective dijo que le llamarían si le necesitaban, anotó que no tenía brandy en su casa, y se despidió. Federico soltó una carcajada, al verse solo, tras cerrar la puerta.

-Éste estaría mejor vigilando parquímetros – dijo, refiriéndose al

detective.

Herminio declaró que llamó a Bravo, por teléfono, varias veces, y no le contestó. Luego se comunicó con Federico Montero, quien le dijo que ya había salido. Era cierto, pues iba rumbo a la casa de los Santamaría.

-No sufría del corazón – le dijo Antuñano a Castillo-. Nadie sufre del corazón, pero ya son tres los muertos por esta causa.

-No hay restos de Foliatoxina – les dijo el forense-. A éste le mató el alcohol o el exceso de insulina. O realmente sí tenía problemas cardiacos, aunque su médico diga que no.

-¿Por qué se inyectaría insulina? – se cuestionó Castillo-. Lo haría antes de meterse el brandy entre pecho y espalda.

-Quiso suicidarse – propuso el galeno-. Había aceptado que se le practicase la autopsia a su esposa.

-Se ha suicidado para no soportar la vergüenza – opinó Antuñano.

-Podría ser – concedió el jefe.

-¿Y no conocía el cianuro? Y, además, ¿quería morir en un accidente? – preguntó Antuñano-. ¿Por qué no se colgó de un árbol, después de inyectarse insulina y beber una botella de brandy? ¿Se suicidó o lo mataron?

Los tres se quedaron pensativos. Era muy extraño que una persona intentase matarse de tres formas al mismo tiempo: insulina, alcohol y chocar su auto. Castillo decidió:

-Todo eso es posible. Y, aunque se tratase de otra cosa, el alcalde nos ha recomendado que no movamos el asunto. No le interesa más

propaganda negativa. Bravo murió porque explotó la llanta del auto, y chocó contra un árbol.

-Que ni siquiera le abolló el parachoques – repuso Antuñano-. ¿No ve el alcalde que ese fulano asesinó a su esposa?

-Y aunque lo demuestres, ¿quieres fusilar su cadáver? Es la versión oficial. El rector de la universidad no puede suicidarse, sin causar conmoción, y muchas preguntas. Por tanto, Bravo tuvo un accidente y su esposa murió de un infarto. Con la muerte de Carla Suárez es suficiente.

-¿Y ya no vamos a exhumar a la esposa? – preguntó Antuñano.

-Y si hallamos algo, ¿a quién acusamos?

-Al amante.

-Que la mató a orgasmos. Enfangaríamos la memoria del rector, a quien le van a hacer un sonado homenaje póstumo. Ni hablar de eso.

-Así que lo olvidamos.

-Exactamente. Dejemos eso en paz, y vayamos con lo de Carla. Si hay amante, le acusaremos del real homicidio.

-¿Y si fue éste, que ya está muerto? – propuso Antuñano.

-No me extrañaría, y no sé qué diría el alcalde.

-Yo sí: que dejemos en paz su memoria.

-Podría ser. Pero, de todas formas, vamos a dedicarnos por completo al asunto de Carla – determinó el jefe-, y veremos qué logramos. No tenemos mucho.

-¿Qué les vas a decir a los medios?

-Que ambos murieron de ataques al corazón. Es la versión que el alcalde quiere escuchar.

-Seguro que a Carla se le cayó el elefante encima – dijo Antuñano.

-Pues sí. Es que la verdad no le importa a nadie. El buen nombre de la universidad….

El forense se encogió de hombros. No consultaría con Carlos, el químico, ya que no había que remover el asunto. De haberlo hecho, éste le hubiera explicado que la insulina ocultaba a la Filiatoxina. De cualquier forma, Bravo pudo haberse inyectado ambas sustancias él mismo, así como beberse la botella de brandy mientras conducía, y eligió un árbol grueso para chocar. Si a nadie le importa, ¿qué más da el real motivo de su muerte?

* * * * * * * * * * * * *

El elefante estaba ante los ojos de Pedro Navarro, el dueño de una tienda de objetos usados, en Villegas. Ante él, la pareja, esperaba que el hombre se decidiera.

-No me parece que esto valga mucho.

-Es bueno – dijo Lidia.

-¿Y cómo lo sabes?

-Por la piedra- inventó la mujer.

Pedro abrió un cajón, y sacó una lupa. Revisó el elefante, con más detenimiento. Le llamó la atención una mancha en la base. Se quedó pensativo.

-¿Tenéis prisa? – preguntó.

-¿Por qué? – dijo Aldo.

-Porque un cliente colecciona elefantes. Si no tiene uno como

éste, él sí pagaría bien. Los coleccionistas pagan más de lo que valen las cosas.

-Eso es cierto. ¿Cuándo lo sabríamos? – preguntó la joven.

-Esta misma tarde. Os venís por aquí a eso de las… cinco. ¿Cuánto queréis por él?

-Unos cien dólares.

-Veré si le interesa. Me lo dejáis, para que se lo muestre.

-Estaremos aquí a las cinco – prometió ella.

-¿No nos da un recibo? – pidió él.

-Sí, no hay problema.

La pareja salió, y Pedro cogió el teléfono. La voz de una mujer le dijo que era una comisaría de policía. El tendero pidió hablar con un detective. Le comunicaron.

-Tengo conmigo un elefante que unos jóvenes me quieren vender. Me parece que tiene sangre y un cabello. Sí, es un elefante. Pues como treinta centímetros, y pesará tres kilos.

Navarro se asustó al escuchar la vehemencia del detective al decirle que no se moviera de su tienda, que cerrase, y les esperase, porque la policía de San Pedro buscaba ese elefante.

Un cuarto de hora más tarde, cinco detectives llegaban a la tienda, acompañados por un perito del laboratorio. De inmediato, analizaron lo que parecía sangre. Efectivamente lo era, y había un trozo de cabello. Llamaron a la comisaría, y de allí se comunicaron con San Pedro, con el capitán Eusebio Castillo.

-Les mando la fotografía por Internet – dijo el capitán-. No es el mismo color, pero el elefante sí es idéntico. El que vendió ése, nos

mostró su gemelo.

Por la tarde, a las cinco, cuando Aldo y Lidia entraron en la tienda, fueron aprehendidos por la policía. Al día siguiente, estaban en San Pedro, ante Castillo, Antuñano y otros dos, declarando.

-Así que había una pareja arriba, en una habitación, haciendo el amor – preguntó Antuñano.

Aldo había contado todo. Primero fue Lidia, quien se puso a llorar como loca, y dijo que entraron a robar, pero que ellos no habían matado a nadie. Pronto reveló que su novio regresó por la mañana. Ante esto, el joven no tuvo más remedio que cantar.

-No los vi, pero los oí. Y luego apareció el otro fulano.

-¿Él golpeó a la mujer?

-No, ése era el otro.

-¿Qué otro? – inquirió el capitán.

Antuñano se rascaba la cabeza. Se estaban haciendo un lío con tantos personajes. La casa estuvo muy concurrida, y ningún vecino se había enterado. Es que ayudó el apagón, ya que unos no fueron al residencial, al enterarse de la falta de energía, y otros se quedaron dormidos.

-Pues el que estaba con la otra, en la cama. El primero se fue a eso de las dos o las tres.

-¿No pudo ser el mismo, que hubiera regresado? – preguntó Antuñano.

-No lo sé. Es posible. Yo no pude ver la cara de ninguno. Estaba oscuro. En el cuarto había velas. El primer hombre tenía una linterna.

-¿Y el segundo?

-Una vela. La mujer la cogió y subió la escalera.

-¿Qué mujer?

-La que yo… La otra estaba en el cuarto.

-¿Viste a la del cuarto?

-No. Yo no entré en el cuarto.

-El segundo hombre golpeó a la mujer, y se fue. ¿Y tú?

Durante horas, Aldo contó la misma historia. Lo único que servía era…

-Tenemos su confesión, y el elefante. Lo otro…- dijo Antuñano.

-El caso Bravo está cerrado – le recordó Castillo-. El alcalde echó su discurso en el funeral, de que era un matrimonio ejemplar, y que el rector murió porque estaba muy trastornado por efecto de la tristeza que le produjo de perder a su amada esposa. Condujo sin fijarse por dónde iba, ya que su mente estaba obnubilada por los dulces recuerdos que le dejó aquella maravillosa mujer.

-¿No estaría obnubilado por el alcohol? – preguntó Antuñano.

-Una verdadera poesía la que recitó el alcalde. Así que, por orden superior, no podemos salir con otra historia.

-¿Quién sería el otro hombre?

-¿Te preocupa mucho? No mató a nadie, y no le podemos meter al trullo por follarse a la esposa del rector.

-No, no me preocupa, pero me dan envidia los que se acuestan con mujeres tan buenas. ¿A ti no?

-Yo estoy en la etapa en que me dan envidia los que se acuestan. Sin más.

Antuñano soltó una carcajada. Castillo ya no podía por la edad, y

él por… ¿Y eso, en realidad, le importaría a alguien?

* * * * * * * *

* * * * *

Aurelio se paseaba por la acera de enfrente de la comisaría del distrito tercero. Era la más cercana a su casa. Llevaba ya media hora cavilando, y no daba con el valor que necesitaba. Entendía que era su deber, pero no estaba muy seguro de si ello no sería mucho peor que permanecer callado. Si descubrían que anduvo con la mujer, y que solía ir a Los Arcos, pensarían que estuvo con ella aquel viernes. Cuando eso se publicase, su padre lo asesinaría. Pero si declaraba la verdad, y que el viernes la llamó, y ella no quiso verle, también se armaría un escándalo, y su padre lo asesinaría. De cualquier manera, era hombre muerto, porque el problema radicaba en que Wanda y Carla habían muerto. Si estuvieran vivas, al padre de Aurelio le parecería perfecto que su hijo se acostase con ambas, y hasta le pediría que le traspasase una de ellas. Pero no es lo mismo cuando hay un asesinato por medio.

Ya se había cansado de dar vueltas, y resolvió entrar. Todo el mundo se enteraría, pero él ya no podía soportar a su maldita conciencia. En la universidad, muchos ya lo sabían, pero no todos. Si se divulgaba, la envidia pintaría de verde las facultades, y quizá eso valía mucho más que lo que le haría su padre. El costo no era excesivo por la gloria que lograría al declarar que él y Wanda… ¿Y los detalles? Ahí estaría lo más jugoso.

Se detuvo ante el mostrador de las denuncias. Un sargento estaba revisando unos papeles. Le miró por encima de las gafas, y le instó,

con sus ojos de gavilán, a que declarase su crimen. Podía ir a pedir ayuda, pero, para eso, necesitaría esperar allí enfrente, en una de las sillas adosadas a la pared.

-Yo quería hablar con un…

-¡Oye, Gino!- gritó alguien-. ¿Ya te has enterado?

El sargento se quitó las gafas, y miró hacia al pasillo. Un uniformado se acercaba, con pasos apresurados. Antes de que llegase al mostrador, el sargento preguntó:

-¿De qué?

-Tenemos al asesino de Carla Suárez. Es un ladronzuelo de poca monta.

-Eso sí que es curioso. Ni el amante millonario, ni el rector, sino un ladronzuelo sin importancia. Así está muy cabrón investigar un crimen.

Aurelio se quedó estático. Miró a los dos hombres, sin ninguna expresión en su rostro. Notaba que le temblaban las piernas. A la vez, su corazón quería dar brincos, y salir corriendo a la calle. Y él… llamaría a alguna amiga, para pasar lo que quedaba del domingo. Pedirían pizza, y…

-¿Qué dijiste que querías?- le preguntó el sargento a Aurelio.

-Yo… Lo de mi bicicleta – se le ocurrió al joven.

-¿Qué le pasa a tu bicicleta? – El sargento giró el cuello hacia el otro uniformado, y verificó-: ¿Así que fue un simple ratero? Cuenta, cuenta.

-Que me la han robado. La tenía…

-Él y su novia se dedicaban a robar en casas desocupadas. Se

habían metido en una de Los Arcos…

El sargento miró a Aurelio fijamente. El joven supuso que lo encerraría por no dejarle escuchar lo del asesinato.

-¿Te urge mucho denunciar ese robo? Hoy es domingo, y no tenemos agentes disponibles – le dijo el sargento.

-Si quiere, vuelvo mañana.

.-Mucho mejor.

Aurelio se dirigió a la puerta. Cuando estuvo en la calle, caminó unos pasos, y dio media vuelta. No había nadie tras él. Pegó un brinco, lanzó un girito de júbilo, y salió disparado hacia la esquina. Allí había estacionado su auto, que todavía no le habían robado.

* * * * * * * * * * * * *

Federico leía el periódico y no podía creer lo que allí ponía. A Carla la asesinó un joven ladrón, que estaba en la casa cuando él se fue. También estuvo cuando él y Wanda…

-Y yo me andaba preocupando por los testigos. ¿Qué mejor testigo que éste?

Lo más doloroso era que él no mató a Carla, sino que la dejó desvanecida. Evidentemente esto no era doloroso, sino una alegría, pero causó todo lo demás. Si él hubiera sabido que no había muerto, la historia sería otra muy distinta. Pero nunca fue bueno tomando las pulsaciones. Y, por ese simple detalle, terminó asesinando a Alejandro.

-No iré a confesar nada – aseguró-. Ya tienen al criminal, y las otras muertes fueron… ataques al corazón.

Era terrible que hubiera matado a Alejandro para que no le

denunciase por lo de Carla. No le parecía algo atroz, ya que él asesino a su esposa. Podía considerar que hizo justicia, la que la policía no habría hecho si los acontecimientos se hubiesen desarrollado como previó el rector.

-Lo malo es que metí la pata con Carla, para no afrontar el escándalo por lo de Wanda.

Suspendió sus pensamientos, porque recibió la llamada de Isabel. Le comunicaba que ya no se verían más. Ella lo sentiría mucho, pues con él se lo pasaba mejor que en el tiovivo de la feria, pero…

-Herminio es el nuevo rector – pensó Federico-, y ella quiere guardar las apariencias. No sé si eso durará mucho, pero, al menos, me dará un descanso. Filiberto se ve mucho mejor desde que yo le suplo. Y me viene bien que ella sea la esposa del rector, para que me dé un empujón hacia la cátedra. Yo le daré otros empujones a ella, cuando se le pase esta fase de castidad.

Era bien cierto que el entrenador parecía otro, y su novia presumía nueva sonrisa, ésa de quienes están satisfechos. Es que Filiberto ya no se fatigaba en los entrenamientos, y, los fines de semana, metía unos cuantos goles.

* * * * * * * * * * * * *

Era viernes, así que, por la mañana, fue a desayunar al Voltaire. Y le cayó Carlos, quien le dijo, en cuanto se sentó ante él:

-Lo de Alejandro fue un asesinato. ¿Te crees ese absurdo de que se salió de la carretera? ¿Y se tomó una botella conduciendo?

-Pues yo…

-Herminio se lo echó. ¿Quién ha quedado en su puesto? ¿Acaso no es sospechoso eso? ¿Te han ofrecido a ti el puesto? ¿O a mí?

Federico apenas comenzaba a soñar con ser catedrático, por lo que aún estaba lejos llegar a ser rector. Pero comprendía que Carlos lo tenía en mente, y no le gustó la decisión.

-Pues… quizá. Yo… no tengo mente criminal.

-Yo tampoco, pero analizo, Fede. Yo analizo.

Carlos se tomó su tercera taza de café. Federico pensó que el químico acertaba siempre, aunque fuese por su olfato. Debería ser policía.

-¿En qué piensas?

Quien preguntaba no era Carlos, aquella mañana, sino una mujer que se había sentado a su lado, en la barra, pues Federico, y sus pensamientos, estaban en el bar Florida, a media calle de la plazoleta del mismo nombre. Él miró a su lado, y vio que se trataba de Sofía, la peluquera, la que decía que él era un león.

-¿Cómo por aquí? – preguntó el matemático-. ¿Y aquel número de teléfono que me diste?

-Lo cambiaron al día siguiente. No pensé que mi esposo hiciera eso.

-Yo tampoco.

-He discutido con mi esposo, y he venido a…

-¿Sabías que yo estaría aquí?

-Ni idea. Es una casualidad.

-¿Afortunada o…?

-Veremos. ¿Me invitas a algo?

-Camarero, póngale algo a la seño… - hizo una larga pausa- rita.

Sofía le dio un codazo. Federico auguró que aquel viernes tardaría en llegar a su casa. En los ojos de ella se notaba que aún estaba resentida por la discusión.

-De vez en cuando es bueno tener una discusión – dijo la mujer-. Eso me permite echar una cana al aire, sin remordimientos, además de disfrutar una buena reconciliación.

-No hay moral – dijo Federico-. ¿Y para qué carajo nos hace falta?

F I N